

87

A. - 22. - T^o 9^o

4367

~~Historia antigua, con~~
~~referencia a Mitología~~
~~mit. antigua, con~~

Historia antigua, con
referencia a Mitología



ACADEMIA

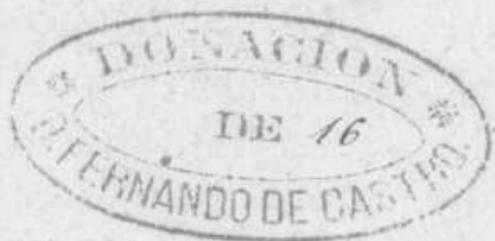
DE CONFERENCIAS Y LECTURAS PÚBLICAS

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

~~~~~  
**BIBLIOTECA DE LA MUJER**  
~~~~~

INTRODUCCION Á LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES POLITEISTAS

EN LOS ANTIGUOS PUEBLOS DE EUROPA



INTRODUCTION

DE LAS REVISIONES PRELIMINARES



INTRODUCCION
Á LA HISTORIA
DE LAS RELIGIONES POLITEISTAS
EN LOS ANTIGUOS PUEBLOS DE EUROPA

POR

D. JUAN VALERA

de la Academia Española



MADRID — 1870
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE G. ESTRADA
Hiedra, 7

INTRODUCCION

A LOS LEYDORES

DE LAS RELIGIONES POLITEISTAS

DE LOS ASTRONÓMOS PÉRRIS DE AFRICA

Esta obra es un estudio que se ha hecho
sobre las religiones politeístas y astronómicas
de los antiguos egipcios, griegos, romanos,
indios, chinos, japoneses, etc. y se ha
tratado de demostrar que todas ellas son
derivadas de una única fuente, a saber,
de la religión astronómica de los egipcios.
El autor cree que esta es la verdadera
historia de las religiones politeístas y
astronómicas, y que todas ellas son
derivadas de una única fuente, a saber,
de la religión astronómica de los egipcios.

LECCION PRIMERA

(Domingo 5 de Diciembre de 1869.)

SEÑORAS :

NADIE ménos á propósito que yo para hacer agradables estas lecturas y conseguir el objeto que el digno Rector de la Universidad central se propone; pero, aunque conozco mi insuficiencia, no he sabido resistirme y negarme, como hubiera debido, á los ruegos del mencionado Sr. Rector, el cual, engañado sin duda por su general y habitual benevolencia y por la particular amistad que me tiene, ha insistido en que yo sea uno de los profesores de esta Academia. Para que perdoneis mis muchísimas faltas, no tengo otra disculpa que la que acabo de alegar. Vosotras, sin embargo, sois generosas y buenas, y me las per-

donareis. Confiado en ello, voy á entrar en materia sin más preámbulo.

La precisa obligacion de encerrar en diez breves lecciones todo un tratado, sea cual fuere su asunto, requiere y exige la mayor concision; y, aun así, el Tratado no pasará nunca de ser por extremo elemental, y propio sólo para traer á la memoria de los que hayan estudiado las principales noticias, ó bien para provocar la curiosidad de los que no hayan estudiado, excitándolos al estudio. La índole misma y las condiciones de esta tarea, por una parte, y por otra la cortedad de mi ingenio y la pobreza de mi erudicion se oponen invenciblemente á que yo os diga nada nuevo, ni profundo, ni en hechos ó datos, ni en teorías. Todo lo que voy á deciros es harto sabido de los hombres de letras, y estará tomado, no de las fuentes primeras, sino de algunos pocos libros modernos. Mi erudicion será, como suele decirse, de segunda ó de tercera mano. Si á mi obra se le ha de conceder algun mérito, que lo dudo, este mérito consistirá en el órden y el método adoptados por mí, en la claridad de la exposicion, en lo fácil del estilo, en la ingenuidad y sencillez de la palabra, y en el tino en escoger lo más importante, á fin de que el tratado no sea más extenso de lo prescrito y no carezca de lo que debe contener en sí para que responda al título que le doy y al plan que me he propuesto.

Voy á tratar de las fábulas antiguas, de las leyendas, de las tradiciones y prodigios, con que

los pueblos de Europa, ántes de recibir y aceptar la luz de la verdad cristiana y olvidados de la revelacion primitiva, procuraron explicarse el origen del mundo, el destino humano, las leyes de la naturaleza, el fundamento de la moral, la divinidad, en suma.

El asunto es extensísimo, y más en la época presente, en que tanto se ha investigado y filosofado sobre él. Entre las várias ciencias nuevas, que han sido inventadas ó que se suponen inventadas en nuestro siglo, figura la ciencia de las religiones; la cual tiene por objeto desentrañar el sentido de todas las fábulas, que ahora se llaman *mythos*, y declarar y marcar el progreso que en el espíritu humano ha hecho la idea de Dios, desenvolviéndose lentamente á través de mil contradicciones y errores, é influyendo cada vez más y de un modo más benéfico en la cultura, en la posible felicidad de esta vida terrena, y en las leyes y costumbres de los pueblos.

Ya se entiende que al decirnos que hay una ciencia de las religiones, no digo que es de ella de la que voy á tratar. No soy tan arrogante; y, aunque lo fuera, los escollos en que han tropezado no pocos sábios eminentes, pretendiendo exponer esta ciencia, me arredarian y contendrian para no ir á dar con mi ignorancia en otros escollos peores. Yo me limitaré á una mera exposicion de los *mythos*, y sólo declararé el sentido de aquellos que le tengan óbvio y evidente, ó bien indica-

ré como opinables y curiosas otras declaraciones, guardándome de aceptarlas.

Como importa andar precavido, diré desde luego que en este asunto que vamos á dilucidar pueden extraviarnos con frecuencia la pasion y el espíritu de partido. De ello nos han dado ya muestra muchos autores, y es menester escarmentar y estar sobre aviso. Unos, en ódio á la religion de su nacion y de sus padres, han querido ver en cualquiera religion antigua todos los misterios, grandezas y excelencias de la que hoy siguen sus conciudadanos; y ya han hallado este fundamento original en el bramanismo, ya en el budismo, ya en la religion de los Egipcios, ya en la de los Griegos. Otros, por aborrecimiento sistemático á toda religion positiva, y por sostener la creencia de que el progreso de la humanidad es constante, ordenado y seguro en todo, han denigrado mas allá de lo justo las pasadas religiones, haciendo siempre más horribles y absurdas las de los tiempos más remotos. Otros, confesando que hay algo de bueno y de noble en toda religion, ó no han querido conceder que la mente humana pudo concebirlo por sí, sin el auxilio de la palabra revelada, ó han prescindido de la hipótesis verosímil de haber quedado entre los pueblos gentiles algunos rastros de la primitiva revelacion, y no hay fábula, ni narracion, ni práctica, ni sentencia, que no les parezca remedo ó copia de lo que encierran nuestras Sagradas Escrituras. Otros, por último, imaginando más per-

sistentes y más hondos de lo que realmente fueron, los rastros de la primitiva revelacion, se han complacido en hallar el monoteismo, la moral más pura y las doctrinas más bellas y más sanas, en el origen de no pocas religiones politeistas, que después se fueron viciando. Contra todas estas preconcepciones procuraremos estar alerta á fin de no dar tormento á los sucesos, torciéndolos y violentándolos para que aparezcan en consonancia perfecta con una preconcebida teoría. La nuestra, si nos atrevemos á fundar alguna, vendrá á deducirse de la misma narracion. Debo, á pesar de todo, advertir desde el principio, que los sentimientos que han agitado la mente de la humanidad y han excitado y estimulado la conciencia para crear las diversas religiones falsas, son varios, prevaleciendo siempre á mi ver los más elevados y nobles. No he de negar que el terror, el miedo, haya creado dioses, cultos y sacrificios, sobre todo entre las razas más bajas ó degradadas; pero, en las razas briosas, que más han influido en el desenvolvimiento de la civilizacion, el miedo ha contribuido poco y mucho más ha contribuido el amor, que no se aquieta ni contenta con la realidad de las cosas; el afan de adoracion que hay en el fondo de nuestra alma, y la sencilla y poética admiracion de los fenómenos naturales; del brillo rosado de la aurora, de la magnificencia del cielo tachonado de estrellas durante la noche, del vivo y fecundo resplandor del sol, de la melancólica claridad de la luna, de la fertilizadora lluvia

y de la espontánea generosidad con que la tierra produce sazonados frutos y nos sustenta con ellos.

La cándida ignorancia de las causas naturales que enjendran tales efectos esforzó la poderosa y vírgen fantasía de los primeros hombres para crear séres misteriosos, dotados de voluntad; secretas inteligencias que moviesen las esferas celestes; que guiasen los astros por el éter infinito; que hiciesen germinar y crecer en la tierra las yerbas y los árboles; que dieran alimento á los rios; que atasen ó desatasen los vientos; que apiñasen las nubes y que derramasen el rocío y la lluvia. En un principio estas figuras, estos séres, estas almas ó espíritus, por decirlo así, de las cosas naturales; estas energías, estos como principios activos, mas reconditos aún que los elementos, aparecian y se desvanecian en la imaginacion que los creaba, sin acabar de tomar consistencia, sin persistir en una forma, sin llegar á poseer una vida aparte. A toda creencia religiosa, que se halle en semejante estado, la llamaremos naturalismo. Si de la creencia que explica cada fenómeno por una energía oculta, por una virtud sobrenatural, por una persona ó espíritu vago é indeterminado, se pasa á determinar más esta persona, á separarla por completo del fenómeno de que es causa, á darle vida propia é independiente, llegaremos al politeismo; á las religiones que admiten muchos dioses. Si por el contrario, léjos de dar á todas esas energías productoras de los fenómenos sér y vida independien-

tes, se inclina el ánimo á confundirlas más con ellos, haciendo de todo uno, fantaseando un grande espíritu, que agita el Universo, que dá nacimiento á las cosas, y que produce los fenómenos todos, los cuales no son sino como actos de su vida y manifestaciones diversas de su constante actividad, se vá del naturalismo al panteísmo. Por último, si en alguna raza, casta, tribu ó nacion, de facultades superiores, la mente humana hubiera procedido á la par á separar los espíritus de los fenómenos ó de las cosas materiales que producen ó de que son alma, y á fundir todo fenómeno en uno y todo espíritu ó energía primera en uno, tambien separadamente, el monoteísmo, ó dígase la creencia en un solo Dios, hubiera podido nacer de un modo espontáneo en la conciencia de los hombres; ora suponiendo á Dios coeterno con el mundo; ora considerando al mundo como una emanacion de Dios ó como la manifestacion sensible de su sér infinito; ora viendo en el mundo una obra distinta de Dios, y creada por la voluntad y la palabra divinas.

Lo que es yo me inclino á creer que la inspiracion irreflexiva de los hombres, en las primeras edades, sin que interviniese un recuerdo de la verdad revelada, no pudo llegar al monoteísmo; al conocimiento de un solo Dios, creador y conservador de este vasto Universo. Sin duda, los monoteístas que hubo y pudo haber en las edades patriarcales, como Melquisedec, Rey de Salem, conservaban recuerdos de la revelacion

primitiva. Y, si más tarde hubo monoteístas gentiles, fué por reflexion y por filosofía, entre los grandes sabios y los más elevados razonadores y pensadores de la antigüedad. El pueblo, el vulgo, en todos los países, salvo en Judea, siguió el politeísmo; creyó en muchos dioses.

Y no sólo llenaron sus cielos las antiguas naciones con las energías, espíritus ó almas de los fenómenos ó cosas materiales, sino tambien con la personificacion de los más vehementes afectos que sentia el hombre dentro de sí. Al advertir en el fondo de su sér una fuerza poderosa, que se imponia á su voluntad y que la avasallaba, y que al propio tiempo ejercia, no ya sólo sobre los demás séres humanos, sino sobre los animales y sobre las plantas y aun al parecer sobre los objetos inanimados, el mismo incontrastable imperio, el hombre hizo de aquel afecto, de aquella pasion, una persona, un sér independiente; en una palabra, un Dios. El Amor, en casi todas las falsas religiones ó mitologías, fué ó hubo de ser el primogénito de este linaje de dioses. Después fué naciendo y poblando los espacios imaginarios otro infinito número de estas divinidades, á lo cual concurrían la índole de aquellos idiomas que se prestaban más á lo alegórico y la viveza de la imaginacion que confundia al punto la alegoría con un sér real. Así vinieron á ser dioses la Prudencia, la Justicia, la Ira, el Sueño, el Remordimiento, el Valor, la Violencia, la Venganza y la Muerte. No sólo las pasiones y los afectos del áni-

mo, sino tambien las funciones orgánicas fueron personificadas y deificadas.

Hubo, por último, en todos los pueblos politeístas otro linaje de dioses no ménos fecundo. Fueron éstos los espíritus ó las imágenes, que de los antepasados guardaba la memoria. La piedad filial deificó el recuerdo del padre; el orgullo nacional, de casta ó de tribu, deificó al verdadero ó imaginado patriarca ó fundador de aquella congregacion, agrupacion ó sociedad; y por último la admiracion, la gratitud y el pasmo impulsaron á los hombres á adorar á los inventores de las artes útiles, y de los primeros conocimientos científicos; á los más antiguos legisladores, poetas y fundadores de religiones y cultos; y á los héroes valerosos, que libertaban una comarca ó region de mónstruos, de tiranos ó de foragidos que la infestaban y devastaban.

Con la creacion de este linaje de dioses no pudo ménos de manifestarse la idea de la union de una divinidad con un sér humano. Estos bienhechores de la humanidad fueron dioses, pero fueron hombres á la vez. De aquí, por consiguiente, el imaginar que ó bien un dios tomaba desde luego forma humana, ó bien se unia á una mujer para producir en ella un semi-dios, un sér participante de las dos naturalezas humana y divina.

Los hombres primitivos vivian más cerca de la naturaleza; en más íntimo trato y contacto con los animales y las plantas; en los cuales, por lo mismo que no podian entenderse con ellos por

medio de la palabra, vieron á menudo un principio misterioso, una virtud oculta, algo de divino ó al ménos de sagrado. Unido esto al simbolismo de los primeros lenguajes y escrituras, fué causa de que muchos animales y plantas, y hasta cosas inanimadas á veces, como por ejemplo una piedra, llegasen á ser objeto de veneracion y de culto. No creo, sin embargo, que bien é imparcialmente considerado este punto, sea lícito sostener que haya habido pueblos ú hombres tan rudos y degradados que hayan tenido verdaderamente por dioses á los animales, á las plantas ó á las piedras. Tal vez han creído ver en ellos la residencia de un espíritu, la manifestacion de una energía divina; pero no á la misma divinidad. El animal sagrado ha sido un símbolo vivo: el fetiche un talisman ó un amuleto.

Todos los diversos modos de religion, que hemos mencionado, entran, cuál más, cuál ménos, como elementos de toda religion politeista; pero cada uno de estos modos prevalece segun la época y el pueblo cuya religion se examina.

Antes de empezar á hacer este rápido bosquejo histórico de las religiones antiguas de Europa, es indispensable dar una idea sucinta de las principales religiones del Oriente, desde donde emigraron á Europa las naciones poderosas que hoy la habitan, trayendo ya consigo las artes primeras, las ideas y conocimientos más elementales, el idioma, y el fundamento primordial de las creencias y supersticiones.

Mucho han discutido y discuten aún los arqueólogos y eruditos sobre cuál fué la nacion más antigua, el lenguaje más antiguo, y la comarca ó lugar donde apareció por vez primera la especie humana. Unos dicen que la raza semítica es la que primero se civilizó, y ponen el origen de la humanidad en la Mesopotamia; otros sostienen que los Arios son los pueblos mas antiguos, y que la cuna de su civilizacion fué en el Asia central; otros, que los primeros hombres fueron negros y aparecieron en el centro del Africa; otros, que la isla de Ceylan es el país más antiguamente habitado; otros, que fueron los primeros los Chinos; otros, que los Egipcios; otros, que el verdadero Mizrain, el Egipto más antiguo, estuvo en la América del centro, de donde vinieron colonias al Egipto africano, y de donde emigraron los Israelitas, pasando en cuarenta años de peregrinacion desde América al continente asiático por el estrecho de Bering, y desde el extremo oriental de Siberia hasta Palestina: otros, por último, han tomado por realidad la fábula de la Atlantida, y han imaginado un gran continente, que se tragó el mar, que se extendia entre Europa y América, y donde ponen la primera civilizacion. Los Pelasgos, salvándose y huyendo de aquel cataclismo, difundieron esa civilizacion al extenderse por Europa.

Estas hipótesis, más ó ménos ingeniosas, aunque poco fundadas todas, sólo prueban que nada se sabe ni tal vez llegue jamas á saberse racio-

nalmente, esto es por mero discurso humano, de nuestro origen y de nuestros pasos primeros en este globo en que vivimos. Contentémonos, pues, con lo que la fé nos enseña.

Para punto de partida de nuestras investigaciones históricas, sin remontarnos á los orígenes, tomemos una época en que ya los grandes imperios y la civilizacion llevan siglos de existencia. La China y el Egipto se nos muestran como los pueblos más antiguos. Examinemos ántes que todo la religion de estos dos pueblos.

En la China no sé yo que existiese otra religion indígena en la antigüedad, salvo la que explicó Confucio y redujo á filosofía, unos 500 años ántes de la Era cristiana. Las demas religiones, que hay ó hubo en China, han sido importadas de países extraños. La religion antiquísima de China es en resúmen como sigue:

Li, el caos, el todo indeterminado, es el principio de las cosas. Ki es el espíritu que agita interiormente á Li, y le hace producir todas los seres materiales ó espirituales y sus atributos: lo mismo las virtudes humanas que los elementos y los fenómenos. El Li, hecho ya fecundo y activo, informado y movido por el Ki, se llama Tai Kie. Del Tai Kie ha salido y sale cuanto hay en el Universo. En las cosas todas hay espíritus que las dirigen y gobiernan. El principal de estos espíritus es el Xan-Ti ó el Tien-Chu ó Rey de Alto. Hay además espíritus en los montes, en los rios, en el aire, en el fuego, en cuanto existe; pero

todos son lo mismo que aquello en que están ó residen, y en suma, cuanto existe es uno, y se resuelve en el Li. De esta doctrina se deduce que indudablemente los espíritus más divinos, los que más se asemejan y aún se identifican con el Tien-Chu ó Rey de lo Alto, son los espíritus de los grandes hombres, de los legisladores y sábios, de los bienhechores de la humanidad, á los cuales dan culto los Chinos y ofrecen sacrificios.

De esta brevísima exposicion se infiere que el primitivo naturalismo de los Chinos, no impulsado por la fantasía ó por la fuerza creadora de un lenguaje propicio á la imágen y al símbolo, apenas si llegó nunca á producir dioses, limitándose á un panteísmo materialista, poco velado por formas poéticas, y acabando por convertirse en ateísmo al ser interpretado por los letrados del Imperio.

Eu Egipto, por el contrario, la fantasía ejerció grande influjo en la creacion del dogma religioso, rico en fábulas, leyendas y desenvolvimientos de toda clase.

El punto inicial de la mitología egipcia es Amon ó Amoun, que significa misterioso, oscuro, ignorado. Amon se manifiesta en la luz, en el sol, y se llama Amon-Ra, ó sea el sér misterioso que aparece en el sol. Amon-Ra, como consta ya de una inscripcion del tiempo de Amenófis III, 1687 años ántes de Cristo, es el rey de los dioses, el señor del cielo, el dueño de los tronos del mundo, el sostenedor del universo, el

principio vital de las esencias divinas. Amon, si hemos de creer á los egiptólogos é intérpretes de geroglíficos, aparece desde luego en una triada. Amon es el padre ó el principio; Mouth es la madre ó la accion; Khons es el hijo ó el efecto. La figura simbólica, el geroglífico de Amon era un carnero ó un hombre con cabeza de carnero. Mouth ó la madre, mujer de Amon y reina del cielo, está representada con la sien ceñida del pschent ó doble corona. El buitre es su emblema. Su más glorioso título es Tamum. Khons, ó la tercera figura de esta triada, es la Luna, y aparece en forma humana con una luna creciente sobre la cabeza. De Mouth y de Kons nació Har-hat, esto es, ciencia y luz. Cuando Hart-hat apareció entre los hombres, se llamó Thoth, y enseñó las ciencias y las artes. Este es el Hermes de los Griegos y el Mercurio de los Romanos. Hay además en la mitología egipcia otro artista divino, otro obrero incansable, llamado Phtah, del cual afirman los etimologistas que proviene el Hephaistos de Grecia y el Vulcano de Roma. Suponian los Egipcios que este Phtah habia reinado entre ellos en una época antiquísima. Algunos autores de la edad presente han tenido la candidez de creerlo, han pensado ver en Phtah un personaje real, y han puesto el principio de su reinado, con envidiable exactitud cronológica, en el año 30.778 ántes de la Era cristiana.

Otro rey mitológico y el más importante entre todos los dioses egipcios, después de Amon; tal

vez el mismo Amon humanado, tué Osíris. Los que pretenden que Osíris fué un personaje real, colocan su reinado 19.554 años ántes de nuestra era. Lo cierto es que Osíris es un dios que si en algo se parece al Júpiter y en algo al Baco de las mitologías clásicas, en general no se parece á ningun otro dios, y tiene rasgos y caractéres en su leyenda que le hacen enteramente distinto. Si hemos de creer á Diodoro de Sicilia, este Osíris fué hijo de Sêv ó Sevek, que es el Tiempo, el Kronos ó el Saturno, personaje que fué tambien rey de Egipto. Apénas Osíris empezó á reinar, dió muestras de la mayor bondad y sabiduría. Su valido y primer ministro fué Thoth, á quien encomendó el cuidado del reino. Luego salió Osíris á conquistar toda la tierra. Su expedicion fué más pacífica que belicosa. Con la persuasion, más que con las armas, dicen que sometió á los pueblos y á las razas, que les enseñó la agricultura y otras ciencias, que les dió leyes, y que extendió estas bienhechoras conquistas, por el Sur hasta el extremo de la India, por el Norte hasta las fuentes del Ister ó Danubio, y por el Ocaso hasta el Atlántico. Osíris tuvo por mujer á su hermana Isis; y su hermano Seth, á quienes los Griegos llamaron Typhon, casó con otra hermana llamada Nephys. De Osíris y de Isis nació Horus.

Refiere la leyenda que cuando Osíris volvió de sus conquistas, enamoró á Nephys, y tuvo de ella á un hijo, llamado Anubis. Typhon, ó para vengarse de este agravio ó movido de la ambicion,

dió muerte á Osiris, y arrojó su cuerpo en el Nilo. De aquí viene á las aguas de aquel rio su fecundidad portentosa. Isis, con el auxilio del fiel ministro Thoth, buscó el cuerpo de Osiris. Horus vengó á su padre, expulsó del reino á Typhon, y reinó en lugar suyo. Parece que Typhon huyó de Horus, caballero en un asno, y durante su viaje por los desiertos de Arabia tuvo dos hijos, Palestino y Judeo, de quienes proceden los pueblos semíticos.

Sin duda que toda esta fábula ó gran parte de ella es posterior á la dominacion en Egipto de un pueblo de raza semítica, apellidado los Hiksos ó pastores. Este pueblo invadió el Bajo Egipto unos 2.000 años ántes de la Era cristiana, y logró dominarle por espacio de 260 años.

La dinastía nacional, refugiada en el Alto Egipto, combatió contra los invasores, y al cabo de muy largas y sangrientas luchas logró vencerlos y hacer la reconquista del Bajo Egipto. Los Hiksos ó pastores, que evidentemente eran Arabes, quedaron como esclavos, después de vencidos, y los Judíos, que habian tenido gran favor entre los Hiksos, como le tuvieron en España entre los Arabes, fueron obligados á salir de Egipto, como muy posteriormente fueron también obligados á salir de España. Por ódio á los Hiksos y á los Judíos que habian adorado á Seth, los Egipcios, que tambien hasta entónces le habian adorado como á un dios bueno, le trasformaron en dios malo, en algo parecido á un demonio, y le atribuyeron

la paternidad ó patriarcado de aquellas razas aborrecidas y malditas. Mas adelante, Seth ó Typhon, bajo el nombre de Bes, sirvió tambien para que los Egipcios mostrasen su aborrecimiento hácia los Griegos, imaginando un Seth-Hércules, haciendo con Seth una caricatura del gran semi-dios de los Griegos.

Sobre el sentido íntimo, sobre el valor filosófico de la fábula de Osiris se ha disertado mucho desde Plutarco hasta ahora. Aun sobre el significado del nombre hay várias opiniones. Unos le interpretan por *el que hace el tiempo*, otros por *santo y sagrado*, y otros por *el que tiene muchos ojos*.

Las funciones de Osiris y sus atributos son muchos é importantes. En el Amenthi, ó lugar donde van las almas á ser juzgadas después de la muerte, Osiris es el juez supremo. En el Aaenrú ó paraíso preside los trabajos agrícolas de los campos celestiales. Tiene Osiris por sobrenombres *ounnowré*, que vale tanto como esencialmente bueno, y *nowré-hotep* que significa bueno y pacífico. En algunas épocas se ha dado culto á Osiris, confundiéndole con el Nilo divinizado. Entónces se le llamaba Serapis.

El símbolo vivo de Osiris, en las fiestas y ceremonias religiosas, era el buey Ápis. Este buey ya se comprende que no era un buey ordinario. Debía ser, por decirlo así, unigénito de una vaca fecundada por el fuego del cielo; y debía tener la piel negra, un lucero blanco en la frente, la

imágen de un águila grabada en el lomo, la de un escarabajo sobre la lengua, y dos mechones de crin en el extremo de la cola. Por último, el aliento de este buey comunicaba el dón de profecía. Un buey, en quien concurriesen tan extraordinarias circunstancias, no era fácil de hallar. Así es que cuando moría, todo el pueblo egipcio se vestía de luto, y lamentaba su muerte como una gran calamidad pública. La aparición de un nuevo Apis, por el contrario, colmaba de gozo á toda la nación. Se hacían magníficas procesiones; hermosas doncellas cuidaban del buey, y los regocijos públicos duraban siete días.

Así como Osiris estaba simbolizado en un buey, su mujer Isis lo estaba en una vaca. Esta diosa andaba siempre muy ocupada; así es que tenía tantos nombres, ó mejor dicho tantos apellidos ó advocaciones, como cualidades ó empleos. Por esto los Griegos la apellidaron miriónima. Como poder fecundo, como fuerza productiva, como personificación de la fértil tierra de Egipto, Isis se llamaba Hathor ó Athyir. Como alma del mundo y conservadora del fuego, origen de las artes, se llamaba Anouké; lo que equivale á Vesta entre los Romanos. Como diosa de la luna se llamaba Pascht, Beset, Butis y Bubastis. Pascht era considerada también como vengadora de los crímenes. Su imágen tenía entonces cabeza de leona. Por último, Isis recibiendo á los muertos en el reino de las sombras, se apellidaba Nouv.

Hay quien supone que Neith, la vírgen fecun-

da y generadora, la sabiduría; y Thmei la diosa de la justicia, eran la misma Isis. Interpretan alguno atrevidos etimologistas el nombre Neith ó Neitha, leyéndole al revés Athein, y asegurando que es el mismo nombre que el de Minerva entre los Griegos. En cuanto al nombre Thmei, fácil es descúbrir en él el de Temis.

El templo más famoso de Neith-Isis estaba en Sais, y dicen que tenía esta inscripción:

«Yo soy todo lo que es, todo lo que ha sido, todo lo que será. Nadie ha levantado el velo que me cubre. Mi hijo primogénito es el Sol.»

El alma ó espíritu de Isis, trasportado al cielo, residia en la estrella Sirio. Isis, como estrella ó inteligencia que mueve una estrella, se llamaba Sothis.

Ya hemos dicho que el hijo de Osíris y de Isis fué Horus. Este Dios es el genio del bien, el genio salvador, el espíritu de la clemencia. Armado de flechas, mata la gran serpiente, emblema de Seth. En el Amentí ó tribunal de las almas, intercede por los pecadores, pidiendo el perdón de sus culpas, en gracia de las buenas intenciones. Cuando Horus ejerce este ministerio, está representado con cabeza de gavilán, cuya vista es muy penetrante. Horus es también protector de los niños. Su estatua, en esta función, está con el dedo metido en la boca. Se le representa además como Dios del silencio, con los labios cerrados por un anillo.

Isis tuvo otro hijo singular y misterioso, de

quien se sabe poquísimos. Su nombre es Aroeris. Nació á los dos dias de haber nacido su madre. Debia de ser el símbolo de la ciencia divina ó algo por el estilo, cuando este nombre de Aroeris era título que tomaban casi todos los Faraones.

De Thoth, el Hermes Trimegisto de los Griegos, el fiel ministro de Osiris, hemos hablado ya. Baste añadir aquí que el ibis es su emblema. Sus estatuas ó imágenes tienen cabeza de ibis, así como Anubis la tiene de chacal ó de perro, y Seth de asno.

La afición de los Egipcios al simbolismo impidió que las artes del dibujo se desarrollaran entre ellos, y los llevó desde la idolatría, si no á la adoración, al culto de los más viles y feos animales. Algun influjo ha ejercido en la antigua Grecia la religion egipcia, algunas ideas egipcias pasaron á la mente helénica; pero ¡ cómo fueron trasfiguradas y mejoradas al pasar! ¡ Cómo el buen gusto, el instinto poético, la conciencia mas elevada de los Griegos cambió y mejoró estas ideas! Por más filosofía, por más profundidad que los egiptólogos quieran hallar en la religion egipcia, no comprendo cómo se atreven á hacer dimanar de ella tan por completo las risueñas y elegantes fábulas del gentilismo clásico.

Además del buey Apis, veneraban los Egipcios y mantenían con gran regalo, en sus templos, hipopótamos, cocodrilos y otras bestias sagradas. El escarabajo (¡ rareza extraña!), era símbolo entre ellos del sol, de la inmortalidad y de la rege-

neracion de los séres. Las causas que dán á este simbolismo son más extrañas aún. Una de ellas es que las esféritas, con perdon sea dicho, que forjan los escarabajos, y en donde parece que depositan sus huevos ó semilla, las llevan andando hácia atrás, y en la direccion del sol, de Oriente á Occidente.

La veneracion y el culto, no se limitaban entre los Egipcios á los animales, sino que tambien á muchos vegetales se extendian. De aquí las bur-las del poeta satírico Juvenal que admiraba la santidad de los Egipcios, á quienes hasta en las huertas nacia divinidades, poniendo, tal vez sin razon, entre ellas, los ajos y las cebollas. La verdad es que entre las flores emblemáticas la más venerada era el loto, y la granada entre los frutos. Explican algunos esta veneracion de los vegetales por el simbolismo, y además por una leyenda ó fábula muy antigua, la cual supone que, irritados los dioses á causa de la maldad, impiedad y crímenes de los hombres de otros países, vinieron todos á refugiarse en Egipto y se complacieron en vivir en las plantas. Parece que estas creencias estimularon mucho é hicieron florecer en Egipto la agricultura.

Ya hemos dicho que el Nilo era adorado como Dios con el nombre de Serápis, aunque Serápis se confundia á veces con Osiris. El verdadero nombre sagrado del Nilo era Hapi-Mou, ó el fecundador de cuanto existe. En el Aaenrú ó Paraiso fingian los Egipcios otro Nilo celestial ó ideal

llamado Nen-Mou ó agua primordial, fuente de todas las existencias.

Usaban, por último, muchos emblemas religiosos inanimados. El más notable era el Tat, ó nilómetro, instrumento que servía para medir las avenidas fecundantes del Nilo. Este instrumento se parecía en la forma á una cruz. La esfinge era también una figura emblemática que significaba misterio y sabiduría.

Mucho se pondera la alta civilización de los Egipcios. De su arquitectura nos han dejado los restos más grandiosos en pirámides, templos é hipogeos: pero de su literatura, de su ciencia teórica, no conservamos un solo libro. Manethon, de cuya historia quedan fragmentos, escribió ya en griego, después de la conquista de Alejandro; sin embargo la ciencia egipcia fué muy celebrada, y tenida en grande estimación. Los primeros sábios y filósofos de Grecia, como Homero, Pitágoras, Solon, Platon y Licurgo, se cuenta que fueron á educarse entre los Egipcios. Del mismo Moises afirman nuestros libros sagrados que «estaba instruido en toda la sabiduría de los Egipcios y era poderoso en palabras y en obras.»

Se asegura que había en Egipto muchas bibliotecas desde las edades más remotas, pero no serían públicas. Parece más probable que el saber fuese patrimonio exclusivo de la casta sacerdotal, que le conservaba y escondía á los ojos profanos, y que sólo en los misterios le revelaba á los iniciados y adeptos.

Sea como sea, la civilización de los Egipcios y las creencias religiosas en que se funda, están aún muy distantes de hacernos prever la superior elevación de la cultura y de la idea de las cosas divinas entre Griegos y Romanos. Examinemos rápidamente las creencias de otros pueblos y razas, cuyo pensamiento despuntó y tendió el vuelo en Asia desde un punto primordial más alto, así religioso como político; los cuales pueblos y razas, no sólo influyeron en el posterior desenvolvimiento del espíritu y de la conciencia de Dios en Europa, sino que, emigrando á Europa ellos mismos, establecieron desde un principio la superioridad de las razas ó naciones que habitan nuestro continente sobre todos los demás pueblos y tribus del mundo.

Los pueblos ó razas de que hablamos son los Turanienses y los Arios.

Los etnógrafos llaman Turanienses á todas aquellas familias humanas, que desde los primeros tiempos de la historia se han mostrado en el Asia central y en el Asia y en la Europa boreales, distinguiéndose peculiarmente por su vida errante ó nómada, y por sus costumbres guerreras, como los antiguos Scitas y los Tártaros del día: familias humanas que han inmigrado en diversas épocas en el continente europeo; que mezcladas y confundidas, ó influidas al ménos por los Arios ó por los Semitas, han sido capaces de elevarse hasta ellos en la cultura; pero que por sí solas no han producido nunca sino un bosquejo, un pri-

mer ensayo de las civilizaciones, que los Semitas ó los Arios han sabido mas tarde crear. Estas familias representan un grado digno de estudio en la escala ascendente del progreso de la humanidad. Por sus idiomas aglutinantes, están entre el monosilabismo de los Chinos y los lenguajes ricos en flexiones de los Arios; y por la idea ó concepto que formaron de la divinidad, se alzan sobre el semifetichismo de los Egipcios cushitas y sobre el panteismo materialista de los Chinos y conciben un espiritualismo distinto y claro, aunque grosero y fomentado por excitaciones y estímulos materiales.

El signo característico del sentimiento religioso en estos pueblos es el concepto de fuerza sustituyendo en todo al de fenómeno y al de sustancia; pero, como la fuerza parece en sí inmaterial, aunque sea atributo ó efecto de la materia, los Turanienses ven un espíritu en cada cosa, en cada pasión, y en cada hecho. Para elevarse á estos espíritus, para comprenderlos y avasallarlos, para combatirlos si son malos, ó para impetrar su gracia si son benevolentes, la familia de hombres de que hablamos no acude á la exaltacion pura de los afectos, como los místicos, ni á la reflexion y á los esfuerzos de la inteligencia; sino que agita y conmueve el espíritu propio, sobreexcitando los nervios por medios materiales: por la danza frenética, por el estruendo de una música bárbara, por las bebidas fermentadas y espirituosas, y por los filtros y perfumes. El éxtasis, el rapto di-

tirámbico de la palabra, la inspiracion y la vision; producido todo por sobreexcitacion de los nervios, por la orgía sagrada, por el baile vertiginoso, por los unguentos y los perfumes, es lo que predomina en las primitivas religiones de los Turanienses, entrando como elemento harto abundante en las posteriores religiones falsas y en las supersticiones de Europa, y perpetuándose durante los siglos medios en la brujería y hechicería, y hasta el presente en lo que llaman en Italia *gettatura* ó sea mal de ojo, en la fascinacion y en el espiritismo.

Poco sabemos de las primitivas creencias de los Turanienses; pero los estudios que se han hecho en Finlandia y la reconstruccion de la grande epopeya el Kalevala nos darán mucha luz en esta materia, cuando más adelante la examinemos. Baste decir ahora que los Griegos tuvieron muy alta opinion de la ciencia de los Hiperbóreos ó Scitas y que várias fábulas antiguas dan testimonio al ménos de que creyeron en el influjo de los Hiperbóreos en la civilizacion helénica. Suponian algunos que los Cíclopes y los Curetes, pueblos muy ingeniosos y sábios, que edificaban gigantescos monumentos, habian inmigrado en Europa desde el centro del Asia. Decian además que Olen, el hiperbóreo, habia venido á Grecia, trayendo himnos y culto religioso y otros elementos de cultura; que Abaris, tambien hiperbóreo ó scita, habia logrado de los dioses que adoraba que le diesen una flecha de oro, con cuyo auxilio

recorria el mundo volando; y que Abáris estuvo en Grecia y fué amigo y maestro de Pitágoras. Se añade, por último, que los oráculos de Dodona, Olimpia, Delos y Delfos, que se daban sin duda por medio del Chahmanismo, esto es, de la sobreexcitación de los nervios con perfumes, músicas, unguentos ó bebidas, fueron establecidos en Grecia por otros sabios peregrinos, que de las regiones hiperbóreas procedían. Es cierto que estas regiones hiperbóreas eran concebidas de un modo fantástico é ideal por la ignorancia y por la imaginación infantil de los primeros sabios y poetas, al entender que el origen del frío era el viento Boreas, el cual tenía nacimiento en las Montañas Rifeas. Mas allá de estas Montañas había una tierra templada, fértil y dichosa, donde vivía larga vida la raza de los Hiperbóreos, altamente civilizados, exentos de enfermedades y de vejez, en medio de cantos y de bailes, y predilectos y favorecidos de Apolo. Claro está que las Montañas Rifeas, levantadas por la imaginación, fueron retrocediendo hácia el Norte, conforme el Norte se fué conociendo mejor, y que en el día han venido á situarse en el mismo polo del frío, entre el cual y el polo del mundo, ponen aún los poetas y novelistas un mar abierto y sin hielos, una tierra fértil y una primavera fecunda. Pero, despojada la fábula de su carácter poético, no deja de tener fuerza para demostrar que en la civilización helénica entró por algo el elemento turaniense. Los encantamientos, las hechicerías,

las drogas que transforman á los hombres en bestias, tienen este origen norte-oriental. Circe y Medea son dos encantadoras ó magas nort-orientales. Todavía se dice que usan en Siberia un brevaie llamado *mucha-moro*, que contiene el zumo de cierta especie de hongos, y que hace ver deliciosos fantasmas. Los soldados turcos tomaban el *maslach* para llenarse de un furor divino y combatir valerosamente. Los sectarios fanáticos del Viejo de la Montaña se embriagaban de *hachich*, de donde parece que viene el nombre de asesinos. Semejantes drogas, ó la creencia de que existian y de que tenian gran poder, vinieron á Europa de Oriente, desde los tiempos más remotos. Helena dió á Telémaco el nepenthes, que le hizo olvidar sus pesares. La virtud mágica de los perfumes no es ménos antigua. Himnos, atribuidos á Orfeo, y que se fundan en un antiquísimo ritual, dicen que hay un perfume distinto para la evocacion de cada Dios: Proclo asegura que los fundadores del primitivo sacerdocio componian de varios olores un perfume único, cuya virtud encaminaba el alma á los cielos: y Herodoto refiere que los Scitas se embriagaban con el aroma de los granos quemados de una especie de cáñamo.

Pero dejemos por ahora á las razas turanienses y pasemos á hablar de los Arios primitivos. Trasladámonos con la fantasía á aquella edad, que los eruditos no han logrado fijar áun, en que se compusieron los primeros cantos de los Vedas, y suponemos esta edad unos 3.000 años ántes de Cristo.

En el centro del Asia, en las faldas del Cáucaso indiano, vivían aún mezclados y formando un solo pueblo los ilustres progenitores de Griegos y de Romanos, de Eslavos y de Alemanes, y de cuantas gloriosas y civilizadas naciones la Europa sustenta y contiene. Aún no había Estado político entre ellos. Eran tribus ó familias, gobernadas ó capitaneadas por los patriarcas ó jefes. Su ocupación era apacentar los ganados y hacer la guerra. Su religión un naturalismo puro y sublimemente poético. Cada padre de familia, cada hombre era un sacerdote. Los poetas, los inspirados autores de los himnos, los *richis*, eran los reveladores, los adivinos, los videntes y los santos. Sus dioses eran las fuerzas, las energías, las inteligencias que movían los elementos, y que daban hermosura, encanto y fecundidad á la naturaleza vírgen. Un delicado sentimiento de orden y de armonía, un amor desinteresado á lo bello, y una ferviente aspiración á lo ideal impregnaban desde luego aquel primitivo naturalismo de un aroma espiritualista y de un instintivo impulso de moralidad.

Div entre aquella gente era el cielo, y los *devas* los celestiales ó los dioses. El sol era llamado Mitra el amable, y Savitar el generador. El fuego, padre de las artes, creador del hogar, protector de la familia se llamaba Agni. Varuna era el Dios del cielo, el que prepara los caminos del sol, el que abre los manantiales celestes de los ríos. Su aliento agita el aire. Los Marutas, los

Vientos, son los ministros y servidores de Varuna. Jama aparece como el espíritu de la humanidad personificado. Indra, por último, es el rey de la atmósfera, el dios del rayo, el que desata las nubes y derrama la lluvia sobre la tierra. Indra es el arquero celeste de la cabellera de oro, el vencedor de las tinieblas. Los caballos de su magnífico carro se bañan en el rocío. Todó se eclipsa cuando él aparece. Delante de él van las Asvinas ó Auroras. Indra es el día en todo su esplendor; y armado de flechas refulgentes, en la cumbre de los cielos, circundado de los Marutas ó vientos, combate y vence al demonio Urtra y le obliga á poner en libertad á las aguas, que tiene aprisionadas en las nubes.

La mitología de los Arios primitivos no creo yo que esté aún bien estudiada, y ofrece muchas dificultades. Es la principal la de distinguir lo que es del primitivo período védico, de ántes de las inmigraciones en Europa y de ántes de la separación de los Iranienses, y lo que es añadido ó interpolado más tarde por los Arios, que pasaron á la India, por la casta sacerdotal. Así es que hay himnos en los Vedas del más candoroso y primitivo naturalismo; himnos que bien pueden llamarse la armonía primordial de la aurora visible con la inteligible; de la naturaleza con el alma humana; la revelación primera de la luz: y hay otros himnos, donde, se descubre un monoteísmo purísimo: el concepto del Sér Supremo, que siempre es uno, aunque, como dice el Rig-Veda, los sabios le dén

diversos nombres. Llámánle Pragapati, el dueño de las criaturas, Asura ó el espíritu viviente, Dhatar ó el creador; Bhaga, Manyu, Nar, Ayu y Purusha; nombres todos que designan otros tantos atributos verdaderamente divinos y soberanos, propios de la infinita esencia.

Como la expresion más bella de este concepto del Dios único y supremo, pondremos aquí el himno 191.º del Rig-Veda, al Dios Cual, esto es, al Dios que no tiene nombre.

«Aparece al principio el gérmen dorado de la luz. Era el soberano del mundo. Llenó la tierra y el cielo.

»A cuál Dios ofrecerémos holocausto?

»El dá la vida y la fuerza; los dioses mismos invocan su bendicion: la inmortalidad y la muerte son su sombra.

»Unico rey todopoderoso del Universo, del Universo que se ha despertado y ha comenzado á respirar, reina sobre el hombre y conduce los animales.

»Anuncian su poderío las montañas cubiertas de nieve y las corrientes lejanas del Océano: sus brazos abarcan toda la extension de los cielos.

»El ilumina el éter; consolida la tierra; fija el cielo y el empíreo: difunde la luz al traves de las espesas nubes.

»La tierra y el cielo, que su voluntad ha afirmado, le miran con temor. En su frente nace y resplandece la Aurora.

»Del lugar donde se precipitaron las aguas po-

derosas, las aguas que llevan los gérmenes y que crean la luz, de allí vino el aliento vivificante de los dioses.

«El que tendió sobre estas aguas su mirada, sobre estas aguas que llevan la fuerza y engendran la salud, está por cima de los dioses, y es solo Dios.

«Que no nos hiera el que ha creado la tierra y el cielo, el que custodia la verdad, el que ha creado las aguas limpias y poderosas.

«¿A qué Dios ofreceremos holocausto?»

Ya este himno, á no ser que se le suponga inspirado por un recuerdo de la primitiva revelacion, no parece escrito por un pastor, por un *richi* de las edades patriarcales, sino por un sacerdote, por un brahmin, por un filósofo de una época avanzada y reflexiva.

¿Cómo suponer simultáneos tan metafísicos y espirituales pensamientos con la idea cándida y verdaderamente pastoril de que Indra ó Varuna acuden al sacrificio, y vienen á apagar su sed y á hartarse y á satisfacer su hambre en la ofrenda de blanca leche que les consagran? ¿Cómo ha de concordar esa aspiracion reflexiva del pensamiento hácia la causa de las causas con la adoracion de Agni, del fuego, de la llama del hogar, que deja ver cuán cerca estaban los hombres aún de la vida selvática y de aquel momento dichoso, origen de toda cultura, en que frotando un leño contra otro, ó hiriendo entre dos piedras una materia inflamable, produjeron la combustion y se hicieron dueños de un elemento tan poderoso?

Agni fué llamado *damuna* (de donde demonio, divino) que significa doméstico, porque fundó el hogar, la casa: y fué apellidado también sabhya y sabhesta, porque presidia y estaba en el centro del sabha, que era la junta ó asamblea de la tribu. Tanto esto, como la adoracion de las *apas* ó aguas del cielo, de las aguas primordiales, de las madres divinas, que contienen la ambrosía, *amrta*, y de cuyo seno salieron las Apsaras ó ninfas, son fábulas ó ficciones poéticas propias de una época primitiva y de unos rústicos pastores, si bien dotados de nobilísimas prendas, y poseedores ya del gérmen, del embrión primero de tantas civilizaciones grandes y diversas. Pero el himno del Rig-Veda que hemos citado nos parecería apócrifo, si no le considerásemos como de época muy posterior.

Sin duda que en la mente de los Arios, en su consciencia poderosa y fuerte, estaban rudimentalmente todos los gérmenes de las religiones, de las artes y de las filosofías, que los de su raza han creado de un modo tan vário y tan rico, al dilatar su poder y su predominio por toda la tierra. En los más antiguos himnos estaban sin duda, en su primer brote, el emanantismo de los Persas, el panteísmo de los Indios y el politeísmo de todos los antiguos pueblos de Europa; pero ménos desarrollados y patentes de lo que algunos creen. Propio, por ejemplo, de los Arios primitivos era imaginar como una deidad, como la gran madre de los dioses, á Aditi, el espacio sin término. Pero

de este gérmen, de este atisbo de panteísmo, al siguiente himno del Rig-Veda deben haber mediado centenares de años.

»No había ni sér, ni no-sér, ni éter, ni esta tienda del cielo. ¿Quién había de encubrir á lo que no existía? ¿Dónde se ocultaba lo que está oculto? Era en las ondas? Era en el abismo?

»No había ni muerte ni inmortalidad. Nada separaba la noche oscura del día luminoso. El todo indiviso respiraba sólo. En él nada respiraba. Esto era todo lo que era.

»Las tinieblas lo cubrían como un océano que nada alumbra. Así estaba el todo profundamente oculto en el principio. Envuelto en sí mismo, nació, creció en virtud de su calor propio.

»Cama, el Amor, fué el primero que penetró el todo: el Amor, gérmen del ardor intelectual. Meditando en su espíritu, los sabios videntes sintieron este antiguo lazo que une el sér á la nada.

»El rayo que los videntes vieron por donde quiera, ¿estaba en el abismo? ¿estaba en las alturas? Se echaron las semillas; las fuerzas nacieron. La naturaleza está aquí abajo; allá arriba están el acto y la voluntad.

»¿Quién lo sabe? ¿Quién ha declarado nunca el punto de donde brotó la vasta creacion? Los dioses vinieron más tarde que ella. ¿Quién puede, pues, saber de dónde ella vino?

»Aquel sólo de quien la vasta creacion viene, ora la crease, ora no la crease; aquel que mira

desde lo alto del cielo es quien sabe la verdad. Acaso no la sabrá tampoco?»

Suponer que este himno, más propio de un doctor ó de un filósofo que de un rudo vaquero de la Bactriana, fué compuesto por un vate primitivo, sería un absurdo. El Rig-Veda es, pues, una colección de cantares compuestos, desde el período más antiguo, desde el primer albor de la civilización de los Arios, hasta que ya había bramanismo y filosofía indiana.

No nos incumbe seguir á los Arios en los ulteriores desenvolvimientos de su civilización en la India; no hablaremos del bramanismo ni del budismo.

Es casi seguro que, después de la inmigración de parte de los Arios en la India, se fundó un reino de Arios en la Bactriana. Dicen que reinando allí un rey llamado Vistaspa, 2.500 años lo ménos ántes de Cristo, apareció el famoso legislador, reformador y profeta Zarathustra ó Zoroastro. Zoroastro no quiso ó no pudo destruir el naturalismo de los Vedas, y se limitó á reformarle, ingertando en él el espiritualismo: la creencia en un Dios único y viviente; en el Dios del bien y de la verdad, creador y conservador del mundo, omniscio, todopoderoso y eterno. Este dios es Ahura-Masda. Los entusiastas defensores de Zoroastro pretenden que Ahrimanes, el dios del mal, no es en la verdadera doctrina zoroástrica una fuerza eterna: que apenas si es una persona. Pretenden también que Armaiti, la madre del mundo de los cuerpos, no es tampoco una diosa, no es la ma-

teria coeterna con Dios, sino una mera alegoría moral. Armaiti, para algunos, es un atributo de Dios; el amor, la devoción, el sacrificio: para otros, como ya he dicho, es la materia, es la tierra. Los restantes Amschaspandes ó emanaciones divinas son también, según unos, atributos morales de Ahura-Masda; la verdad, el poder y la bondad: según otros, son los elementos. Estos Amschaspandes son siete.

Se siguió de esta doctrina, aunque Zoroastro, á lo que parece, no quiso luchar de frente contra el naturalismo, que sus discípulos endiablaron las fuerzas ó energías de la naturaleza que los Arios primitivos habían endiosado. El nombre de *devas*, que equivale al de dioses entre los Arios primitivos, tuvo el significado de demonios entre los Iranienses ó Bactrianos. Del mismo modo, cuando el cristianismo remplazó al politeísmo en Europa, el nombre *demonion* llegó á designar al ángel rebelde, al diablo, al génio del mal, por más que en griego signifique *divino*, cuya etimología ya hemos visto que viene de la lengua védica, y se halla en la palabra *damuna*, doméstico, epíteto que se daba á Agni. Este primer ensayo de espiritualismo, hecho por Zoroastro, aun suponiendo que fué tan puro como dicen, aun suponiendo que no estaba manchado de emanatismo ni de dualismo ó maniqueísmo, fué sobradamente precoz, y no pudo tener buen éxito. Pronto se pervirtió y corrompió, mezclándose con varias religiones idólatras.



El zoroastrismo pasó más tarde á la Media. Los Medos, que eran un pueblo ario, no sólo le adoptaron, sino que le propagaron con sus grandes conquistas. Un rey medo, que tomó el nombre de Zoroastro, dicen que conquistó á Babilonia, capital del mundo semítico. Allí se mezcló el zoroastrismo con las doctrinas de los Caldeos, y se alteró con esta amalgama.

Con los Persas apareció de nuevo el zoroastrismo en toda su pureza. La antigüedad entera celebró unánime los orígenes de aquella monarquía y la piedad y la religion en que se fundaba. Hasta los severos profetas de Judea llamaron á Ciro el *ungido del Señor*: pero muy pronto el despotismo oriental vició y corrompió otra vez la doctrina verdadera de los magos.

Hemos dicho aquí del zoroastrismo ó mazdaismo lo que nos parece histórico. La imaginacion oriental, los cantos populares persas, el gran poema nacional de Firdusi, titulado Schah Namé ó libro de los reyes, y algunos libros sagrados, más ó menos apócrifos, del Oriente, dan al mazdaismo un origen inmensamente más remoto. En vez de ser Zoroastro su primer profeta, fué su profeta décimo tercio. Hubo otros doce profetas que le precedieron; casi todos los cuales entran en la serie interminable de los reyes del Iran, y fueron legisladores y reformadores.

Fué el primero de estos profetas Maha-Abad, que es el mismo Manú, legislador de los Indios. Este vivió ántes de la separacion de los Arios que

fueron á la India y de los Iranienses. El segundos el que introdujo el cisma y provocó la separacion, se llamaba Dji Afram. El tercero fué Schai-Keliv, que escribió un libro de litúrgia. Yasan fué el cuarto. El quinto fué el gran rey Cayumors, el cual dió nombre á una nueva era, y es uno de los héroes más encomiados por Firdusi. Siguiéronle Siamec, Huschenc, Tahmurat, Djemschid, fundador de Istakar ó Persépolis, y á quien lo, más modernos orientales creen el rey de los gé-nios; luego Feridum y Minotcher, y por último Zoroastro.

En esta leccion preliminar hemos echado una rápida ojeada sobre la religion de los dos pueblos del Oriente, cuya historia nos parece, con seguridad, más antigua: la China y el Egipto. Esta última nacion influyó además muy activa y directamente en Grecia enviando á Grecia colonias, é instruyendo más tarde á algunos de sus sábios. Luego hemos tratado de las creencias y civilizacion de aquellos pueblos que son de la misma raza que los de Europa, de la raza japética; y cuyas ideas primitivas sobre las cosas divinas debieron de ser el fundamento y el gérmen de nuestros ritos y religiones.

En la siguiente leccion hablaremos ya de Grecia, que es el pueblo de más antigua civilizacion en Europa; pero no podremos ménos de hablar asimismo de las religiones de los pueblos semíticos idólatras, como asirios, fenicios y cartagineses, y de las de otros pueblos del Asia menor, todos

los cuales estuvieron desde un principio en continuo trato con los griegos, y poderosamente influyeron en sus ideas religiosas y en el desarrollo de su cultura.

Terminaré por hoy repitiendo y esforzando más lo que al empezar he dicho: que no me propongo decir nada nuevo, ni aparecer como sábio, como erudito y como ingenioso: que todo lo ya explicado, y lo que posteriormente explicaré, lo saben mejor que yo cuantos hombres de letras hay en España; que si algunos no lo saben, pueden saberlo fundamentalmente consultando unos cuantos libros que yo consulto, y de los cuales pondré una lista al fin de este Tratado; y, por último, que este Tratado, compuesto sólo para los humildes y poco sabidos, no aspira á más gloria que á la de ser una obrilla popular, no por la fama y el éxito, sino por el intento de divulgar ciertas nociones generales, en términos claros y sencillos, que estén al alcance de todos. Dichoso yo si lo consigo.

LECCION SEGUNDA.

(Domingo 26 de Diciembre de 1869.)

SEÑORAS:

YA expuse en mi primera leccion el propósito y el objeto de este Tratado. Di una idea suscita de cómo se formaron probablemente en el espíritu de los hombres los mythos y las falsas religiones primeras, y hablé con la mayor brevedad que me fué posible de los dos pueblos, á mi ver, más antiguos del Oriente; los chinos y los egipcios; los cuales pueden considerarse como aquellos cuyas creencias fundamentales contienen los dos modos de religion que hubo después en todos los pueblos de Europa. Uno de estos modos fué el culto y la adoracion de los antepasados; el otro el culto y la adoracion de las fuerzas naturales ó de las cau-

sas entónces ignoradas y misteriosas de los fenómenos. De los chinos nada pudo llegar á Europa á no ser por medio de las razas turanienses, cuyo carácter religioso hemos bosquejado tambien. De los egipcios, aunque nunca fueron un pueblo navegador y colonizador, vino mucho á Europa, y singularmente á Grecia, así por las navegaciones de los Fenicios y Cartagineses, como por las de los mismos Griegos. La raza, que pobló principalmente á Europa, y cuya habla y cuyo espíritu religioso prevalecieron sobre los de otras razas, fué la raza japética ó indo-europea. Los Griegos, los Romanos, los Celtas, los Germanos y los Eslavos; en fin todas las razas más briosas y nobles, que en Europa han predominado y han venido luego á predominar en el mundo, formando grandes Estados, creando duraderas y ricas civilizaciones, y difundiéndolas por toda la extension de la tierra habitada, son de origen japético: provienen de los primeros Arios, que en una edad prehistórica, difícil de señalar, habitaban en las mesetas centrales del Asia, en las faldas del Paropamisio y del Cáucaso indiano.

De la religion de estos Arios, nuestros progenitores, he hecho tambien un ligerísimo bosquejo en mi primera leccion; pero volverémos con frecuencia á hablar de ellos y de los antiquísimos himnos que nos han dejado, cuando busquemos explicacion, razon ó etimología de no pocos nombres, leyendas, tradiciones, costumbres y pensamientos de sus sucesores de Europa.

Entre tanto, importa no olvidar que por todo el Occidente del Asia, en la Mesopotamia, en la Siria, en la Palestina, en la Arabia, y en otras regiones, hubo, desde tiempo inmemorial, otra raza, llamada semítica, guerrera, comercial, activa y enérgica, capaz también como los Arios y sus descendientes de una gran civilización; raza que prevalece sobre los Cushitas y demás razas que habitaban las mismas regiones; y raza en suma que funda imperios colosales, como los de Asiria y Babilonia, y ciudades maravillosas como Nínive, Babel, Sidon y Tiro. Los Fenicios, hombres de esta raza, eran atrevidísimos navegantes y hábiles mercaderes, y con sus naves y mercaderías llevaron su civilización, sus creencias y sus costumbres por todas las islas y costas del Mediterráneo, y hasta pasaron el Estrecho de Gibraltar y fundaron á Cádiz. Sus colonias fueron muchas, sobresaliendo entre todas Cartago, temida rival de Roma, en tiempos muy posteriores.

Se deduce de lo dicho que las creencias y religiones de los semitas idólatras no pudieron menos de ejercer y ejercieron grande influjo en los pueblos del Mediodía de Europa. Conviene, pues, dar de ellas una breve noticia. No hablaremos de la religión particular de cada época y de cada pueblo, sino de los caracteres generales de todas las creencias y religiones semíticas en su conjunto, y muy especialmente de aquello en que más han influido ó coincidido con las naciones

européas; porque no se debe desconocer que el espíritu humano es uno, ya sea japético ó semítico el pueblo que le represente, y que á menudo parece remedo, plagio ó transmision lo que es coincidencia, y resultado idéntico de un modo de sentir ó de pensar, en la esencia idéntico también.

El carácter más distintivo de las religiones semíticas, carácter por donde se apartan de la religion de los primitivos Arios y se adelantan á ella, es, en mi sentir, el formar de la divinidad un concepto más abstracto, más separado de la naturaleza; el hacer á sus dioses más independientes del mundo y de sus fenómenos; más dotados de personalidad; ménos vagos y confundidos con las cosas naturales á que dan vida. La religion de los Arios contiene en gérmen el panteísmo, que luego se realiza en la India; la de los Semitas, presupuesto el olvido de la primera revelacion, se diria que también contiene en gérmen algo del puro moneteísmo de los Hébreos y de los Mahometanos. Bel, Baal ó Belo, el Señor, es un dios mucho más personal que Indra y que Varuna. Si no la idea de la creacion, la idea de la formacion y coordinacion del Universo y de cuanto encierra, debió de servir de base más ó ménos confusa, á todas las religiones semíticas. De aquí el concepto de un Dios supremo, de cuya voluntad, así como dependió formar los séres, depende también el destruirlos, de un Dios cuyo principal atributo es la fuerza; cuya ley es su propio que-

rer; de un verdadero déspota oriental, dueño de los inmortales y de los mortales, árbitro de la vida y de la muerte. Este dios es Moloch, el rey, el soberano, el monarca por excelencia. El agente más poderoso de la creacion y de la destruccion, el que corrompe y engendra, es el fuego, ora se le considere en el sol, ora en las entrañas de la tierra. Por esto Moloch es un dios del fuego. Sin duda que el agua es otro elemento creador y fecundante, ménos destructor que el fuego, y así, ó las mismas tribus y naciones ú otras concibieron al Dios Supremo como valiéndose del agua para crear, como sacando del agua la vida y todos los séres, y llamaron Belfegor á dicho Dios Supremo, aliado del agua. Su culto fué ménos sombrío y terrible que el de Moloch.

Los fenómenos de la produccion y de la destruccion, el nacer y el morir, debieron de herir más viva y profundamente que nada la imaginacion de los hombres, sobre todo cuando estos fenómenos se referian á sus semejantes, cuando les nacian hijos ó un padre moria. El letargo, la inmovilidad, aquel como sueño perpétuo del que pierde la vida, el no responder á ninguna voz amada, el apartarse para siempre de toda humana compañía, el conservarse la forma, aunque yerta é inerte, y que pronto se corrompe y altera, todo esto hubo de ser por fuerza el más hondo y temeroso misterio para los hombres primitivos, y asunto de la más seria reflexion, y estímulo poderosísimo que conmoviese el alma y despertase mil imágenes y conceptos

extraños en la fantasía. No ménos misteriosa y oscura apareceria la pasion del amor, sentida en lo profundo de nuestro sér, reconocida en todos los demás séres que tienen vida, é imaginada en los que no la tienen, considerada como ley universal á la que nádie ni nada puede sustraerse, y comò causa, universal tambien, de cuanto existe en la naturaleza. La fraternidad, la analogía, la semejanza entre el amor y la muerte, hubo de reconocerse desde muy temprano. La madre dá, sacrifica parte de su existencia á su hijo; el amante cede su voluntad, resigna su energía, se somete al objeto amado.

La vida, la existencia, que un sér trasmite á otro, no debió de aparecer nunca como la trasmision de una luz, en que no pierde nada la luz que ha comunicado la luz, sino como una cesion, como un sacrificio de una parte de la vida del sér que la trasmite. Se originó de aquí, en todas las religiones primitivas, y con más poder en las semíticas, por la vehemencia de las pasiones de los pueblos que las crearon, que el culto del amor y el de la muerte fuesen siempre unidos; que la dissolution y los sacrificios humanos se combinasen con frecuencia en los mismos ritos; que el dios que crea y ama y el dios que destruye se confundiesen en uno y fuesen adorados con fiestas eróticas y con efusiones cruentas. La sangre se miró desde luego como un líquido maravilloso, como principio y fuerza de la vida, en quien reside la causa de ella y el origen de la corrupcion.

La sangre vertida tuvo virtud de purificar y de santificar.

La conciencia hizo comprender desde luego á los hombres sus culpas, sus infracciones contra la ley moral, y se reconocieron pecadores. El sacrificio de la vida, el derramar la sangre podia lavar estas culpas.

Por otra parte, la idea del amor, enlazada íntimamente con la idea de la muerte, movió á los hombres para que imaginasen que morir era unirse á un Dios y ser como Dioses: que la muerte era el desposorio, el casamiento místico con el Dios ó Diosa que amaban. Ya veremos en adelante cuantas bellas fábulas y cuantas leyendas poéticas se fundan en esta idea.

Entre tanto, no se ha de negar que en un principio se dió otro pensamiento más grosero, otra razon más ruda como causa de los horribles sacrificios humanos. Los Dioses, en la conciencia espantosamente cándida de los hombres primitivos, comian y bebían como ellos. Indra acudia con delicia á las ofrendas de leche que le presentaban los Arios. Los dioses tenían hambre y sed, y los hombres satisfacían estas necesidades. ¿Qué extraño es, pues, que para mayor regalo se les ofreciese más tarde carne y sangre? Primero fué la carne y la sangre de los animales: después, como manjar más delicado y bebida más exquisita, la carne y la sangre de los hombres. Esforzó esta práctica cruel la consideracion de que al Dios, á quien todo se debía, era menester ofre-

cerle lo mejor, lo más selecto, las primicias de todo. El sacrificio á Moloch de los hijos primogénitos se fundaba en esta consideracion. Además si el Dios mostraba predileccion por algun mortal, si le amaba más que á los otros por su hermosura, por su virtud ó por su inocencia, aquel mortal, al morir en sus aras, se unia á él, se desposaba con él, volaba á su lado. Su sangre derramada santificaba á todo el pueblo; hacia que la divinidad fuese propicia.

Eran tan comunes, tan generales, tan propios de toda mente humana estos pensamientos, que los sacrificios que de ellos nacen, se hallan en todos los ritos y creencias de todas las comarcas y regiones del mundo, siempre que el pueblo vive en el mismo estado inicial de cultura. El sentimiento de devocion y de consagracion, la ofrenda por amor de cuanto poseemos de más precioso, dán un realce poético y sublime á estos horrendos sacrificios, sobre todo cuando la víctima es voluntaria; cuando ofrece su vida en holocausto por la salud de todos. Así Curcio arrojándose con armas y caballo en el abismo abierto en el foro de Roma: así los Decios votándose á los dioses infernales; así el Emperador de Méjico Chimalpopoca, imitando el ejemplo de sus predecesores heróicos y haciéndose sacrificar por los sacerdotes ante el ídolo de Huitzilopoxli.

Los sacrificios humanos fueron practicados entre todas las tribus y pueblos. Los Medos y Persas, gracias á los preceptos elevados del zoroas-

trismo, fueron acaso los que los abolieron primero. En Grecia duraron siglos, después de haber florecido ya su civilización excepcional y nobilísima. En Roma, se perpetuaron también hasta el año 94 ántes de Cristo, en que un Senado consulto los abolió. Se cuenta que los Etiopes los abolieron de un modo singular y poético. Se dispuso que, para lavar los pecados del pueblo, sólo se sacrificasen dos hombres cada seis siglos, los cuales, sin hacerles daño alguno, era embarcados solos en una pequeña nave, suponiendo que se dirigía la nave á las Islas Afortunadas.

Pero, entre los Fenicios y Cartagineses, en el culto de Moloch, los sacrificios humanos fueron más frecuentes y más horribles, así como entre los pueblos que imitaron sus costumbres, y aceptaron sus divinidades: Las víctimas, en el culto de Moloch, eran consumidas por el fuego. El ídolo de bronce las recibía en su entraña, las apretaba contra sus brazos ó las estrechaba sobre el seno candente. El sacrificio de los niños más amados era en extremo propiciatorio. Un rey de Cartago sacrificó él mismo á su hijo. Dicen que los movimientos convulsivos de las víctimas, en la espantosa agonía, eran observados con sumo cuidado para adivinar por ellos lo por venir. Los hermanos Filenos de Cartago se enterraron vivos por la salud de la patria. El General Hamilcar, en una batalla contra los Griegos de Siracusa, á fin de ganarse la voluntad de sus ídolos, no contento con sacrificarles muchas víc-

timas, acabó por arrojarse él mismo en la hoguera.

Donde los Fenicios y los Cartagineses establecieron factorías y colonias, establecieron tambien el culto de Moloch y los sacrificios humanos: en Grecia, en Chipre, en Creta, en Cerdeña, en Sicilia y en España.

El derramamiento de sangre, el negro arcano de la muerte, debia de tener, combinado con la supersticion, un poder prodigioso, un atractivo indefinible para aquellos hombres rudos; debia de moverlos á una especie de frenesí contagioso y sobreexcitarlos á más horrores.

El símbolo de la fuerza entre las más de las naciones antiguas, fué el toro: las astas que coronan su frente fueron signo de magestad y de poder. Los reyes asirios adornaban con astas sus tiaras y diademas. El ídolo de Moloch tenía, por consiguiente, la forma de un toro ó de un becerro. En contraposicion á este símbolo de la fuerza, á este emblema del dios del fuego, el dios del agua, el principio ó elemento húmedo, era simbolizado por el asno. Se ignora la causa de este emblema; es difícil de hallar la relacion que puede haber entre el asno y el agua; pero este símbolo está en casi todas las mitologías, ritos y creencias. Tal vez expresen así la fecundidad; tal vez la mansedumbre; tal vez lo útil que el agua, como el asno, es al hombre. Es de notar que en Oriente los asnos son muy hermosos, y que en aquellas edades remotas no habian caido sobre este

sufrido y pobre animal la ridiculez y el injusto desprecio con que en el día le tratamos, y de lo cual procura vindicarlo con suma elocuencia el gran naturalista Buffon. Además, el onagro ó asno salvaje, y la zebra ó asno rayado, son airosos y de buena estampa. Los príncipes, los caballeros, los grandes señores y, como si dijéramos los elegantes de los países orientales, se complacian en montar en burro, como por gala y para mayor esplendor y ostentacion de la persona. Estos burros eran ligerísimos en la carrera, y debian de piafar y hacer corbetas, como nuestros caballos. Así vemos que Sileno iba en burro, acompañando á Baco en sus conquistas; que Tyfon huia de Horns caballero en un burro; que Balaan, profeta, iba montado en una burra; y los cuarenta hijos de un juez ó pontífice de Israel paseaban todos pomposamente, caballeros *super nitentes asinos*, sobre relucientes ó nítidos asnos. No es de extrañar, en vista de lo dicho, que Belfegor signifique, como aseguran los etimologistas, el señor asno. En *fegor* ó *peor* ven la misma raíz que en *pere*, asno salvaje en lengua hebráica, en *pferd*, caballo, en aleman, y en otras muchas palabras semejantes que en lenguas diversas tienen idéntico significado. Es más, el burro convertido en caballo, en otras mitologías, sigue simbolizando el elemento húmedo y en íntima relacion con él. La fuente Hipocrene, que inspira la poesía, es la fuente que el Pegaso abrió hiriendo una piedra con el casco. Las Musas se llaman Pierides por

alusión al caballo ó al monte que lleva su nombre. En la misma mitología griega y en otras mitologías y leyendas, hay un sin número de fuentes que un caballo ó un asno hace brotar. El caballo Bucéfalo de Alejandro el Grande, que tenía cabeza de toro, simboliza tal vez la fusión de las dos civilizaciones aria y semita, que realizó el héroe de Macedonia. Todavía, en los tiempos cristianos, dura en las leyendas y tradiciones el simbolismo del caballo y del asno. El caballo de Carlo Magno, á semejanza del Pegaso, abre con su casco la fuente Gleisbrunn en el monte Odenwald, esto es, en la selva de Odin. Sabido es que el caballo á su vez nace del principio húmedo en casi todas las mitologías. En la griega, Neptuno le hace salir de la tierra á un golpe de su tridente.

Otro símbolo comun á todas las antiguas religiones es la paloma, ave consagrada á cuantas diosas corresponden á la diosa de amor, á la Vénus del Lacio, en las otras mitologías. La paloma es la sabiduría creadora que fecunda el caos. Semíramis, que fué nombre de diosa ántes de ser nombre de una gran reina enamorada, dicen que significa paloma ó hija de la paloma.

La serpiente fué, por último, en general, símbolo de la astucia, de la maldad, de la inmortalidad y del saber, sobre todo en medicina. Así es que en todas las mitologías está consagrada la serpiente, ó bien á los dioses infernales, ó bien á los dioses inventores, médicos ó elocuentes. Como

imágen del espíritu del mal, del príncipe de las tinieblas, la serpiente es combatida y muerta por los dioses y los héroes, luminosos y salvadores, desde Indra hasta Apolo.

No se crea que el diós Belo, ora se apellidase Moloch, ora Fagor, ora Nembrod, Nenrod ó Nipru, era el único dios de los Semitas. El dios Il ó El, que es el nombre mismo de Dios y equivale al Alá de los Arabes, es un dios indeterminado y oscuro, anterior á los demás dioses. Luego se suceden los otros en una série, de tres en tres. Cada dios tiene su correspondiente principio femenino, y la emanacion de ambos. Cada dios está casado y tiene un hijo. Il ó El es quien aparece solitario, aunque crea de sí mismo á los otros dioses. Bab-el dicen que significa la Puerta de Dios. La gran capital de los Asirios y Caldeos le estaba consagrada.

Todos los pueblos antiguos tuvieron la costumbre, coincidieron en la idea, ó bien de suponer que sus dioses se humanaron y reinaron en su país, ó bien de imaginar que sus más antiguos reyes, patriarcas, héroes y fundadores, de los cuales tal vez hubo alguno que tuvo una existencia histórica, real y humana, fueron luego dioses. Tal vez, además, los reyes tomaban nombres divinos. Ello es que en las mitologías asiria y caldea, Belo, Semíramis, Merodach, Asur y Nenrod son dioses.

La mujer de Belo tiene muchos nombres, y tiene además muchos parecidos con várias diosas de

Las mitologías clásicas; ya se parece á Vénus, ya á Juno, ya á Rea, ya á Diana; así como Belo se parece á Saturno, á Júpiter, á Apolo, y á otros muchos dioses. Sea como sea, la mujer de Belo se llama Milita, Beltis, Nana, Ishtar, Aschera, Asarte, Astarot y Mabog, según la nación ó tribu, ó según la época, por quien ó donde era nombrada, ó según el menester y oficio, en que se la considere. Mabog, por ejemplo, es nombre indo-europeo ó japético, y significa madre de los dioses; de *ma* madre, y *bog*, dios, palabra que aún significa dios en ruso y en otras lenguas eslavas. Nosotros, por ser más usual y fácil de retener en la memoria, llamaremos Astarte á esta deidad. Sus relaciones amorosas con Adónis, que después ha embellecido tanto la poesía clásica, hacen que la confundamos con la hermosa Vénus; pero la verdad es que en un principio distaba mucho de parecersele. Su imagen ó ídolo era un espantoso mari-macho, con espesas barbas. Sus aficiones eran tremendas. Gustaba tanto de la sangre como el mismo Moloch, y en sus altares de Siria, de Fenicia, y de mil puntos de Europa, donde había sido llevado su culto, se inmolaban víctimas humanas. El culto de Astarte estaba además deshonrado por la prostitución y por las más abominables impurezas.

Adónis no era en la primitiva leyenda el joven lindo y gracioso que ha fingido la poesía griega, y á quien dá muerte un jabalí; Adónis era el Señor, un dios solar, el propio Belo, que por un

singular misterio muere y luego resucita. Acaso simbolizaba esto el invierno y la primavera. En las fiestas, en que se lamentaba la muerte de Adónis, se hacia su entierro, ó se celebraba su resurreccion, habia danzas frenéticas al compás de atambores, címbalos y flautas, se azotaban los hombres y las mujeres hasta verter sangre, y á veces llevaban algunos devotos el entusiasmo al punto de mutilarse bárbaramente.

No ménos que la mitología fenicia, influyeron en la griega las de algunos pueblos del Asia menor, que estuvieron siempre en relaciones íntimas y frecuentes con los Helenos. Estos pueblos les transmitieron, sin duda, en un principio muchas de sus creencias. Platon dice que los Griegos aceptaban bastante de los Bárbaros; pero añade que lo hermoseaban y perfeccionaban al aceptarlo; esto es, que lo cambiaban, que lo transformaban todo por tal arte, que es difícil hoy distinguir lo que tuvo origen entre los Griegos mismos de aquello que fué importado. Además, los Griegos influyeron tambien más tarde en casi todos los pueblos del Asia menor, por las colonias que á ella llevaron, por las conquistas y guerras, y por las relaciones comerciales. Y fué este influjo tan poderoso, que en muchas comarcas borró hasta la memoria de lo indígena y castizo y lo helenizó todo. Contribuye además á que así sea, ó nos parezca, el no haber quedado escrito alguno original de aquellos pueblos antiguos, y el que sepamos por los Griegos cuanto se sabe de su historia,

de su religion y de sus tradiciones. Los nombres de los reyes, dioses y héroes, y los de las montañas, rios y ciudades, ó fueron griegos ó se helenizaron hasta el punto, de ser hoy difícil hallarles el sonido, la forma y el significado primeros. El claro Termodonte, el Pactolo tan celebrado por sus áureas arenas, el Caystro, famoso por sus bellos cisnes, son rios del Asia menor. Allí habia un monte Ida, como en Creta, y otros sitios, cuyos nombres ha hecho la poesía griega inmortales y esclarecidos. Sus ciudades, colonias griegas algunas, no son ménos célebres por várias causas: Esmirna, como supuesta pátria de Homero; Abydos, como pátria de Leandro, el amante de Hero; Éfeso por su famoso templo de Diana, una de las siete maravillas del mundo; Teos por haber dado nacimiento á Anacreonte; Clazomenæ por ser Anaxágoras de allí; y Pérgamo por su bosque sagrado, por su templo de Esculapio, y posteriormente por ser centro de un gran movimiento literario, por su copiosa biblioteca, y por los pergaminos, á los que dió nombre.

Los principales pueblos del Asia menor y los que más en contacto estuvieron con los griegos, fueron los lidios, los carios y los frigios. Sobre el origen de estos pueblos hay cuestiones entre los etnógrafos: los creen unos de estirpe semítica, al ménos á los lidios: otros, y éstos son los más, los consideran como de estirpe japética. Entiendo que esta opinion es la más probable, si bien debe tenerse en cuenta que el influjo de los asirios y de

otros pueblos semíticos fué grande en la Lidia, en la Caria y en la Frigia, y que la raza estaba muy mezclada, entrando por no poco el elemento semítico.

Lo cierto es que el culto y la creencia más importante de aquellas naciones del Asia menor; el culto y la creencia que los Griegos no acertaron nunca á helenizar hasta quitarles el sello oriental que tenían, llevan en sí cierto carácter semítico, y se asemejan, en su fundamento, á la leyenda y á la religion de Astarte y de Adónis.

Cibéles, la diosa principal de Frigia, cuyo culto se extendió por toda el Asia menor, y después por el Mediodía de Europa, es la misma naturaleza, la madre tierra en su prístina y desordenada fecundidad, la diosa de los bosques y de las montañas. El pino le está consagrado; una corona de torres ciñe sus sienes; gigantescos leones tiran de su carro triunfal. Los ritos y ceremonias con que se adoraba á esta diosa eran orgiásticos; la lascivia, el desenfreno y el erotismo más frenético se mezclaban en este culto á la maceracion, á la disciplina más cruel, y hasta á las mutilaciones horribles, que se conservaron después en algunas sectas heréticas cristianas, y que aun en Rusia practican los *scopzi*.

Los sacerdotes de Cibéles, conocidos por lo comun con el nombre de *coribantes*, aunque su propio nombre fué el de *galos*, se entregaban á danzas vertiginosas y rápidas, se sentian poseidos de un furor sobrenatural; y ya se azotaban

ó se mutilaban; ya hacian movimientos y tomaban actitudes de la mayor lascivia. La diosa les comunicaba el dón de profecía y otras muchas virtudes cuando se agitaban con la danza, al són de bárbaros y estrepitosos instrumentos, como atabales y trompetas. De estos sacerdotes los habia que habitaban en comunidad, y otros que andaban solos, errantes y mendigando. Los tales coribantes vagamundos eran llamados *mitragirtes*, é iban de lugar en lugar, pidiendo limosna, vendiendo el perdon de los pecados para los vivos y los muertos, ofreciendo remedios para las enfermedades, enseñando hechizos y conjuros, y suministrando filtros para hacerse amar. A fin de infundir en el vulgo una idea grande de su poder, solian fascinar serpientes, domesticar y llevar consigo otros animales feroces, y realizar un sin número de falsos milagros.

Tuvieron los Frigios otros dioses, no ménos orgiásticos é inspiradores del furor. Uno de ellos fué Coribas, que dió nombre á los *coribantes*: Sabazio fué otro.

El nombre de Sabazio indica ya el carácter de esta divinidad, que se confunde más tarde con Baco, en sus misterios. Sabazio parece la misma palabra que *sabat*, junta ó asamblea del pueblo entre los Arios; y en nuestro tiempo, sin duda por culpa original del dios Sabazio, lo propio que aquelarre ó junta de brujas, en muchas lenguas de Europa. El macho cabrío hubo de estar consagrado á Sabazio, como después á Baco. El ma-

cho cabrió figuró en las fiestas de Sabazio, y más tarde en las bacanales, y por último nadie ignora el grande y distinguido papel que ha hecho siempre en los aquelarres.

Pero el dios principal de la Frigia y de casi toda el Asia menor, después de Cibéles, fué Atys, cuya fábula, en su origen, es casi idéntica á la de Adónis. Atys es el sol y es un pastor al mismo tiempo, porque los pueblos antiguos imaginaban al sol como á un pastor gallardo, que apacienta las estrellas ó cabrillas del cielo. Cibéles se enamoró de Atys y Atys de Cibéles; pero Atys fué infiel á Cibeles con la bella ninfa de un rio, y la diosa altamente ofendida hizo caer á Atys en un furor extraordinario, en una danza vertiginosa, en un delirio divino ó mejor dirémos diabólico, durante el cual Atys se mutiló. De resultas sobrevino la muerte. Cibéles le llora arrepentida, y Atys, el dios muerto, resucita todos los años, cuando vuelve la primavera. Atys fué además transformado en pino, símbolo de la fecundidad de las montañas; planta cuyas hojas no se marchitan ni caen en el invierno.

Por no recargar la memoria de mi indulgente auditorio, y por no hacer de mis lecciones un catálogo interminable de nombres propios, no hablo aquí de otras varias divinidades indígenas de Frigia, Lidia y Caria. Lo que más importa saber es que en estas regiones luchó desde antiguo el espíritu indo-europeo con el semítico; los sentimientos y las ideas religiosas de una y de otra

raza. El espíritu más humano y civilizador de los indo-europeos prevaleció al fin.

No pocas leyendas, idealizadas posteriormente por el ingenio y la inagotable fantasía de los Griegos, dan testimonio de esta verdad: prueban la lucha del agua contra el fuego, de Neptuno y de Belfegor contra Moloch, del asno ó del caballo contra la serpiente y el toro. La clase más comun de estas leyendas es la que hace de algun héroe, príncipe ó semi-dios griego, algo parecido á nuestros modernos caballeros andantes, si bien ménos castos y recatados, y más amigos de seducir y engañar hermosas princesas, para olvidarlas y abandonarlas después. Pero estos héroes andantes, entre los cuales Hércules es el prototipo, iban haciendo un gran servicio á la humanidad, matando mónstruos y bandidos. En la historia de casi todos ellos, como irémos viendo en adelante, parece que está simbolizado el sentimiento más suave y filantrópico de los indo-europeos, que destruye el culto antropófago de Moloch y otras supersticiones semíticas ó tura-nienses. Belerofonte, por ejemplo, montado en el Pagaso, vence y mata á la Quimera, que asolaba la Licia y hace la conquista del reino de las Amazonas. Perseo, armado del escudo de Minerva, esto es, de la sabiduría griega, da muerte á Medusa, otro mónstruo semítico, de cuya sangre nació el caballo Pegaso. Montado después sobre este caballo, como Astolfo sobre el Hipógrifo, hace mil notables proezas, entre las cuales la de li-

bertar á la bella Andrómeda de un mónstruo, á quien debian sacrificarla. Jason y Teseo, y otros héroes semejantes, llevan á término atrevidas empresas que tienen sin duda la misma significacion.

En otra clase de leyendas aún está más claro el símbolo de la lucha entre ámbos principios. Mídas, por ejemplo, dios entre los Frigios y rey fabuloso de su feliz edad de oro, representa el culto del agua contra el del fuego. Mídas tiene orejas de asno, lo cual por más que fuese más tarde ocasion de cuentos cómicos y burlescos, fué un signo de altísimo honor en un principio. Mídas fué gran músico y muy sábio. Sus íntimos amigos fueron Baco y Sileno. En suma, Mídas es un representante de la civilizacion contra la barbárie. Lo mismo puede decirse de la fábula del sátiro Marsyas, con quien Mídas estaba relacionado; salvo que, en esta fábula, Apolo, el dios griego, es quien hace el mal papel. Debe entenderse que no es aún, sino en borrador, en gérmen, el Apolo de los poetas, el que dirige el coro de las Musas, el dios de la inspiracion y del canto. Es el Apolo primitivo, destructor, horrible, tenebroso, el hijo de las tinieblas, el semejante á la noche; en fin, un Moloch, un dios del fuego. Con todo, ya tenía Apolo cierto orgullo musical. Marsyas quiso competir con él, y Apolo, indignado, le ató á un árbol y le desolló vivo. Las ninfas, de quien Marsyas era muy querido, le lloraron tanto, que formaron con las lágrimas uno de los rios más

caudalosos de Frigia, que lleva el nombre del mencionado sátiro. La interpretación que dan algunos á esta fábula hace que simbolice, como las otras, la lucha de las dos religiones, de los dos principios, del agua y del fuego. La música sobre que compitieron Apolo y Marsyas, no es sólo el cantar ó el tocar instrumentos, sino toda la música, en el sentido general que le daban los antiguos; esto es, la sabiduría, las ideas, las creaciones de las facultades del alma, por oposición á las acciones corporales, que se referían á la gimnástica. La danza, arte intermedio, en parte corporal, en parte obra de la mente, era el lazo de union entre la gïmnástica y la música. Por consiguiente, la lucha entre Marsyas y Apolo, es un mytho que representa la lucha entre dos civilizaciones rivales.

Otros pueblos, que estuvieron tambien en íntima relacion con los Griegos, desde las más remotas edades, fueron los Tracios. Parece que por Tracia se entendió alguna vez, de un modo ilimitado la parte setentrional de la tierra, con respecto á Grecia. Hubo un tiempo en que la Tracia tal vez se extendió por el sur hasta abarcar la Macedonia y la Tesalia. Por el norte se confundía con el país de los Scitas y de los Getas.

○ A estos últimos, á los Getas y los Scitas, quizás puede atribuirse algo de estirpe turaniense; pero sabios etnógrafos modernos los hacen provenir de los Arios y los declaran progenitores de los Germanos, Godos y Eslavos. Los principa-

les dioses getas y scitas eran Zalmoxis, dios capital, Apia ó la tierra, Tabiti ó el fuego, y Artimpasa ó la diosa de los amores. Todas estas divinidades recibian en holocausto víctimas humanas.

La religion de los Tracios era, desde muy antiguo, bastante ménos bárbara. Después acabó por confundirse enteramente con la religion de los Griegos. Sus dioses fueron los mismos dioses helénicos. Sin embargo, dos divinidades de fisonomía y condicion completamente tracias persistieron hasta épocas muy modernas y lograron extender su culto por Grecia y por gran parte del Imperio romano. Fueron estas divinidades Bendis y Cotytto. Su culto era orgiástico, y empezaba por una purificacion por medio del agua; por un bautismo que limpiaba todas las culpas. Esto hizo alcanzar mucho favor á esta religion entre las damas griegas y romanas, que gustaban de redimir á poca costa los pecados y de no tener escrupulosa la conciencia. Algunos historiadores y vários poetas cómicos y satíricos lo explicaban al ménos así, atribuyendo á aquellas damas una extraña mezcla de supersticion y galantería.

El dios del vino fué tambien adorado en Tracia y tuvo fervientes devotos. Se disputa aún sobre si pasó de Tracia á Grecia, ó al contrario; pero lo más probable es que en ámbos pueblos, como en todos los demás pueblos japéticos ó indo-europeos, existiese este dios con diferentes nombres. Entre los Arios era Soma, entre los Tracios Baco,

que sin duda viene de *Bog*, dios en general en la antigua lengua de los Arios y en la moderna de los Rusos y demás Eslavos; y Dionisos, entre los Griegos, de cuya significacion y misterios hablaremos con extension más adelante.

Lo mismo que de Baco puede decirse de Orfeo, y de otros poetas, mythicos y divinos, á quienes se dá por pátria la Tracia: pero de todo esto hemos de hablar detenidamente en otra leccion.

Ya que hemos terminado nuestro rápido viaje mental por Asia, del cual sentiré que os encontréis fatigadas, nos reposaremos un poco en esta tierra de Europa, á que hemos llegado, y la contemplaremos por un momento tal como debió de ser en las épocas prehistóricas, ántes de las inmigraciones de los Arios. Bosques inmensos la cubrian, fieras terribles la habitaban, y sus hombres primeros, quizás de raza turaniense, venidos á nuestras regiones, en edad muy anterior, vivian en cavernas ó en chozas formadas con empalizadas sobre los lagos, á semejanza de los castores. De las costumbres y de la religion de estos primeros hombres más incumbe disertar al geólogo que al historiador humanista. El geólogo es quien conoce sus archivos: quien excava la tierra, penetra en las grutas sombrías, descende á las simas profundas, y de allí saca las armas de pedernal y de bronce, los huesos petrificados, los utensilios y los adornos bárbaros, casi monumentos únicos que han dejado de su paso sobre nuestra tierra aquellas selváticas generaciones. Con todo, tal

vez ciertos monumentos antiquísimos, algunos de los cuales se designan con el nombre de megalíticos y otros con el de ciclópicos, si bien atribuidos á los Celtas, sobre todos los llamados dólmenes, fuesen obra de aquellos pueblos primeros. Tal vez lo fuesen, al ménos, los círculos ó recintos formados con grandes piedras clavadas en el suelo, que se hallan en toda Europa, y que denotan al parecer un templo primitivo, un lugar consagrado á sacrificios ó á otras ceremonias religiosas.

Las inmigraciones sucesivas de los Arios, que los autores ménos exagerados en dar largas fechas á la historia de la especie humana suponen ocurridas entre los dos mil y los mil años ántes de nuestra era, fueron absorbiendo á aquellos pueblos más antiguos, que hemos considerado como turanienses, ó los fueron lanzando hácia los extremos boreales de Europa, donde viven sus descendientes los Estonios y los Lapones. Algunos otros pueblos europeos, que pasan por ser ó que son en realidad de estirpe turaniense, como los Vascos, los antiguos Etruscos, los Húngaros, los Turcos y los Finlandeses, ó inmigraron más tarde en nuestro continente, ó acertaron á resistir la avenida de los Arios y á elevarse, sin confundirse con ellos, á un grado igual ó superior de civilización en un momento dado. Ejemplo de esto ofrecen especialmente los Etruscos, si en verdad eran Turanienses, como afirman algunos sábios en este género de estudios.

Entre los más antiguos y famosos pueblos de raza indo-europea ó japética, que inmigraron en Europa, deben contarse los Pelasgos. Sobre el significado de su nombre, sobre su origen, sobre el camino que trajeron y el tiempo en que inmigraron, hay mil disputas y nada aún ha podido aclararse y demostrarse. Lo que no se duda es que desde una época muy remota, se hallaban Pelasgos en España, en Italia en las islas del mar Mediterráneo, y más que en ningun otro país en Grecia y en Epiro. Se cree que hablaban una lengua, que tenia algo del latin y algo del griego, y que concurrió en gran manera á formar estos dos hermosos idiomas. Hay quien afirma que los Albaneses de Turquía y los que habitan aún algunos lugares de Calabria son los descendientes de los Pelasgos en toda su pureza, y que la lengua que hablan es la antigua lengua pelásgica. Lo que si puede afirmarse es que este pueblo fué el núcleo de que salieron los Griegos ó Helenos, civilizados más tarde por colonias que se dice vinieron de Frigia, de Fenicia y de Egipto, al mando de Cecrops, de Cadmo y de Danao, personajes los tres mitológicos ó legendarios, dioses ó amigos de los dioses y enlazados con ellos por lazos de afinidad; personajes, en suma, que no tienen acaso realidad histórica sino como símbolos de una idea, de un suceso general á toda una nacion ó raza. Tambien contribuyeron á formar la nacionalidad de los Griegos, los primitivos Jaones ó Jonios, hijos de Javan, y otras tribus todas japé-

ticas que con los Pelasgos se mezclaron. Fijáremos con toda nuestra atención sobre los Pelasgos por considerarlos como tronco común de que proceden Griegos y Latinos. Sus primitivas ideas religiosas sirvieron de base lo mismo á las de Grecia que á las de Roma.

El primero de los dioses pelásgicos es Zeus pater, Diespiter, Júpiter, el dios védico Indra, llamado también Diausphitar en los Vedas. Júpiter ó Zeus, lo mismo que Indra, lanza el rayo, disipa las nubes, derrama la lluvia, hace brillar el sol, domina los mundos y todo lo abarca con su penetrante mirada. Júpiter era adorado en cada tribu, en cada congregación y comarca con diverso apellido y á menudo con ritos diversos, pero siempre era el mismo Júpiter ó Zeus. En Arcadia llamábanle Liceo, del monte Liceo, que era allí su Olimpo, y más que de los lobos que hubiese en el monte, de la radical *lix*, *luz*. Así como al dios egipcio Ra, el sol, le estaba consagrado el gavilán, Zeus tenía consagrada el águila, como Indra el ave fabulosa Garuda. En Dodona Zeus daba sus oráculos en un bosque de encinas, de cuyo fruto se alimentaban los primeros hombres. Este Júpiter de Dodona siguió llamándose siempre el Júpiter pelásgico.

Adoraban también los Pelasgos, como todos los pueblos indo-europeos, al Cielo y á la Tierra, que todo lo han criado, á Kronos, que es el tiempo, hermano de los Titanes, á Rea su esposa, muy semejante á Cibéles, á Posidon ó Neptuno, dios

de las aguas, y en resolucion á casi todos los dioses, cuyas genealogías, parentescos, aventuras y procedencia, trataremos de explicar cuando examinemos y comentemos las obras del poeta Hesiodo, que lo redujo todo á un sistema.

Entre tanto, importa hacer notar aquí que este naturalismo primitivo se prestaba mucho á la poesía. Cambiado más tarde en declarado antropomorfismo, esto es, dando de un modo, infantil, si se quiere, pero hermosamente plástico, la forma humana idealizada á los dioses, influyó poderosamente en el desarrollo de la mayor cultura y del más noble florecimiento artístico que han visto los siglos. Pero dicho naturalismo, así como el antropomorfismo posterior, ni podían servir ni servían de base á la moral y á las leyes, ni podían ser ni fueron el cimiento de la familia, de la república y del orden social.

La civilizacion greco-latina cimentó todo esto en principios religiosos más fecundos é íntimos, y muy diferentes del naturalismo. Bien se puede creer que desde un principio hubo dos religiones, que ámbas persisten y caminan paralelamente en la historia, y que á menudo se tocan y compenetran, aunque sin mezclarse y fundirse.

El primer lazo de union de ámbas religiones fué el culto de Vesta, la diosa del hogar, la diosa del fuego, que se enciende en la casa, y en torno del cual se agrupa la familia.

Este culto, esta adoracion empieza entre los primitivos Arios, y se perpetúa entre sus descen-

dientes. Agni, el *damuna*, el fuego doméstico, la lumbre del hogar, es el primero de los dioses. Oid como el Rig-Veda le dirige sus plegarias: «Oh
 » Agni; tú eres la vida, tú eres el protector del
 » hombre. En premio de nuestras alabanzas dá
 » al padre de familia que te implora, la gloria y
 » la riqueza. Oh Agni, tú eres un defensor pru-
 » dente y un padre; te debemos la vida; somos tu
 » familia. Haz que la tierra sea siempre liberal
 » para nosotros; haz que yo goce largo tiempo
 » de la luz, y que llegue á la vejez como el sol á
 » su ocaso. Oh Agni, tú pones en el buen camino
 » al hombre que se extravia. Si hemos cometido
 » alguna falta, si nos hemos ido léjos de tí, per-
 » dónanos.»

Este culto del hogar es sin duda el más antiguo, el más moral de todos, entre los no revelados. Trae consigo el recuerdo de la invencion del fuego, del arte de conservarle y de servirse de él, primera causa de toda cultura, fundamento material, como lo fué después moral y religioso, de la sociedad y de la familia.

En cada casa de un Griego ó de un Romano habia un altar, y en este altar un fuego que debia sustentarse de noche y de dia; arder perpetuamente. Cuando se apagaba, era presagio funestísimo. Para encenderle de nuevo sólo podian emplearse dos palos secos frotados con fuerza y ligereza, ó un palo agitado tambien en un agujero hecho en el tronco de un árbol, ó los rayos del sol concentrados en un punto.

El altar en que ardía el fuego se llamaba en griego *hestia*, de donde viene en latín el nombre de Vesta. Este fuego era divino, era un dios, el más antiguo y el más benéfico de los dioses. Un himno atribuido á Orfeo, dice: «Háznos siempre
»florecentes, siempre felices, oh hogar. Oh, tú,
»que eres eterno, bello, siempre joven; oh, tú,
»que eres rico, recibe con benevolencia nuestras
»ofrendas, y dános en cambio la dicha y la salud
»que es tan dulce.»

Este dios, el hogar, el defensor de la familia, precedía y superaba á los demás dioses. Al empezar los juegos olímpicos, el primer sacrificio que hacia la Grecia entera congregada era para el hogar; el segundo para Júpiter. En Roma, la primera adoracion era para Vesta. El Rig-Veda dice: «Antes que á todos los otros dioses debemos
»invocar á Agni. Pronunciemos su nombre venerando ántes que el de los otros inmortales. Oh
»Agni, cualquiera que sea el dios á quien honremos con nuestro sacrificio, siempre es á tí á
»quien se dirige el holocausto.» Agamenon cuando vuelve victorioso de Troya, no es á Júpiter á quien va á dar gracias, sino al hogar que está en su palacio. Príamo se refugia al hogar, cuando Troya es entrada á saco, y Hecuba le dice: «tus armas no podrán defenderte, pero este altar
»nos protegerá á todos.»

Vesta, el hogar, si se considera de cierto modo, es la adoracion del fuego, es el naturalismo: considerado este culto de otro modo, es el culto

de la familia, es el culto de la ley moral y de todo principio civilizador. En torno de Vesta, en torno del hogar, se practicaba la religion doméstica, el culto de los espíritus familiares, la adoracion de los manes, lares ó penates, que eran los antepasados, los padres, los que nos habian dado el sér; los verdaderos génios ó dioses de la familia. ¿Qué sér más divino podia haber para los primeros hombres ignorantes y cándidos, que el sér á quien debian la existencia? El cuerpo del padre moria y desaparecia de la tierra; pero desde los tiempos más remotos imaginaron ó concibieron los hombres que algo de aquel sér permanecia y duraba. Era su sombra? ¿Era su recuerdo objetivado? Quién sabe lo que era? pero algo permanecia. La distincion entre alma y cuerpo es muy sutil para que entónces se percibiese claramente; y así es que se fingian unos fantasmas dotados de cuerpos aéreos é invisibles, pero que comian y bebian sin embargo, y que estaban siempre en la casa al lado de la familia, protegiéndola y amándola, y compartiendo su alimento y su bebida en holocaustos y libaciones, ya sobre el ara del hogar, ya sobre los sepulcros, que estaban junto á la casa. Luciano, el gran burlador de las religiones y de la filosofia, exclama escarneciendo estas antiguas creencias, que habian sido cási hasta su tiempo el fundamento de la sociedad y el principio de la civilizacion: «Los muertos se alimentan de los manjares que ponemos sobre sus tumbas y beben el vino que en ellas der-

ramamos; de modo que el muerto, á quien nada se le ofrece, está condenado á hambre perpétua.» Luciano tenia más razon de la que su aficion al chiste le hacia creer que tenia. En efecto, sin familia, sin posteridad, no habria duracion del nombre, ni de la gloria, que son el hambre y la sed del espíritu; nuestra huella, nuestro recuerdo desapareceria del todo. La comunión del género humano, esta solidaridad de los espíritus que hoy viven con los espíritus que fueron, esta union de toda la humanidad, que es aún el bello ideal y el término de toda aspiracion moral y santa, tiene principio, arranca de aquellas sencillas y primordiales creencias.

Por ellas y sobre ellas se fundó la familia, apoyada en un principio religioso. Cada casa tenia su religion, sus dioses, sus ritos, sus himnos sagrados y sus misterios. Cuando se juntaban muchas familias ó casas se formaba la tribu ó la ciudad, las cuales tenian á su vez una religion comun y unos dioses comunes: sus lares ó penates, los espíritus de sus fundadores y héroes, que las protegian y custodiaban.

En cada casa el padre de familia era el sumo sacerdote. Sólo los de la casa entraban en aquella comunión religiosa; conocian sus ritos y misterios; los demás eran profanos.

El matrimonio era sacrosanto y altamente religioso; lo más religioso, lo más augusto que se podia concebir. Por eso le definian los jurisconsultos «una comunicacion de los derechos huma-

«nos y divinos.» La esposa abandonaba el hogar paterno, el fuego sagrado de su casa, los dioses domésticos á quienes habia rendido culto, y pasaba bajo el poder de otros dioses, entraba en otra comunión religiosa, se consagraba á otro culto. La última ceremonia del matrimonio se llamaba *confarreatio*. El esposo llevaba á la esposa ante el altar de su casa, ante el hogar, donde estaban sus dioses domésticos, sus penates, las imágenes de sus antepasados ó sus sombras ó espíritus. Allí la presentaba y la consagraba á ellos. Ambos hacian libaciones, pronunciaban plegarias, y partian y comian juntos una torta de flor de harina, el *panis farreus*.

La patria potestad era tambien santa, religiosa, sacramental como el matrimonio. En nombre de su sacerdocio sumo, en representacion y por delegacion de los antepasados, de los dioses penates, la ejercia el padre de familia.

Establecida la república á imagen de la familia no podia haber distincion ni separacion entre ella y entre esta religion íntima. Nada parecido á lo que llaman ahora separacion é independencia de la Iglesia y del Estado podia comprenderse entónces. Ambas cosas estaban ligadas por los vínculos más estrechos é indisolubles. La religion era el fundamento de la ciudad. Por eso decian los sábios, que era más fácil fundar una ciudad en el aire que prescindir de la religion para fundarla. Los ciudadanos no podian gozar de la libertad individual de que ahora se

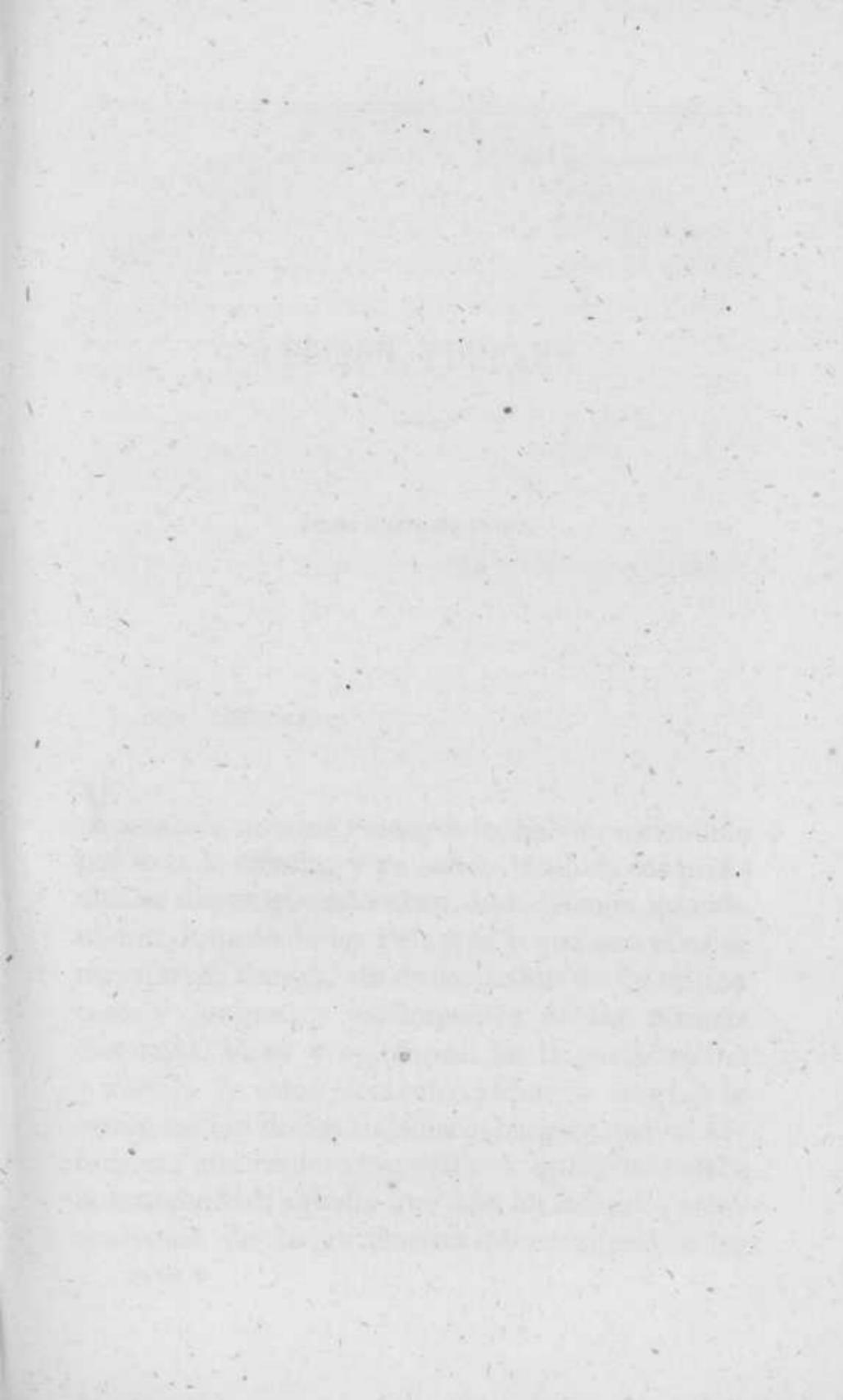
goza. La libertad de entónces era de muy diverso estilo. El Estado absorbía á los ciudadanos. Estaban enlazados con él como por un sacramento, como por un matrimonio, como por la comunicacion tambien de los derechos humanos y divinos, y por consiguiente de los deberes. Los penates de la ciudad defendian á la república, como los penates de la casa defendian á la familia. Dondequiera que se trasladasen los penates, allí renacia la ciudad, la república y la familia. La accion de Enéas, objeto del gran poema de Virgilio, es eminentemente religiosa. Por Enéas pasan á Italia los penates de Troya, y renuevan con inmensas creces, en el Lacio y en Roma, las antiguas glorias de Ilion.

La paz y la guerra tomaban siempre, en consecuencia de lo dicho, un carácter religioso. Los heraldos, los sacerdotes impetraban de los penates del pueblo enemigo que le abandonasen y se viniesen con ellos. Hasta que sus dioses no abandonaban á una ciudad, la ciudad no era vencida y conquistada. Era menester conjurar, ganar ó robar á estos dioses.—La paz, la alianza entre dos Estados, la federacion y el predominio se fundaban en la comunicacion de los penates.

Hasta la conquista se hacia por la religion. Roma, la ciudad más religiosa, fué la señora del mundo. Llamó á su seno á todos los dioses de las naciones vencidas, entró en comunion con ellos, les dió derecho de ciudadanía en su populoso panteon, y les rindió culto ferviente.

Tal fué la religion íntima, la religion moral y política de los pueblos de la antigüedad.—En las sucesivas lecciones seguiremos hablando de las religiones poéticas, externas y naturalistas, y ya veremos como van poco á poco penetrándose y combinándose con este otro elemento, de cuyo impulso inicial hemos hablado. •

El fin de la religión es el bien moral y
la felicidad de las personas de la sociedad — En las
diversas formas de religión se encuentran los
principios morales, estéticos y naturales, y se
relacionan como un todo a los pensamientos y
sentimientos con los que el hombre se ocupa
en sus actividades físicas y morales.



LECCION TERCERA

19 de Mayo de 1872

Subor:

Y sabéis que los Polacos se habían levantado por toda la Galicia y se sabían también los principales de los que se alzaban. Los Polacos que vivían después de los Polacos y que son ellos se movieron, fueron, en esta noche de la noche oscura y la guerra y participaron de las mismas cosas, ideas y sentimientos. La revolución y muerte de estos elementos ellos se alzó de vez a vez de los Polacos y de los Polacos de los Polacos civilizados, aquella a quien van los lecciones, aquella que se ha incluido en el estudio de la revolución (actualmente) en los

LECCION TERCERA

(9 de Enero de 1870.)

SEÑORAS :

YA sabeis que los Pelasgos se habian extendido por toda la Grecia; y ya sabeis tambien los principales dioses que adoraban. Los Helenos, que vinieron después de los Pelasgos y que con ellos se mezclaron, fueron, sin duda, tribus de la misma casta y lengua, y participantes de las mismas creencias, ideas y opiniones. De la combinacion y mezcla de estos elementos afines se originó la raza ó nacion de los Helenos ó Griegos; nacion altamente civilizadora; aquella á quien más debe la humanidad; aquella que más ha influido (prescindiendo de la revelacion sobrenatural) en los

grandes progresos de Europa y en la superior cultura á que hemos llegado.

Los Helenos ó Griegos no tomaron, con todo, desde un principio estos nombres colectivos que ahora les damos. Tuvieron diversos nombres, segun las familias ó tribus. Cuando en las más antiguas epopeyas se les designa ya con un nombre general, y comun al ménos á todos los de Europa, se les llama Aquivos ó Aqueos. Nosotros, para la mejor inteligencia de su historia, podemos desde muy antiguo considerarlos divididos en dos ramas, los de Europa y los de Asia, y agrupados en dos grandes familias principales, los Dórios y los Jónios.

Los Dórios tuvieron el primer florecimiento de su civilizacion en la Tesalia y en la Beócia, que, siendo comarcas al norte del Atica y del Peloponeso, tal vez fueron confundidas con la Tracia por los escritores más antiguos. Desde dichas comarcas se difundió por las provincias del sur la primitiva cultura de los Dórios. Esta cultura tuvo siempre un carácter más rudo, y más grave que la de los Jónios, habitantes de climas más templados, en el Asia Menor y en las islas del Archipiélago, y en contacto más frecuente con pueblos del Asia de primogénita civilizacion y de costumbres más muelles y suaves.

Ya hemos dicho tambien que, al lado del naturalismo, transformado poco á poco en antropomorfismo, que era la religion del pueblo, religion más poética y artística que moral y política,

habia la religion del hogar, de los espíritus familiares, de los láres ó penates, religion que sirvió de fundamento á la moral y á la familia, y que, agrupando después las familias, estableció las ciudades y repúblicas, y les dió costumbres y leyes. Consecuencia inevitable de esto fué el que hubiese una verdadera aristocracia científica, religiosa y política, en aquellas edades primitivas. Los que no tenian ni antepasados, ni tradiciones, casi puede decirse que no tenian dioses, ni leyes, ni moral, ni misterios, ni ciencia. Por el contrario, en la familia, donde podian gloriarse de ilustres progenitores, habia el culto de los láres, el fuego sagrado del hogar, los misterios y el saber y las ideas morales, transmitido todo por herencia de padres á hijos. Las revelaciones de los dioses, el espíritu profético, el conocimiento de las plantas medicinales, la ciencia de las evocaciones, de los himnos y de los conjuros, la interpretacion de los agüeros, del vuelo de las aves, y de las entrañas de las víctimas, eran sólo para los individuos de aquellas familias privilegiadas y superiores. El dón de profecía, el dón de ciencia y el dón de poesía se consideraban como hereditarios. En los tiempos á que nos referimos, habia familias de adivinos, de sábios, de profetas y de poetas. Algunas de estas familias conservaron, hasta muchos siglos después, tan sobrenaturales privilegios. Así, por ejemplo, los Eumolpides, ó descendientes de Eumolpo, que presidian en los misterios de Eléusis. Así tambien los Licomedes. Así,

por último, los Melampídes, ó descendientes de Melampò, que eran todos profetas, como Mopso, Anfiarao, Idmon, y Tiresias,* el cual entendia el lenguaje de los pájaros, y veia lo pasado, lo presente y lo futuro, gracias al dios Apolo, que le habia comunicado tanto saber.

Toda esta ciencia aristocrática y privilegiada salió de las familias ilustres y se divulgó entre la plebe por dos modos: por la iniciacion en los misterios, y por la poesía. Los primeros poetas iban recogiendo las tradiciones, las doctrinas y el saber de las familias nobles, y luego, al cantar todo aquello, lo divulgaban y daban á conocer entre las clases más humildes.

Sin duda que de estos poetas hubo muchos ántes de Homero; pero aquellos cuyos nombres se conservan, no hay seguridad de que realmente existiesen. Tal vez fueron creaciones mythicas. Las obras que se les atribuyen pasan hoy por apócrifas. Así fueron Orfeo, Lino, Museo y otros.

Formáronse más tarde escuelas de cantores ó poetas, los cuales, como después en la Edad Media cristiana los trovadores y juglares, peregrinaban de lugar en lugar, asistian á los banquetes en los palacios de los príncipes, ó á las reuniones populares, y cantaban las hazañas de los héroes y los prodigios y glorias de los dioses. De esta suerte, peregrinando por todas las comarcas griegas, llegaron los primeros poetas tracios hasta el Asia Menor, hasta la Jónia, donde tambien formaron escuela. El último de estos poetas jó-

nios, en el órden cronológico, fué el divino Homero, si es que el mismo divino Homero no es una personificacion y sí una persona.

La poesía, como se vé, era un fruto de la religion y á la religion estaba consagrada. La poesía era como el lenguaje divino que hablaban los inmortales ó los séres privilegiados que con los inmortales se comunicaban y entendian. Las divinidades que inspiraban el estro ó furor poético eran Apolo y las Musas. El culto de las Musas empezó, sin duda, entre la Tesalia y la Macedonia, al pié del monte Olimpo. Todavía Homero llama olímpicas á las Musas. Después hubo de pasar este culto al monte Pierio, tambien en la Tesalia, de donde se llaman Piérides las Musas, y al Parnaso, en la Focida, donde brota la fuente Castalia, y al Helicon en la Beócia, en cuya falda abrió el Pegaso con su casco el manantial inspirador de Hipocrene.

Se deduce de todo lo dicho, que la poesía era un magisterio y un sacerdocio en las edades primitivas. Hoy se tiene, por muchos, como una distraccion ó un pasatiempo: entónces las leyes, la moral, las artes, la ciencia y la religion, en suma, por medio de la poesía se divulgaban.

Anterior á los poemas de Homero no se conserva composicion ni documento alguno, que con certidumbre pueda asegurarse que no es apócrifo. Es, pues, necesario calcular por congeturas el estado religioso y político de los Griegos ántes de Homero. En Grecia no hay nada que corresponda

á la literatura védica entre los Arios. Por esto el paso del naturalismo primitivo al antropomorfismo, ya tan claro en Homero, se puede presumir, mas no se puede marcar. Otro fenómeno que tambien se presume y no se marca es el paso á un mayor politeismo. En la edad homérica, podemos decir que eran los Griegos más politeistas que en las edades anteriores. Al agruparse, al tratarse, al unirse las familias, las tribus y las ciudades, para formar repúblicas y confederaciones, los dioses todos habian ido tambien agrupándose y uniéndose. Cada familia, cada tribu, cada gente comunicaba á las otras su divinidad, sus creencias y sus ritos, y recibia los de las otras tribus, gentes ó familias. De esta suerte vino á crearse en la cumbre del Olimpo una república divina, donde cada dios conservaba cierta independenciam, pero donde el antiguo Jupiter pelásgico, el adorado en Dodona, mostraba bastante superioridad y ejercia algun imperio, si bien disputado á veces por medio de conspiraciones, sublevaciones y tumultos.

Aquella ciudad, aquella república divina se diria que estaba constituida á imágen y semejanza de la república humana. Así como los Griegos se confederaron y ligaron para acometer de consuno alguna empresa grande, así tambien se confederaron y ligaron los dioses.

Una de las más antiguas empresas, para la cual hubo entre los Griegos confederacion y liga, fué la expedicion de los Argonautas á Colcos á con-

quistar el vellocino de oro. Posterior fué la expedición á Troya, que dió asunto á los dos inmortales poemas homéricos, la Iliada y la Odisea.

No es materia para tratada aquí si estos dos poemas son obras del mismo autor ó de dos diversos autores; ó si cada uno de estos poemas está formado de cantares diversos, de poesías populares de autores desconocidos, enlazadas todas en cierta unidad ordenada por algun hábil colector. Este último parecer es el más comun en el dia.

La Iliada y la Odisea, si han de entenderse las cosas así, serian, como nuestro Romancero del Cid, una coleccion de narraciones poéticas, que forman, juntas, toda una historia. Pero en este caso, sería menester atribuir al colector un mérito extraordinario, porque es perfecta la unidad á que lo ha reducido todo.

De cualquier manera que sea, ambos poemas, y singularmente la Iliada, son únicos en su género. La Iliada es el ideal realizado de la epopeya, en toda su hermosura. La Iliada es el espejo clarísimo que ha reunido en sí todos los rayos luminosos de la primera aurora del espíritu, y de la vida y conciencia colectivas del pueblo más original, más ingenioso y más civilizador de todos los pueblos, y que los refleja y los transmite á las sucesivas generaciones.

En este poema cabe y se encierra toda una gran civilización en su gérmen, en su prístino albor y en su florido desarrollo primordial. No le precede toda una literatura, como á los poemas

indios el Ramayana y el Mahabharata. No hay ántes de él, como sucede á los poemas de la Edad Media, todos los restos de la civilizacion clásica persistentes, aunque confusos, una ciencia prosáica y escolástica, y una religion independiente y superior á los conceptos del poeta. Cuando Dante compuso *La Divina Comedia*, prescindiendo de los libros de Griegos y Latinos, Cristianos y Gentiles, que se conservaban, conocian y leian aún, ya habian escrito San Anselmo, San Bernardo, Abelardo, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura y otra multitud de sábios y de teólogos, cuya ciencia es superior y más vasta y más profunda que la del poeta y no cabe en los versos del poeta. La Iliada, al contrario, no tiene antecedentes; es la primera manifestacion del espíritu griego; manifestacion completa, rica, fecunda. Así como la fábula supone que Minerva nació grande y armada del cerebro de Júpiter, así puede decirse que la Minerva griega salió tambien armada, grande, portentosa, dispuesta á realizar innumerables prodigios, del cerebro del cantor de Aquiles.

La accion de la Iliada no puede ser más sencilla, y sin embargo, las tradiciones, las creencias, el saber, la moral, la política, el conocimiento de las cosas divinas, todo está allí cifrado y encerrado por muy alta manera.

La accion de la Iliada está reducida á lo siguiente.

Los Griegos hacía años que estaban sitiando la

ciudad de Troya. Agamenon era el jefe de todos los reyes ó príncipes coligados. París hijo de Príamo, rey de Troya, habia estado en Grecia, y habia robado á Elena, reina de Esparta y mujer de Menelao, hermano de Agamenon. Vengar este ultraje era el propósito de los Griegos y la causa de la guerra. El héroe principal, en quien los Aquivos ponian sus esperanzas de triunfo, era Aquíles, hijo de Peleo, rey de los Mirmidones. La diosa Tétis era la madre de este héroe.

Crises, sacerdote de Apolo, viene al campamento de los Aquivos, preséntase á Agamenon, y le ruega le entregue á su hija, que aquel rey retiene cautiva, ofreciéndole por ella un magnífico rescate. Agamenon se niega, y despide duramente al sacerdote. Este se queja á Apolo y le pide venganza. Desciende Apolo del Olimpo, dispara infinitas flechas contra los Griegos, y propaga entre ellos una peste mortal. Aquíles llama á junta á los Aquivos para investigar la causa de la peste y buscar su remedio. El adivino Calcas dice que él sabe la causa de la peste y conoce su remedio, mas no se atreve á declararlo por no ofender á Agamenon. Aquíles le dice que lo declare, y que no tema, porque mientras él viva ni el mismo Agamenon será osado á poner sobre él las pesadas manos. Tranquilo ya Calcas, declara que la causa de la peste es el enojo de Apolo, y que, para calmarle, importa que Agamenon envíe al sacerdote Crises la hija cautiva y ofrezca al dios una hecatombe.

Agamenon furioso, si bien se somete á enviar la cautiva á su padre, dice que en cambio quitará á Aquiles su cautiva favorita, la hermosa Briseide. La ira de Aquiles llegaba al último extremo al oír esta amenaza, y ya iba sacando la terrible espada para matar á Agamenon, cuando acudió Minerva, invisible para todos, sólo visible á Aquiles, y, asiéndole de la rubia cabellera, le dijo que se limitase á insultar de palabra á Agamenon, sin llegar á darle muerte. Aquiles sigue este consejo, y se retira á sus tiendas, decidido á someterse y á entregar la cautiva, como en efecto la entrega, pero resuelto á vengarse no tomando parte en las batallas. Tétis, para mayor gloria de su hijo, vá á ver á Júpiter, de quien obtiene la promesa de que venzan los Troyanos á los Griegos mientras que Aquiles no vuelva á presentarse en la lid.

La promesa de Júpiter se cumple, y los Griegos, á pesar de sus gloriosos héroes, de ambos Ayaces, de Idomeneo, de Diomédes, de Menelao, del prudente Ulyses y del mismo Agamenon, son vencidos y arrollados en diversos encuentros. Los Troyanos llegan por último hasta á incendiar las naves de los Griegos, las cuales, puestas á seco en la playa, formaban parte de sus atrincheramientos y fortificaciones. Aquiles entónces aun no quiere ir en auxilio de los suyos, pero envia á Patroclo, su amigo querido, con sus valientes Mirmidones. Patroclo rechaza el ataque, hace una espantosa carnicería en las huestes troyanas, y

alentado por la victoria, se atreve á combatir con Héctor mismo, el más esforzado de los hijos de Príamo. Héctor, auxiliado de los mismos dioses, dá muerte á Patroclo; se apodera de las armas que Patroclo llevaba, que eran las armas de Aquiles, y trata tambien de apoderarse del carro y de los caballos de Aquiles, los cuales, merced á su extremada ligereza, pues eran hijos del Céfiro y de una Arpia, consiguen salvarse. Vuelve Héctor al sitio en que yace el cadáver de Patroclo y procura llevársele tambien para arrastrarle y maltratarle. Menelao, Ajax y otros héroes defienden el cadáver. Entre tanto, Antíloco, hijo de Néstor, lleva á Aquiles la nueva de la muerte de su amigo. Una negra nube de dolor cubre toda la grande alma del héroe, apénas lo sabe. Se afea con ceniza la hermosa cabeza y la odorante vestidura, se mesa y arranca los cabellos, se arroja en tierra, con su ingente cuerpo ocupando gran espacio. Antíloco retiene las tremendas manos del héroe para que no se mate. Los espantosos alaridos de Aquiles penetran en las profundidades de la mar y llegan á oídos de su madre la veneranda Tétis. Esta deidad, acompañada de todas las hermosas Nereidas, abandona los palacios submarinos en que mora, y sale de entre las ondas á consolar al hijo. Aquiles quiere ir al punto á vengar la muerte de Patroclo, pero sus armas las tiene Héctor. La madre le obliga á aguardarse hasta que ella le traiga otras nuevas armas, obra maravillosa de Vulcano. Con el propósito de hacer

que Vulcano le fabrique estas armas, sube Tétis al Olimpo. Las Nereidas se sumergen de nuevo en los abismos de la mar.

Entre tanto, Héctor sigue peleando por apoderarse del cadáver de Patroclo; en balde le defienden valerosos ámbos Ayaces. Ya iba á apoderarse de él, conquistando inmensa gloria, cuando Iris, la mensajera de los dioses, se aparece á Aquiles, de parte de Juno, y le dice que, á pesar de la palabra dada á su madre de no salir á la batalla hasta que le traiga las armas, obra de Vulcano, es menester que se muestre desarmado; pues con sólo su vista hará que huyan los enemigos.

Aquiles, el amado de Júpiter, se levantó entonces, y Minerva le cubrió con la égida; ciñó sus sienes con una áurea nube, é hizo que de su frente brotase una llama esplendorosa, larga, horrenda, que llenaba en torno de fulgor el aire. De esta suerte se presentó Aquiles á la vista de los Troyanos, y dió un grito tan fiero, que los Troyanos al oírle retrocedieron llenos de terror. Los caballos emprendieron la fuga, con las crines erizadas de espanto, y muchos carros se volcaron. En aquella confusion no pocos héroes troyanos se mataron unos á otros. Así obtuvo Aquiles el cadáver de su amigo Patroclo.

En esto ya habia llegado Tétis al Olimpo, y habia entrado en el palacio de Vulcano; palacio el más rico del Olimpo, todo de macizo bronce, obra estupenda del mismo dios que le habitaba.

Tétis consiguió al punto que Vulcano le fabricase las armas más bellas que pueden imaginarse; y rápida, como el gavilán, descendió luego con las armas, donde estaba su hijo.

Salía apenas la Aurora cuando Aquiles recibió las armas de manos de su madre. Al punto convocó Aquiles la asamblea de los Aquivos; hizo las paces con Agamenon, y se armó para la batalla.

En suma, Aquiles, después de mil proezas extraordinarias, dá muerte á Héctor, le arrastra atado á su carro, en torno de los muros de Troya, y trae á su tienda el cadáver. El funeral de Patroclo, y los feroces juegos que celebra Aquiles para solemnizar el funeral, son una viva pintura de aquella época bárbara. La pira de cien piés de alto, sobre la cual debía arder el cadáver de Patroclo, fué regada primero con miel y con aceite, y con la sangre de muchas ovejas y de muchos becerros. Junto á la pira degolló tambien Aquiles cuatro caballos y dos perros, y por último doce hermosos jóvenes troyanos. Con todos estos cuerpos muertos rodeó el del amigo para que juntos se consumiesen, y con las mantecas y el sebo de los becerros y ovejas cubrió el cadáver de Patroclo para que ardiese mejor. Evocó luego á los vientos con imprecaciones y libaciones, y los vientos acudieron, y pronto consumieron la pira, la cual ardió, sin embargo, durante toda la noche. A la mañana siguiente, Aquiles y los que en el funeral le ayudaban apagaron las brasas de la

pira derramando vino sobre ellas; y recogieron en una urna de oro los huesos calcinados de Patroclo. El cadáver de Héctor aún le conservaba Aquiles para que fuese pasto de los perros y de los buitres: pero el mismo rey Príamo, el anciano padre del héroe, vino de noche á la tienda de Aquiles á pedirle de rodillas el cuerpo del hijo amado. Aquiles, después de la más patética escena, accede á la súplica de Príamo, le entrega el cuerpo de Héctor, y le concede además una tregua de algunos días para que los funerales de Héctor puedan celebrarse en Troya tranquilamente. Con estos funerales, realizados por los lamentos de Andrómaca, la mujer de Héctor, y de Hécuba, su madre, termina el admirable é inmortal poema.

Los espíritus irreflexivos y poco literarios de la presente edad no aciertan á comprender la admiración que este poema ha infundido é infunde, hace 3.000 años, en cuantos entienden de belleza: no pueden explicarse cómo unas costumbres tan feroces, unos hechos tan crueles, un estado moral tan bárbaro y rudo, y los héroes y dioses que tal estado representan, puedan interesar á los hombres cultos, suaves, apacibles y misericordiosos de nuestros días; pero precisamente esa misma ferocidad, esos horrores, esa rudeza moral, son la mayor prueba de lo excelente de la epopeya, de las superiores prendas de la raza ó nación para la cual ó por la cual se compuso, y del alto presagio de civilización que en el poema se

veía. Todos los demás pueblos han pasado, se han hallado, y algunos, no pocos, se hallan hoy, en un estado análogo de civilización, ó mejor dicho de barbarie, al que entónces tenían los Griegos: pero han carecido ó carecen de aquel hondo sentimiento de belleza, de aquella elevadísima comprensión del arte, de aquella piedad profunda y de aquella sublime idea de lo moral y de lo justo, que, en medio de tantos horrores, vierten sobre el poema maravilloso mil fulgores inmortales. El lenguaje perfecto de la Iliada, el levantado y propio estilo, la claridad, el órden y la armonía de cada parte y del conjunto, todo pasma y seduce, y anuncia que el pueblo, que en el albor de su espíritu produce aquel poema, será por la inteligencia el primer pueblo del mundo; que sus artes, sus ciencias, su literatura y su filosofía servirán de modelo, de norma y de ejemplo á las demás naciones, durante treinta siglos.

Algo semejante puede decirse de la Odisea, aunque este poema no raya tan alto como la Iliada.

Ambos poemas, así como los himnos sacros atribuidos á Homero, suministran al historiador de las religiones ancho y fecundo campo de investigación y de estudio. Darémos aquí los resultados capitales de este estudio, que ya tantos críticos han hecho.

Los mismos dioses pelásgicos son los dioses de Homero, salvo el hallarse más reunidos y emparentados. Todos viven en la cima del Olimpo, en

palacios de bronce. El ideal del arte, concebido ya por los poetas religiosos, y no pudiendo aun sino muy parcial y torpemente ser realizado en la tierra, es trasportado y realizado en la república de los inmortales. Vulcano es el divino artista, y fabrica por cima de las nubes estátuas maravillosas, como las que más tarde han de fabricar Fídias y Praxíteles, y palacios ó templos que han de servir de modelo al Partenon y á todos los edificios de la Acrópolis de Aténas. Vulcano, el artista, tiene por esposa á Cháris, la gracia.

El concepto infantil, que Homero forma de los dioses, si no los iguala, los asemeja en todo á los hombres. Los dioses comen, beben, disputan entre sí, salen en coches primorosos á recorrer el mundo, duermen en lindísimas camas, se visten y adornan con galas y dijes, y emplean cosméticos, pomadas y perfumes. La diferencia entre los hombres y los dioses está en la mayor intensidad y perspicacia de los sentidos de estos últimos, en su gigantesca estatura, en su superior belleza, y en su eterna y lozana juventud. Los pasos de un dios, cuando camina, estremecen los montes y las selvas. El grito de un dios, como por ejemplo, el de Marte, cuando Diomedes le hiere, es igual al grito de 10.000 guerreros.

La bebida y la comida de los dioses son el néctar y la ambrosía. Su sangre no es impura, como la de los mortales, sino purísima, y lleva el nombre de icor.

La perfeccion de las facultades y de los órganos divinos está en proporcion con la dignidad ó categoría de cada dios. Júpiter ó Zeus es quien á todos aventaja. Su mirada penetrante se extiende á gran distancia, y su pensamiento comprende todo el mundo.

Los dioses, como ya creo haber dicho, no viven por lo comun en el cielo, sino en la cumbre de una montaña; en el Olimpo. Sin embargo, entre el Olimpo y el cielo hay una comunicacion ó abertura por donde los dioses pasan cuando gustan á las regiones etéreas. Mas de ordinario, los dioses viven en la cima del Olimpo, y sus asambleas ó juntas para tratar de los negocios humanos se celebran en el pico más elevado de dicha montaña, donde está el palacio de Júpiter. Al lado de este dios supremo, figuran Hera ó Juno, Iris mensajera y amiga de Juno, Ares ó Marte, Minerva, Mercurio, mensajero inmortal, inventor de la lira y maestro de la elocuencia, y en suma, toda la multitud de dioses y diosas, cuyas genealogías y parentescos describió más tarde el poeta Hesiodo. Pero no hay sólo dioses en el Olimpo. El universo todo, el espacio infinito, los vastos senos de la mar, los ocultos nacimientos de las fuentes y de los rios, el aire, los bosques, las grutas de las montañas y los profundos abismos de la tierra, todo está poblado de dioses; no hay lugar que no esté honrado con la presencia divina; no hay soledad que los inmortales no animen, santifiquen y llenen de extraño terror y de sobrehumana poesía.

Si en el Olimpo reina Júpiter, rey del aire, del éter y del cielo estrellado, en la Mar reina Neptuno sobre todas las Nereidas, Tritones, y diosas y dioses de la mar, entre las cuales se cuenta el multiforme Proteo. Y en el Infierno, por último, reina el sombrío Pluton, el cual domina sobre multitud de dioses titanes y sobre los gigantes hecatonchiros ó que tienen cien manos.

La idea que Homero se formaba del mundo, poblado de tantas divinidades y lleno de tantos prodigios, era tambien en extremo fantástica. El monte Olimpo era el centro del mundo. El mundo era como un inmenso disco. El gran rio Océano le rodeaba como una orla. El poeta tenia noticias bastante claras y ciertas del Egipto, de la Fenicia, de los pueblos de Grecia y de Tracia, y algun conocimiento de las principales islas del Mediterráneo y de la península Itálica. Lo que habia más allá era un campo inexplorado, que llenaba la fantasía con sus ensueños: allí el jardin de las Hespérides, la isla misteriosa de los Feacios, y las Islas Afortunadas, donde iban á parar las sombras de los muertos. Todo este mundo singular estaba coronado por la ingente bóveda celeste, hemisferio de bronce, en el cual estaban clavadas las estrellas.

La idea de la inmortalidad del alma no era entonces como en el dia. El alma residia en la sangre; era el principio de la vida, y con la vida desaparecia. Lo que sobrevivia de un hombre, después de su muerte, era su sombra, su ídolo ó

espectro, una forma tenuísima y vaporosa; pero que sentia, pensaba y hasta comia y bebia. Estas sombras, segun los méritos ó pecados de los hombres á quienes pertenecian, iban al Infierno á padecer tormentos, ó iban á los Campos Eliseos, donde pasaban una segunda vida llena de dulce tranquilidad y reposo.

En suma, Homero, en sus dos inmortales poemas, ha recogido todas las tradiciones y leyendas de los dioses y de los héroes que corrian en su tiempo por la Jónia. En los himnos, si en efecto son suyos, ha completado esta obra interesante. Pero lo más singular es que indudablemente la conciencia del poeta está muy por cima del sentido y del valor filosófico de todas aquellas mitologías. Su amor á lo bello y á lo fantástico hace que las describa con entusiasmo, pero su profundo sentimiento del orden moral hace que las desdeñe. Júpiter, en Homero, no es á veces un dios, sino el mismo Dios, justo, todopoderoso, clemente, gobernando todas las cosas del mundo con sábia y paternal providencia; pero cuando Júpiter es meramente el Júpiter de la leyenda, entónces Homero se burla de él, como se burla de todos los demás dioses, con una delicada, finísima y apenas perceptible ironía. Homero no vá, sin duda, tan léjos como Ariosto en esta ironía y en esta burla. No hace de la religion popular el escarnio claro y decidido que doce siglos después hacía Luciano; pero se conoce que trata con poco respeto y harto alegremente á sus dioses.

El culto en tiempo de Homero era aún muy rudo. Por lo comun las grutas, las cavernas, los bosques sagrados y algunos recintos cercados de piedras hacian las veces de templos. Cada familia celebraba su culto doméstico en el altar del hogar.

Las estatuas ó los ídolos apénas se conocian aún ó estaban formados de un modo grosero.

El padre de familia, el rey, el jefe de tribu era al mismo tiempo sacerdote y pontífice, y ofrecia sacrificios y cumplia el rito. Habia sin embargo dos clases de sacerdotes de profesion, por decirlo así, aunque no formaban casta: los propiamente tales y los adivinos. Solian, con todo, transmitirse por herencia el sacerdocio y la facultad de vaticinar, como ya hemos referido.

Los sacrificios era cruentos; ya en tiempo de Homero casi siempre de animales. Los sacrificios humanos iban siendo raros. Con todo, aún vemos á Aquiles sacrificar doce jóvenes troyanos á la sombra de Patroclo.

Además de estas víctimas se ofrecian á los dioses coronas, vasos, despojos tomados al enemigo, vestiduras elegantes y peplos recamados.

De las ceremonias funebres ya hemos dado una idea al resumir lo que cuenta la Iliada de los funerales de Patroclo.

Tal es, en compendio, la idea general que podemos dar de la religion de los Helenos al despuntar la aurora de su gran civilizacion, que más tarde se difundió por el Asia hasta la Bac-

triana y la India, y que tan poderosa influencia ha ejercido hasta nuestros días en el progreso de las ciencias y de las artes, en la filosofía y en todo el desenvolvimiento intelectual de cuantas gloriosas y prepotentes naciones en sí contiene la Europa.

LECCION CUARTA

(Miércoles 2 de Febrero de 1870.)

SEÑORAS :

AL adquirir por mi anterior leccion una idea sucinta de las creencias religiosas de los Griegos en tiempo de Homero, debeis haber notado que estas creencias aún no forman un sistema; bien sea porque en los poemas homéricos, aunque hacen los dioses tan importante papel, no son el asunto principal; bien sea porque en la edad homérica aún no se habian coordinado en un todo, ó como si dijéramos en un cuerpo de doctrina, las diversas tradiciones que concurieron á crear la complicada religion de la antigüedad clásica.

Hay quien supone que Júpiter ó Zeus vino de los Arios; que era el mismo Indra de los Vedas; y que Urano y Crónos ó Saturno fueron dioses semíticos, ora venidos directamente de Fenicia, ora desde Frigia ó desde Creta. Como quiera que esto sea, lo que es indudable es que en un principio cada ciudad, cada tribu, tal vez cada familia, tenia su divinidad peculiar, si no única, al ménos predilecta, y que, al fundirse las tribus y las ciudades y las familias para formar una gran confederacion, una gran nacion, los dioses se unieron, dando nacimiento á una como república divina. Las revoluciones, las leyes fundamentales, los cambios históricos y el modo de ser de esta república hubieron de explicarse más tarde, y á la vez hubieron de explicarse tambien los orígenes de este vasto Universo y del género humano, sus destinos y su último fin: en suma, las cosas todas, creadas é increadas, de que la mente del hombre pugnaba ya por penetrar el arcano, y por formar un concepto cabal, comprensivo de sus causas primeras.

Los más antiguos monumentos que nos quedan de la realizacion de este sistema completo religioso entre los Griegos, son dos poemas de Hesiodo, titulados la *Teogonia* y *Los trabajos y los dias*. Un breve exámen de ambos poemas será el objeto de la presente leccion.

Bien puede afirmarse, por más que muchos eruditos y filósofos hayan querido demostrar lo contrario, que el único libro sagrado de la anti-

güedad donde se expone de un modo terminante y claro la idea de la Creacion es el Génesis. Allí se dice que Dios hizo en el principio el cielo y la tierra; que después dijo, *sea la luz*, y la luz fué; y que luego formó el sol, la luna, y las estrellas, y dió vida á las plantas, á los animales y al hombre. En suma, un Dios, que es persona, un Dios del todo independiente del mundo, y que le crea como un efecto de su voluntad soberana y de su palabra omnipotente, sólo en la Biblia se halla. No es esto negar que, más tarde, ó en momentos más adelantados para la civilizacion respectiva de cada pueblo, así en la Bactriana, en la India, en la Caldea y en la Persia, como en Egipto, Grecia y Roma, haya habido filósofos que, ora por perspicacia natural del entendimiento y por agudeza grande del ingenio, ora por recuerdos de la primitiva revelacion, acertasen á columbrar un Dios creador y conservador de todos los séres; pero, en el momento inicial de las religiones genéticas, ántes son los Dioses los que nacen del mundo, que los que le forman ó le crean. Mirado este negocio con toda imparcialidad, y sin dar tormento á los textos, no es posible ver el mono-teismo puro, la creencia en un Dios único, superior y anterior al mundo, y creador y conservador de él, en ninguna otra religion que no sea la judáica. Las religiones priméras de Europa no pasaron en sus Teogonías y Cosmogonías del naturalismo más infantil, inclinándose ya al antropomorfismo en Hesiodo, gracias á la virtud plas-

mante del poeta. En la India, en algunos himnos de los Vedas, en los Puranas, y sobre todo en el Bagaveda-Gita, pretenden ciertos eruditos hallar la historia de la creacion aún mejor declarada que en el Génesis; pero es lo cierto que la Creacion que en dichas obras se refiere, es más bien la emanacion, la manifestacion del Sér Eterno en el mundo, ó dígase el panteismo. Brahma, que es Dios y Universo á la vez, se desenvuelve y manifiesta durante un largo período de siglos, y el mundo y los dioses y los hombres, que viven en él, se manifiestan y aparecen; Brahma, en otro largo período de siglos, vuelve á reconcentrarse en sí mismo, se abisma en su propia esencia, y dioses, hombres, cielo, tierra, agua, luz, mundos, tiempo y espacio infinito, todo desaparece hasta un nuevo período de manifestacion y desenvolvimiento. Cada uno de estos períodos es un dia ó una noche de Brahma y dura cuatro millones trescientos veinte mil años. Desde este Brahma y su despertar y su dormir, hasta nuestro Dios que verdaderamente crea, hasta el Jehová de los Hebreos, bien se vé que hay una inmensa distancia. Sin embargo, aun así dista mucho la cosmogonía de los Indios de ser espontánea y primitiva. Un panteismo tan monstruoso y alambicado presupone largo discurso y larga reflexion filosófica. Las Institutas de Manú exponen del modo siguiente dicho sistema cosmogónico:

»Cuando Dios se despierta, el Universo al punto cumple sus actos: cuando Dios duerme, con

el espíritu sumergido en profundo reposo, el Universo se disuelve.

¶ Durante su apacible sueño, los seres animados, que poseen el principio de acción, abandonan sus funciones, y el sentimiento, esto es, la vida, cae en la inercia.

Y cuando todos los seres se disuelven á la vez en el alma suprema, esta alma de todos los seres duerme en la más perfecta quietud.

Después de haberse retirado el alma suprema en la oscuridad primitiva, permanece en ella largo tiempo con los órganos de los sentidos, no ejerce función alguna, y se despoja de su forma.

Pero, reuniendo después los principios elementales sùtiles, se introduce en la materia, y vuelve á tomar otra forma.

De esta suerte, por un despertar y por un reposo alternado, el Sér Supremo hace revivir ó morir eternamente á todo este conjunto de criaturas móviles é inmóviles.»

Mucha pasión, mucha ceguedad y muy irreflexivo espíritu de partido han sido necesarios para confundir esta creación brahmánica con el origen del mundo, según nuestra religión le explica; pero, dejando á un lado la cuestión, creo poder afirmar que los primeros himnos de los Vedas no contenían este panteísmo filosófico; no pudieron pasar del naturalismo. Si Hesiodo pasa del naturalismo, es para dar en el antropomorfismo, tan natural á los Griegos.

Antes de que hablemos de la generación de

ios séres, tal como la explica Hesiodo, conviene decir algo de cómo en tiempo de Hesiodo, y aun mucho después, entendían el Universo, no ya sólo el vulgo, sino los sábios y filósofos de Grecia y de Roma. El niño más cándido é ignorante de nuestros dias, á la edad de siete ú ocho años, forma del Universo una idea más acertada y ménos pueril que los más grandes hombres de la antigüedad.

Ya hemos dicho que, segun Homero, la Tierra era como un enorme disco circundado del gran rio Océano; el Olimpo estaba en el centro del disco; la boveda celeste, sólida y hecha de bronce, cubria el disco. En lo profundo de la Tierra estaba el Tártaro.—Ahora entraremos en algunos pormenores sobre esta cosmografía que, salvo pequeñas variantes, era también la de Hesiodo y la de todos los Griegos.

Suponian algunos enteramente llana la superficie terrestre; otras la creían cóncava, elevándose por las extremidades, donde con el cielo se unía. Sobre cómo estaba fundada y sostenida la Tierra para que no se cayese, hubo mucha cavilacion y no menor divergencia. Quién aseguraba que flotaba sobre las aguas; pero ¿las aguas sobre qué reposaban? Quién imaginaba que sus raíces se perdían en lo infinito; que eran un cilindro sin fin. No faltó quien afirmase que la Tierra flotaba en el aire, ó que el rápido movimiento del cielo la sostenía en el vacío, como la honda que gira sostiene la piedra; y hubo, por último, quien, no

hallando sólido ninguno de estos cimientos, supuso que la Tierra caía de continuo y se precipitaba velocísimamente en los abismos de lo infinito sin que nosotros lo advirtiésemos, porque el cielo y los astros y todo iba cayendo y precipitándose con ella.

En cuanto á la superficie de la Tierra, y prescindiendo de sus cimientos, las dudas eran menores. Se pensaba generalmente que la orla del disco estaba unida y como ligada ó soldada al hemisferio ó bóveda celeste. Piteas, atrevido navegante de Marsella, que dicen llegó hasta Tule, sostenía que poco más allá acababa el mar y todo, y no había otro objeto y término que dicha juntura ó soldadura.

Acerca de la calidad de los astros hubo asimismo diversos pareceres; pero la más universal creencia era que tenían vida é inteligencia, al ménos los espíritus ó génios que los animaban ó dirigían. Como los antiguos no podían concebir que nadie viviese sin alimento, discurrieron é inventaron mil ingeniosas hipótesis para alimentar á los astros. La más comun era que el Océano los alimentaba. Las estrellas caían con frecuencia del cielo y venían á apagarse en la mar. El mismo sol, y fué doctrina de Epicuro, muy celebrada y seguida, se hundía y se apagaba todas las noches en el mar de Occidente; y en el Oriente volvía á formarse un nuevo sol, de partículas ígneas, todas las mañanas. El chisporrotear del sol al extinguirse, por la tar-

de, en las ondas, afirman muchos poetas y sabios de la antigüedad que se oía en España.

Por todo lo dicho se infiere que lo más importante de la creacion era para los antiguos la Tierra, que todo dimanaba de la Tierra y todo á ella volvía. Sin embargo, no la tenían, ni con mucho, por tan grande como es. Sus conocimientos geográficos se extendían poco, bien es verdad que los completaban con la fantasía. En los extremos, la Tierra, como ya se ha expuesto, tocaba con la bóveda celeste, y los hombres que por allá vivían, ya eran considerados infelices porque el calor del sol los abrasaba, ó porque la luna llegaba tan cerca de ellos que de continuo amenazaba aplastarlos, ya eran considerados felicísimos y piadosos, como los Hiperbóreos y los Etiópes, por su frecuente comunicacion y trato con Apolo y con Júpiter, esto es, con los astros, á quienes daban espléndidos banquetes. Sabido es que, segun Homero, el mismo Júpiter se ausentaba á menudo del Olimpo, para ir á regalarse con las comidas de los Etiópes.

Es evidente que el disco de la Tierra debía de tener un punto céntrico, el cual fué siempre un monte que la vanidad nacional, ó la vanidad de cada lugar ó de cada tribu, ó de cada secta religiosa, puso donde mejor le acomodaba. Para los Indios el punto céntrico fué el Monte Merú; algunos Judios y Cristianos primitivos pusieron mucho después este punto céntrico en el Gólgota ó Monte Calvario; y los Griegos unas veces, como

ya hemos dicho, en el Olimpo, y otras en el Monte Parnaso. Llamam casi todos los autores antiguos á este punto céntrico, por más que hoy parezca extraña la denominacion, el ombligo de la Tierra. Se cuenta que Júpiter mismo no estaba seguro de donde estuviese fijamente este centro ú ombligo, y que para cerciorarse, hizo partir al propio tiempo dos águilas de los dos extremos del mundo, las cuales vinieron ambas á posarse cansadas en la alta cima del Parnaso. La ciudad de Delfos, que está en la falda de dicho monte, es pues el punto céntrico de la Tierra. A un lado y otro de la trípode donde la Pitonisa daba sus oráculos, inspirada de Apolo, estaban, segun Píndaro, dos águilas de oro, que recordaban la gran operacion geométrica del hijo de Saturno, y daban testimonio de que aquel era el ombligo de la Tierra.

Dada ya esta idea del universo, tal como entónces le entendian, y algo indicada tambien la condicion y naturaleza de los Dioses, pasemos á explicar sus generaciones y orígenes, segun Hesiodo.

En el principio era el Caos; después la Tierra de pecho poderoso, morada segura de todos los séres. El oscuro Tártaro estaba en sus vastas profundidades.

Ya se vé como la Tierra es ántes que todo: es la primera divinidad. Algunos han dicho que en el seno del Erebo sin límites, la Noche puso un huevo, del cual salió el Amor. Hesiodo hace

que el Amor aparezca desde luego, sin decirnos de quién nace. La Tierra produjo de sí misma á Urano, al cielo estrellado, para que la ciñese y rodease por todas partes; para que fuera su esposo. Sin conocer aún á Urano, la Tierra concibió y produjo de sí misma al Ponto, esto es, á la mar estéril, y á las montañas, donde viven los dioses. Después, uniéndose con el Cielo, produjo al torbellino eterno del Océano, que todo lo fecunda; á los Titanes, entre los cuales se cuentan Hyperion y Japet, padre de la raza humana, y á muchas diosas simbólicas, como Febé el resplandor de la luna, Mnemosina la memoria, Témis la justicia, y Rea la duracion. El último de sus hijos fué el impenetrable Crónos, el tiempo.

Parece que este primer período de la Creacion simboliza un desorden monstruoso, una fecundidad superabundante y dañina que destruye y confunde á los séres mismos no bien les dá vida. El Cielo, esto es, el aire lleno de densos vapores, no consiente que aparezcan los vivientes y que haya orden y concierto en la naturaleza. La Tierra conspira entónces contra el Cielo, su esposo, y logra que Crónos, Saturno ó el Tiempo, le mutila con su tremenda guadaña. De la sangre del Cielo, que cae en las aguas del Océano, nace Vénus ó Afrodite. Las gotas de sangre que cayeron en la Tierra produjeron las ninfas Melias, personificacion de las plantas, y dieron tambien nacimiento á los Gigantes, y á las Erimnes.

Después de esta mutilacion del Cielo, empieza

el reinado del Tiempo, de quien provienen todos los modos, todos los principios, todos los fenómenos que están ligados á la vida de los séres y del hombre en particular. Entónces nacen el Hado, la Muerte, el Sueño, la Alegría, la Queja, la Venganza ó Nemesis, el Fraude, la Amistad, la Vejez, la Discordia, el Trabajo, el Olvido, la Peste, el Dolor, la Mala-fé, el Asesinato, la Lucha, la Matanza y otras mil figuras alegóricas por el mismo estilo.

Todo este reinado de Saturno convienen los mitógrafos modernos en que es de origen semítico. Saturno es Bal, es Moloc, es el Dios que crea y destruye, el Dios que devora á sus hijos; el Dios que exige el sacrificio de los primogénitos; el Dios que vé en el sacrificio la transfiguracion del hombre, divinizando la naturaleza humana é identificando nuestra voluntad con la naturaleza divina. El reinado de semejante Dios no podia durar mucho entre los Griegos. Hubo, pues, pronto una nueva revolucion celestial, y Júpiter, el Dios pelásgico, el Príncipe de los Dioses indoeuropeos, el Rey del Eter ó del aire sereno y puro, vino á sentarse en el trono en vez del Cielo lluvioso y desordenadamente fecundo, y en vez del Tiempo devorador, impenetrable y sin término.

Cuenta Hesiodo que el Tiempo ó Saturno tomó por muger á Rea, la Duracion, y que de este matrimonio nacieron Vesta ó el Hogar, Juno, que es una Diosa del aire, Céres, Aides ó Pluton, Rey de los Infiernos, Neptuno ó Poseidon, Rey del Mar, y

el poderoso Júpiter, padre de los dioses y de los hombres.

Crónos devoraba á todos sus hijos apenas nacían; pero Rea los salvaba dándole á devorar otro objeto. En vez de entregar á Júpiter, Rea dió á Crónos una piedra, envuelta en pañales. Después huyó al través de los sombras de la noche y ocultó al infante divino en una profunda caverna, en el seno de la Tierra, bajo las sombrías espesuras del monte Egeo. Cuando Júpiter creció y se hizo astuto y fuerte, destronó á su padre, siguiendo los consejos de sus abuelos el Cielo y la Tierra, y reinó sobre todos los dioses y los hombres.

Antes de sentarse firmemente en el trono, Júpiter tuvo que combatir á sus tíos los Titanes, hermanos de Saturno. — Esta lucha está en todas las religiones y en todas las mitologías. Ya representa, en un sentido meramente naturalista, el combate del aire y de los meteoros benéficos contra los elementos destructores y los principios deletéreos; ya toma asimismo una significación moral y espiritual, y figura la contienda del mal y del bien. En la religion de la India, estos dos modos están expresados distintamente en diversos documentos. En los más antiguos himnos de los Vedas, Indra, seguido de los Marutas ó Vientos, combate á los Asuras, y liberta la lluvia que tienen presa en las nubes. En documentos religiosos posteriores, la lucha toma un carácter espiritual. Vasuki es el príncipe de los génius rebeldes contra el dios supremo. Indra le vence con

auxilio de los Devas; y Vasuki y todos sus compañeros son encerrados en los Infiernos con el nombre de los Rakchasas ó malditos.

La descripción que hace Hesiodo del combate de los Titanes contra Júpiter, es de una extraordinaria grandeza poética. No la traduciremos aquí, ni nos atreveremos á traducir casi nada de ningun poeta griego, por no echarlo á perder y por no profanarlo en mala prosa. Ni de Hesiodo, y casi se puede decir que de ningun poeta de la antigüedad, tenemos en castellano una traducción que sea sufrible.

Baste saber que Júpiter llama en su auxilio á los gigantes Hecatonchiros ó de cien manos, que viven en los abismos del Erebo. El incesante pelear de Júpiter y los dioses nuevos contra los Titanes ó dioses antiguos duraba ya hacía diez años, cuando Júpiter apeló á estos poderosos auxiliares. Entónces el combate adquiere proporciones enormes. Los elementos todos, y el Cielo y la Tierra toman parte en él. El antagonismo de los agentes físicos en el inmenso seno de la naturaleza está representado de una manera pasmosa y viva. El Ponto sin límites resuena espantosamente, la Tierra tiembla, los bosques arden, el Océano, los rios y todas las aguas hierven; el humo denso y los ardientes vapores llenan y anublan la inmensidad del éter. El incendio espantable penetra con sus llamas hasta el fondo del Caos. Parece que el vasto cielo cae de golpe, roto en pedazos, sobre la tierra, y que la tierra, no pudiendo sostener el pe-

so, se hunde en un abismo sin fin. Los gritos ingentes de los que pelean se distinguen y sobresalen entre el fragor de los truenos continuos. El fulgor de los relámpagos ciega los ojos de los inmortales. En medio de esta batalla suprema, resplandece Júpiter lanzando de su poderosa diestra millares de trisulcos rayos. Los Hecatonchiros arrojan al mismo tiempo colosales peñascos contra los Titanes. Vencidos estos al fin, son precipitados en el Tártaro, en las más hondas raíces de la Tierra. Allí están sumergidos en una densa y eterna noche. Neptuno cierra con puertas de bronce el terrible recinto. Los tres Hecatonchiros Cotos, Giges y Briareo, guardan las puertas de aquella lóbrega y hondísima mazmorra.

Con este triunfo de Júpiter, empieza verdaderamente su reinado. La primera mujer del nuevo Rey de los Dioses es Métis ó la Prudencia. Los Hados habian predicho que de esta diosa debia nacer un hijo sapientísimo y todopoderoso, que habia de destronar á Júpiter y reinar en lugar suyo. Para evitar esto, Júpiter tuvo cuidado de encerrar á Métis ó á la Prudencia en su propio seno. De este modo acertó Júpiter á distinguir lo bueno y lo malo, é hizo salir de su propia cabeza á Minerva ó á la Sabiduría. El sentido de esta fábula no cabe duda en que es profundísimo y claro. Sólo es rey y soberano y dueño de todas las cosas quien absorbe y encierra en sí la prudencia; el espíritu que sabe discernir el bien y aspirar siempre á la verdad.

Luego que la prudencia divina se identificó con Júpiter y vino á ser como su esencia, el dios tomó por segunda mujer á Témis, el órden legal, que gobierna el mundo segun principios racionales reconocidos; con arreglo al derecho. Las primeras hijas que tuvieron el dios de la luz y la ley universal ó la justicia fueron las Horas, esto es, las Estaciones; las cuales ejercen en la naturaleza física un influjo semejante al que ejercen moralmente en el alma humana: hacen germinar dulcemente las flores, y hacen madurar los frutos. La primera es la Equidad y la Primavera á la vez, y se llama Dicea; la segunda, que se llama Eunomía ó el buen órden, hace que maduren los frutos que la Equidad ó la Primavera han hecho nacer: la tercera, por último, es la estacion del Otoño, de los frutos ya maduros y sazonados, y se llama Irene ó la Paz. Merced á sus bendiciones, todo prospera en el mundo. Estas tres hermanas divinas ejercen el imperio de Júpiter entre los hombres.

De Júpiter y de Témis nacieron tambien las tres Parcas, que dirigen la vida de los individuos. Llámanse Cloto, la que hila; Lachesis, la que distribuye la suerte, y Atropos la inevitable. De este modo entrelaza el poeta la libertad, representada por las Horas, con la fatalidad, representada por las Parcas. El hombre está, sin duda, predestinado y sujeto á su destino: Cloto prepara y teje el estambre de su vida; pero su espíritu libre y su energía personal le hacen al-

canzar el fin que se propone, con tal que este fin no traspase los límites marcados á la humanidad; no se extienda más allá de la tela que Cloto ha tejido: en una palabra, sobre esta tela fatal, sobre esta vida, y sobre este destino, para el hombre inevitable, la mente humana, libre y enérgica, puede y debe bordar y crear las flores y los frutos, que las Horas le inspiren.

De Eurinome, hermosa hija del Océano, como si dijésemos de la observancia de las leyes ó reglas, tuvo Júpiter por hijas á las tres Gracias; á saber: Talía ó la belleza en todo su brillo, Eufrosina ó la nobleza de sentimientos, y Aglae ó la resplandeciente.—Uniéndose luego Júpiter con la Memoria, con Mnemosina, produjo á las nueve Musas, que dieron á los festines sagrados el adorno de los cantares y de la danza, y que conservan el recuerdo de todas las hazañas, grandezas y virtudes.

Tuvo Júpiter además otros muchos hijos. De Latona ó la diosa de las Tinieblas le nacieron Apolo y Diana; de la ninfa Maya, Kermes ó Mercurio; de Demeter ó Cérés, Proserpina, que Pluton robó á su madre, y que prudente Júpiter le concedió por esposa; y por último, de Juno, la última de sus mujeres legítimas divinas, tuvo á Ares ó Marte, dios de la Guerra, y á Hebe diosa de la Juventud.—Todas estas fábulas son un símbolo, tienen, sin duda, un sentido misterioso, que los sábios se esfuerzan por desentrañar. La relacion de Hesiodo termina con el nacimiento de Miner-

va de la Sabiduría divina. Para el nacimiento de esta diosa no hay medio extraño, no es menester el auxilio de la naturaleza material. La Sabiduría nace en el seno del mismo dios, y desde allí se comunica en parte, pero inmediatamente, á los hombres.

Con el advenimiento de Júpiter y durante su reinado, la fatalidad antigua ha sido vencida, aunque no del todo. El temor de los hombres en presencia de la divinidad es grande aún, y sólo le mitiga y suaviza la esperanza de un Salvador, de un hijo del Júpiter Sumo, que ha de venir á libertarnos, cuando se cumplan los tiempos. Júpiter, á pesar de haber absorbido en sí á la Prudencia, está amenazado siempre de ser arrojado del trono por un hijo más benéfico, poderoso y sábio, el cual será el Dios verdadero, y romperá las cadenas con que el Destino liga aún á los dioses, á los hombres y á Júpiter mismo.

Esta esperanza de un Dios Salvador está consignada en las obras de muchos poetas gentiles; desde los versos de las Sibilas hasta la Egloga IV de Virgilio. Venía enlazada esta idea con la de la renovacion del mundo, al cabo de cierto largo período de siglos, segun ya hemos consignado que existia en la India, y segun existió tambien entre los Griegos, principalmente en las doctrinas misteriosas atribuidas á Orfeo. Este período se llamaba el año grande, y segun algunos constaba de 120.000 años; segun otros se extendia á 360.000.

Es extraña, maravillosa la coincidencia de todas las religiones antiguas en anunciar al que ha de venir. Véase cómo le anuncia un antiguo libro de la India, el Atharva :

«Vendrá, dice, y los cielos y los mundos se llenarán de alegría, y las estrellas palidecerán ante su esplendor, y el sol hallará débiles sus rayos para iluminarle, y la tierra será estrecha para su mirada, y pequeña para contenerle.

Porque es el infinito, porque es el poder, porque es la sabiduría, porque es la belleza, porque es todo.

Vendrá, y todos los seres animados, las flores, las plantas, los árboles, los hombres, las mujeres, los niños, los esclavos, el soberbio elefante, el cisne, el leon, el tigre, las aves todas, todos los insectos, todos los peces, en aire, tierra y agua, entonarán un cántico de alegría, porque él es el Señor de todo lo que existe.

Vendrá, y los Rakchasas malditos huirán á lo más profundo del Infierno.

Vendrá, y los impuros Pisatchas dejarán de devorar los cadáveres.

Vendrá, y serán aterrados todos los seres inmundos, y el buitre y el chacal no encontrarán ya podredumbre de que alimentarse, ni caverna donde esconderse.

Vendrá, y la vida vencerá á la muerte, y el período de disolucion suspenderá su siniestro trabajo, y él rejuvenecerá la sangre de todos los seres y regenerará todos los cuerpos y purificará todas las almas.

Vendrá más dulce que la miel y que la ambrosia; más puro que un cordero sin mancha y que la boca de una vírgen, y todos los corazones serán transportados de amor. Vendrá el primer día del mes de Sravana. Bienaventurado el vientre bendito que le encierre! Bienaventurados los oídos que oigan sus primeras palabras! Dichosa la tierra donde dé sus primeros pasos! Dichosos los pechos que sus lábios opriman, porque con aquella leche bendita todos los hombres serán purificados.

Desde el Norte al Sur, desde la aurora al occidente, aquel día será un día de santa embriaguez, porque Dios manifestará su gloria y hará que su poder resplandezca, y se reconciliará con los hombres.»

La venida de este Salvador, que anunciaban todas las naciones, presuponia un porvenir más dichoso, y presuponia asimismo un pasado más dichoso también, seguido de una grave culpa de la humanidad y de su caída consiguiente. Apenas habrá religion antigua que no se funde en la creencia de este pecado primero, de un estado más dichoso anterior, de la decadencia sucesiva, y de una rehabilitación ó redención en lo futuro.

Hesiodo explica estas ideas, según la mente de los Griegos, en *Los trabajos y los días*. La primera edad fué la edad de oro: era la edad de la inocencia en que estaban los hombres en continua comunicación con los dioses, y eran ellos mismos como dioses. Aún no conocían el dolor y la

muerte. Viene en seguida la edad de platá, mucho ménos dichosa. Luego viene la edad de bronce, que trae consigo infinidad de males. Con esta edad de bronce termina verdaderamente el período anti-diluviano y comienza una nueva era. Los hombres de la edad de bronce eran unos gigantes feroces y mal intencionados, que cubiertos de armaduras de bronce, y con inmensos troncos de fresnos, de pinos y de abetos, por lanzas, bajaron de los cimas de las montañas, coronadas de espesos bosques. Con el gran diluvio de Deucalion pereció toda esta raza descomedida y bárbara.

Deucalion y Pirra, su mujer, vuelven á poblar la Tierra y viene la edad de los héroes y semi-dioses, que combaten la iniquidad, destruyen los mónstruos, y matan á los tiranos. Esta edad de los héroes comprende la expedicion de los Argonautas á Colcos, los trabajos de Hércules, la expedicion de Teseo á Creta donde vence al Minotauro, las hazañas de Belerofonte y de Perseo, y termina con la guerra de Troya.

Esta edad de los héroes es la cuarta edad del mundo. Cuando los héroes todos desaparecieron y fueron llevados por Saturno al extremo de la Tierra, á las Islas Afortunadas, empezó la quinta edad, la edad tristísima en que Hesiodo vivía.

Esta quinta edad es la edad de hierro, y Hesiodo la describe con los más negros colores. Dice que quisiera haber muerto más temprano para no presenciar tantos horrores: que ni durante el día, ni durante la noche, están los hombres libres

de pesares y disgustos; que el dolor los devora; que los crímenes y el remordimiento son su constante compañía. El padre no ama al hijo, ni el hijo al padre; los derechos de la hospitalidad y de la amistad se violan: los hombres se olvidan de los dioses ó los maldicen: no hay hermano que ame á su hermano; no hay más ley que la fuerza y la violencia. El malvado es el único que triunfa y se goza, cuando la pálida envidia no le consume. El pudor y la justicia abandonan la Tierra y se refugian en el Olimpo, y sólo dejan á los hombres la sombría tristeza que jamás los abandona.

Tal es el cuadro espantoso donde Hesiodo retrata el siglo y la sociedad en que vivía.

Y sin embargo, al lado de esta melancolía profunda y de estas ideas tristes se alzaba en el alma del poeta la esperanza de una edad mejor, de un porvenir risueño. El presentimiento y la concepción vaga del progreso humano, de los prodigios materiales, morales é intelectuales que ejerce la civilización, se unían en su mente al presagio de los Dioses salvadores, al anuncio de la venida de algún dios que pusiese paz entre los mortales y los inmortales, y que libertase á los hombres del duro yugo del destino.

Ya verémos en la lección inmediata explicados estos sentimientos y creencias por el mismo Hesiodo, y confirmados por el gran poeta trágico Esquilo en la misteriosa y bellísima fábula de Prometeo.

LECCION QUINTA

Domingo de la Epifania de 1811. San Mateo.

Senores:
Después de haber visto en las lecciones anteriores que la Teología y la Cosmogonía son una misma doctrina entre los Griegos. Sus dos nombres en el mundo y forman parte de él. Se encuentran en su origen con la naturaleza, cuya energía penetra en el mundo. Después vienen a ser la pasión, los sentimientos y los razonamientos del espíritu humano.

Hecho esto, he de considerar que el agua fue para los antiguos elemento un gran principio creador, más se ha extendido que volvíamos a hablar de los usos de Hecho para dar

LECCION QUINTA.

(Domingo 20 de Febrero de 1870.)

SEÑORAS:

HEMOS visto en las lecciones anteriores que la Teogonía y la Cosmogonía son una misma doctrina entre los Griegos. Sus dioses nacen en el mundo y forman parte de él. Se confunden, en su origen, con la naturaleza, cuyas energías personifican. Después vienen á ser las pasiones, los sentimientos y los pensamientos del espíritu humano.

Teniendo esto presente, y considerando que el agua fué para los antiguos Helenos un gran principio creador, no se ha de extrañar que volvámos á hablar de las obras de Hesiodo para dar

breve noticia de las generaciones del Océano y del infinito número de dioses, genios y ninfas que de él nacieron. El Océano, río de los ríos, origen de la lluvia y creador de todas las fuentes, nació de la union del Cielo y de la Tierra. La mujer del Océano fué Tétis, ó como si dijéramos la Nodriza, á quien no debemos confundir con Tétis, la madre de Aquiles. Del Océano y de Tétis nacieron más de tres mil hijos y de tres mil hijas, que son todos los manantiales, ríos y fuentes, que riegan y fecundan la tierra. Una de las hijas del Océano, Dóris, casó con el viejo Nereo, hijo del estéril Ponto, y de este consorcio salieron las Nereidas ó ninfas del mar. De otra hija del Océano, de la hermosa Climene, la cual casó con Japet, padre de la raza humana, uno de los tres hijos de Noé segun la Biblia, y personificación de la familia ó raza indo-europea, en su origen, segun la ciencia moderna, nacieron Atlas, Menecio, Prometeo y Epimeteo. Japet tuvo también otra esposa que se llamó Asia, madre sin duda del humano linaje.

Ya hemos dicho que Japet, tuvo muchos otros hermanos que se llamaron los Titanes. El último fué el Tiempo, Crónos ó Saturno, á quien destruyó Júpiter, su hijo. También hemos referido la lucha entre Júpiter y los Titanes, y cómo éstos fueron vencidos. Reinando ya Júpiter, figuran los cuatro hijos de Japet, que hemos nombrado, y que, no sólo son Dioses Titanes, sino que representan y simbolizan los cuatro tipos principales

de la humanidad. Atlas, como creacion del naturalismo, representa la Tierra en sus montes más elevados; pero no puede negarse que se vé en él asimismo un símbolo psicológico; el símbolo de la constancia sufrida, de la energía en el trabajo. Atlas sostiene el cielo sobre sus hombros. Menecio parece ser el símbolo de la audacia, de la arrogancia, de la soberbia humana que se revuelve contra Júpiter, contra el Dios Supremo. Júpiter le precipita en el Tártaro. Epimeteo representa la irreflexion; es el que solo piensa después de la accion y no ántes. Prometeo, en cambio, es el que prevé, medita y reflexiona; el verdadero genio de la humanidad; el Dios de las artes, de la filantropía y del progreso. Esquilo le apellida *pantecno* y *filántropo*.

Prometeo fué el favorito de Minerva. Fué entre los dioses lo que Ulises entre los hombres, la personificacion de la astucia, el prototipo del espíritu griego. El fuego que robó Prometeo, y trajo del cielo á la tierra, no parece ya que debe tenerse por aquel fuego material, cuya invencion precedió á las primeras artes é industrias, sino por otro fuego superior y divino, con el cual infundió Prometeo en las almas de los hombres una inspiracion más alta é hizo que inventasen artes más altas tambien.

Este robo del fuego divino es, como otras fábulas semejantes de diversas religiones, la primera manifestacion de la rebeldía del espíritu humano contra el poder de los dioses; la libre curiosidad

y el atrevimiento de los hombres que tratan de igualarse con la divinidad, de penetrar sus misterios y de competir con su poder. En el poema indio, el Ramayana, no es Prometeo, sino son las serpientes, los Asuras ó génios rebeldes los que roban la ambrosia, licor de fuego, cuya posesion dá origen á una guerra entre los dioses y los Asuras, guerra en la cual los Asuras quedan vencidos.

Un poeta moderno ha puesto en verso otra hazaña de Prometeo, no sé si inventada por él ó hallada en algun antiguo documento: fábula que con perfecta transparencia da cuerpo á la idea primordial de todas estas leyendas antiguas. Minerva misma trae del cielo á Prometeo una copa llena de néctar para que, bebiéndole los hombres, se hagan artistas y sábios. En efecto, la inspiracion, el arte y la ciencia entran en el ánimo de los hombres, por medio de esta bebida. Minerva, al traer la copa, recatándose de Jove y escondiéndola bajo el peplo, dejó caer algunas gotas sobre la tierra. Libaron estas gotas ciertos seres inferiores, como la mariposa, la abeja y hasta la araña deforme, y, en su medida, se hicieron tambien participantes de la capacidad artística.

Prometeo incurre en la terrible venganza de Júpiter por su amor á los hombres, por los grandes beneficios que les ha hecho y por la astucia con que procura engañar al rey de los inmortales. En Hesiodo el castigo durísimo que impone Júpiter á Prometeo está justificado. En Esquilo,

rebelándose el poeta contra Júpiter, justifica á Prometeo y anuncia la caída de Júpiter, á quien mira como á un tirano. Hablemos primero de esta fábula, tal como la expone Hesiodo.

A pesar de las bondades de Prometeo para con la humanidad, el poeta nos le pinta como un engañador impío y desatentado que pretende burlarse de Júpiter. Júpiter descubre todos sus fraudes y embustes, le humilla con irónicas frases, y le impone un castigo severo, pero que no hay razón para presumir que el poeta calificase de injusto. Atado Prometeo en la cumbre del Cáucaso, un águila ó un buitre le roe el hígado, que constantemente renace. Muchos años después de estar padeciendo este tormento, un hijo de Júpiter, Hércules, liberta al Titan filántropo de su horrible suplicio y le reconcilia con su Padre Celestial. Júpiter no se enoja de ver ya libre á Prometeo, porque con esto vé difundirse sobre la tierra con mayor gloria la virtud de su hijo muy amado.

Mucho ántes de esta redencion é inmediatamente después del robo del fuego divino, Júpiter castigó tambien á los hombres que recibieron este fuego. No les quitó el fuego, pero les envió todos los males. Con la ciencia, con el progreso, con las artes que el fuego simbólico llevaba consigo, quiso Júpiter que fueran unidos todos los dolores, trabajos y miserias que afligen á nuestra especie.

Los sentimientos de respetuoso cariño, que en nuestro siglo inspira la mujer, eran extra-

ños á los hombres de las edades primitivas. La mujer, como ser físicamente más débil que el hombre, era tratada en aquellas épocas selváticas, en que la violencia y la fuerza predominaban, con la mayor crueldad é injusticia. No habia culpa ni pecado que no se atribuyese á la mujer. No habia dolor, molestia ó pena que no se supusiese que nacia de ella. Así vemos siempre, en casi todos los más antiguos mythos, que la mujer es causa de los primeros pecados. Hesiodo, poeta nada galante y grande enemigo de las mujeres, dá forma, en la fábula de Pandora, al ódio y desprecio que les profesa. Vulcano, el Dios del fuego, el artista inmortal é incansable, fabrica en su taller á la seductora criatura. Los dioses la hermocean á porfia y la enriquecen y adornan con todos los dónes y presentes imaginables. Júpiter, para castigar cruelísima y desapiadamente al género humano, envia á la tierra á esta mujer modelo. Epimeteo, el irreflexivo, la recibe en su casa, á pesar de los consejos del previsor Prometeo, que le amonesta para que la aparte de sí; y Pandora, en casa ya de Epimeteo, abre la caja en que el Titan filántropo habia encerrado todos los males, y estos se esparcen por el mundo, quedando sólo en el fondo de la caja, por órden de Júpiter, la esperanza, único consuelo y recurso de los hombres.

El ulterior desenvolvimiento que tuvo esta fábula de Prometeo en los dramas de Esquilo, será asunto principal de esta leccion: pero ántes de

tocar dicho punto, conviene explicar lo que eran los misterios, entre los Helenos, y particularmente los de Baco, de los cuales nació la Tragedia, con un carácter altamente religioso.

Eran los misterios ciertas ceremonias religiosas, no públicas, sino ocultas, y reservadas sólo á los iniciados y adeptos, donde se enseñaba ó se pretendía enseñar una moral más pura y sublime y una doctrina más profunda acerca de los dioses que las que contenía la religion del vulgo ó de la generalidad de los hombres.

Los misterios han existido desde la más remota antigüedad entre todas las naciones y existen aún, así entre los negros de Africa y los indios salvajes de América y los habitantes de las islas de la Oceanía, como en los pueblos más cultos de Europa, donde suelen celebrarse en sociedades secretas, como, por ejemplo, la de los franc-masones. No es, pues, probable que esta costumbre de los misterios venga sólo por transmision de unos pueblos en otros; sino que mucho de esto debe atribuirse á coincidencia, y á la condicion general, en toda época y en todo país, que inclina á los hombres á distinguirse del vulgo, adoptando doctrinas diversas de las universalmente admitidas, y dándoles más valor é importancia con el aliciente del secreto y del arcano. En Egipto hubo misterios, y los más celebrados fueron los de Isis; pero no se ha de creer que vinieron los misterios de Egipto á Grecia. Antes parece demostrado que en Grecia nacieron espontáneamente,

si bien tomaron los misterios griegos, con el andar de los tiempos, algo de las doctrinas que en los de Egipto se enseñaban. Prueba de la espontaneidad y del carácter indígena de los misterios griegos, es su antigüedad misma y lo castizo y propio de las divinidades que en ellos al principio se adoraban, las más de origen pelágico.

La cualidad esencial de los misterios se puede conjeturar que consiste en interpretar de un modo atrevido y filosófico ciertas creencias religiosas, en dar á varios mythos, leyendas ó conceptos, cubiertos para el vulgo con el velo del símbolo ó de la alegoría, un sentido más racional y comprensivo, ó bien en crear y adoptar nuevas ideas religiosas, ajenas, si no contrarias, á la religion oficial del pueblo ó del Estado donde dichos misterios se celebran.

Sea como sea, parece que los misterios más antiguos que hubo en Grecia fueron los de Samotracia, donde eran adorados los dioses Cabires. Los iniciados no podian ó no debian revelar en qué consistia la adoracion y culto de estos dioses, y así no es extraño que no se sepa mucho de ellos, si bien á la larga venia á divulgarse el secreto y á romperse el sigilo, sobre todo cuando la secta misteriosa llegaba á hacer gran número de prosélitos y se mostraba á la pública luz, entrando, por decirlo así, á formar parte de la religion oficial, ya que no lograrse derribarla ó reemplazarla, ó modificarla por lo ménos.

Los misterios tenian tambien por objeto la pu-

rificacion del alma y la expiacion de los pecados. En los de Samotracia no podia nadie hacerse iniciar, sin confesarse previamente con un sacerdote apellidado Coes. Los Cabires se aseguraba que se aparecian á los iniciados cuando estos los inyocaban, y que les daban socorro. El vino consagrado se bebia en los misterios de Samotracia y era como origen de la inspiracion religiosa. Los misterios se llamaban tambien orgias.

Los mas célebres de todos los misterios fueron los de Eleusis, establecidos, segun se dice, por Eumolpo, que vino de Tracia. Los Eumolpides, ó supuestos descendientes de este personaje mítico, conservaron, durante siglos, el importante derecho y la alta honra de presidir á estos misterios. Habia en ellos diferentes grados de iniciacion, siendo el grado supremo la *epoptia*, que era la vision divina, la perfeccion religiosa, el conocimiento completo de todo.

Los ritos de la iniciacion se componian de escenas mímicas y simbólicas, de una especie de drama, donde se representaba el robo de Proserpina por Pluton, la bajada de Ceres á los Infiernos en busca de la hija robada, los principios de la agricultura debidos á Triptolemo, discípulo de Ceres, y otras leyendas análogas.

Las pruebas que debian hacer los neófitos, antes de la iniciacion, se cuenta que eran terribles. El *mistagogo* ó el *hierofante* los llevaba por lugares tenebrosos. Allí eran presa de todo género de terrores y de ansiedades. Oian voces espantosas y

tristes; y llegaban á ver y hasta por un momento se creían víctimas de las eternas penas del infierno. De repente pasaban de las regiones horrendas del Tártaro á los deleitosos Campos Elíseos, morada de los elegidos.

Otro acto de la iniciación era la *paradosis* ó aceptación de ciertos objetos sagrados, como amuletos ó reliquias, que el iniciado recibía. Debía el iniciado, por último, comer y beber de ciertos manjares y licores, á fin de ponerse ó de entrar en comunión con sus hermanos.

En suma, los cuatro grados principales de la iniciación eran: primero, la purificación; segundo, los ritos y sacrificios de neófito; tercero, la participación de los objetos simbólicos, la comunión de los manjares y bebidas consagrados, y la revelación de las palabras místicas é inefables; y cuarto, la *epoptia* ó visión de las cosas divinas.

La liturgia de los misterios de Eleusis estaba prescrita en libros que sólo los iniciados podían leer. Ha de entenderse, con todo, que los misterios pretendían enseñar los arcanos de la vida y de la muerte, y preparar al hombre para su último fin, poniéndole en relación con los dioses. Por esto dijo Plutarco que «morir era ser iniciado en los grandes misterios.»

La vista del Tártaro y del Eliseo por los iniciados se liga con la leyenda de Orfeo, el poeta tracio, que bajó á los Infiernos en busca de su esposa Eurídice, y á quien se supone fundador de los misterios de Baco. Estos misterios se combinaron

más tarde en Eleusis con los de Ceres, Proserpina y Triptolemo, que allí se celebraban.

Baco, por más que su culto no llegase en Grecia á tomar grande importancia hasta muy tarde, es un dios propio de la raza helénica, no venido del Asia Menor, ni de las naciones semíticas, sino directa y primitivamente de los mismos Arios. Baco es el dios Soma de los Vedas. Es la bebida fermentada, llamada Soma, que servia para las libaciones y sacrificios; que era mirada como fuente de inspiracion, y que acabó por transformarse en una persona divina. En los Vedas, Soma se llama *vinas*, lo que significa *el amado*, de donde se deriva sin duda el nombre de *vino*. — Soma ó Baco se considera como nacido dos veces, una al tomar su forma líquida; otra al consumirse, evaporarse y subir al cielo, gracias al fuego del altar. Por esto se llamó Dividjanman entre los Arios y Ditirambo entre los Griegos, palabras que valen tanto como *nacido dos veces*. El dios Indra tuvo á Soma en su muslo, como se cuenta que Júpiter tuvo á Baco. En fin, Baco, lo mismo que Soma, es un dios mediador entre los hombres y los demás dioses.

Las fiestas y misterios de este dios se llamaban Dionisiacas ó bacanales, y tal vez nuestro carnaval y sus alegres máscaras provengan en parte de aquellas antiguas ceremonias gentílicas, no destruidas del todo por el cristianismo. En las bacanales corrian las mujeres desgrefñadas y como furiosas, por lo cual se llamaban Ménades las Ba-

cantes; los hombres corrian y se agitaban tambien, llevando muchos en la diestra una vara de pino con pámpanos y hiedra, que llamaban tirso, y coronados tal vez de hojas de higuera, plantas todas consagradas á Baco.

Ya hemos dicho en otro lugar que el macho cabrío estaba tambien consagrado á este dios, cuya semejanza con el dios frigio Sabacio, y cuya inspiracion orgiástica inducen á sospechar que muchas de los supersticiones de las brujas y sus juntas y aquellarres, donde hace tambien el macho cabrío tan gran papel; son como reminiscencias de las antiguas fiestas de Baco y de sus misterios.

Pero dejando esto á un lado, es innegable, en mi sentir, que la tragedia tuvo su origen en los misterios de Baco. La misma etimología de la palabra tragedia parece indicarlo así. Tragedia significa canto del macho cabrío, ó bien porque los primeros ditirambos ó canciones en honor de Baco eran cantados en coro por los Sátiros ó por los que representaban ser los Sátiros, los cuales tenian algo de la forma del macho cabrío; ó bien porque un macho cabrío era sacrificado al Dios del vino, al compás de la cancion ó del ditirambo; ó bien porque un macho cabrío era el premio del vencedor en el cértamen del ditirambo ó de la tragedia.

La forma primordial de la tragedia fué el himno ó el coro en honor de los dioses. Luego se introdujo el recitado, y luego el diálogo, y con el

diálogo los diversos personajes. La acción ó argumento, en vez del carácter narrativo, tomó el carácter dramático.

Se ha comparado este origen religioso del teatro griego con el del teatro de los pueblos cristianos de la moderna Europa; pero yo me atrevo á sostener que son esenciales las diferencias. En Grecia nació el teatro inmediatamente del culto y de los sagrados misterios. En las modernas sociedades cristianas, si bien renació en el seno del santuario, como renacieron todas las ciencias y toda la literatura, renació de la reminiscencia del antiguo teatro gentilico, que sirvió de modelo á la imitación, aunque purificando la copia y valiéndose de argumentos y asuntos de la religión nueva ó impregnados de su espíritu. En el teatro religioso moderno, en lo que llamamos *comedias á lo divino*, se divulga en efecto el dogma; pero no de la manera autorizada y superior que en los dramas sagrados de los Griegos se divulgaba. Nosotros teníamos nuestros Santos Padres, nuestros teólogos, nuestros concilios, nuestras Sagradas Escrituras y hasta nuestros catecismos populares, ántes de que los dogmas y la moral se divulgasen por medio del teatro. Cuando renació el teatro, no era el cristianismo una sociedad secreta. Por el contrario, en la tragedia griega, como en toda la poesía de aquel pueblo, que no tuvo Sagradas Escrituras, ni dogma fijo y determinado en concilios, y que, si algunos dogmas tenía por este orden, se ocultaban en los misterios, los poe-

tas se mostraban como teólogos, profetas, reveladores y legisladores. De aquí que no se pueda, sin profanacion y extravagancia, buscar el más elevado sentido del dogma católico y de la moral cristiana, por ejemplo, en *La devocion de la cruz*, de Calderon, ó en *El Condenado por desconfiado*, de Tirso; pero bien se puede afirmar que Esquilo resume en el *Prometeo* y en *Las Euménides* el más elevado sentido de la religion gentilica, tal vez no sólo en su edad, sino en todos sus desarrollos posteriores. No fué pues arrogante Esquilo al consagrar sus tragedias al Tiempo. Es un hecho indudable que el teatro en Grecia se emancipó del culto, se secularizó; pero esto mismo, bien mirado, viene en favor de mis doctrinas.

El teatro, en Esquilo y Sófocles, es religioso; pero se aparta de la sociedad secreta y de su rito arcano, y hace patentes al vulgo sus ocultas doctrinas. Acusado Esquilo ante el areópago por haber revelado estos secretos, sólo pudo salvarse recordando que en Maraton habia combatido como un héroe contra los Persas. Mas á pesar de esto, la venganza de Júpiter dicen que le siguió, ó bien por aquellas revelaciones, ó bien por ponerse en su más famosa trilogia en contra de Júpiter y en favor de Prometeo. Ello es que se cuenta que un águila, ave consagrada á aquel dios, dejó caer sobre la calva de Esquilo una tortuga que llevaba en sus garras, y así le causó la muerte.

La mision sublimemente didáctica de la tragedia, como de toda la poesia griega, se muestra

además si se reflexiona que en aquella sociedad se creía que las ciudades habían sido edificadas maravillosamente al són de la lira; que en verso habían sido dictadas sus leyes; que en verso se pronunciaban sus oráculos; y que el primero de sus sábios y el más simpático y glorioso de sus legisladores, el gran Solon, había hablado en verso, á sus conciudadanos, en el ágora ó plaza pública.

No hay contradicción alguna entre este aserto y el parecer de no pocos filósofos y sabios que, como Platon, condenaban por inmoral y mentirosa á la Poesía y arrojaban de la república á los poetas. Del mismo Solon se refiere que reprendió á Tespis, después de haber oído representar á este poeta trágico, anterior á Esquilo, el cual es mirado como el fundador del teatro griego, siendo autor y comediante á la vez. Pero esto sólo demuestra la libertad misma de las doctrinas religiosas de los gentiles, con las cuales doctrinas se mezcló la filosofía desde muy temprano, dándoles encontradas tendencias, ó inclinándolas ya en un sentido, ya en otro. Del seno mismo de los misterios, de los cantos y sentencias atribuidas á Orfeo, se originó un monoteísmo que, si se me permite la expresión, podemos calificar de prematuro, el cual repugnaba el abuso de los mythos, y la exuberancia de los seres sobrenaturales, y la indignidad de muchas leyendas ó fábulas; no pudiendo, por consiguiente, dejar de condenar también á los poetas y á las obras de los poetas que

difundían, ensalzaban y prestaban superior crédito á tales cosas. Pero Pitágoras, Platon y los demás sabios y filósofos, que siguieron en religion aquella tendencia, siguieron una religion ménos popular, ménos ortodoxa, por decirlo así, que la de los poetas, y siguiéndola y condenando la poesía, eran poetas á su vez y se apoyaban en otras poesías, versos ó cantares, y en la autoridad de otros poetas, como Orfeo.

Entretanto, aunque Pitágoras y Platon, y aunque todos los órficos, fuesen una manifestacion del espíritu griego, por una de sus faces, aunque en parte representáran el elemento dórico, lo que habia en Grecia de más análogo á la civilizacion oriental; los poetas, por ellos condenados y zaheridos, eran una manifestacion más completa, íntegra y genuina del espíritu griego, y representaban el elemento europeo, que no mira tanto á lo pasado, sino que mira al porvenir y busca el progreso al través de las contradicciones.

En este órden de ideas, Homero y Hesiodo pueden considerarse como los primeros hierofantes y reveladores de la Grecia; y como el tercero, Esquilo.

Su *Prometeo* no fué sólo una revelacion para la Grecia, sino asunto de meditar profundo á las posteriores y superiores civilizaciones, y fuente de inspiracion soberana para los más grandes sábios y poetas de nuestros dias. Calderon, Shelley, Byron, Goethe, y Edgar Quinet han escrito poemas de *Prometeo*. No pocos apologistas cristianos

han visto en la leyenda de Prometeo, como restos de la revelacion primitiva entre los gentiles, la caida de Adan, la rebelion de los ángeles malos, y hasta la redencion de Cristo. No pocos modernos filósofos han visto en la leyenda de Prometeo, por lo cual se han consagrado á interpretarla, continuarla y completarla, la expresion simbólica, el vaticinio más sublime y las más atrevidas especulaciones sobre los oscuros y temerosos problemas del destino de la humanidad, de su progreso y término ó propósito, de la naturaleza del alma, de la historia de las revoluciones religiosas y del porvenir de las sociedades y de las creencias.

La obra de Esquilo merece, por lo tanto, ser examinada detenidamente. Llámase una trilogia, porque se componia de tres tragedias ó dramas consecutivos: *Prometeo robador del fuego del cielo*, *Prometeo encadenado*, y *Prometeo libertado por Hércules*. De estos tres dramas sólo el *Prometeo encadenado* se conserva.

Prometeo, en el poema de Esquilo, es el dios creador y representante de la humanidad, que lucha con los dioses del fatalismo y del naturalismo antiguos y les opone la libertad humana. Ha seguido el partido de Júpiter, contra los Titanes sus hermanos, porque Júpiter, el dios del éter sereno, el dios que toma por esposa á Témis, la justicia, el orden legal, es un progreso con relacion á la fuerza física y al desórden del caos, representados por los Titanes: pero Prometeo declara

la guerra á Júpiter cuando vé que no son respetados los derechos de la humanidad, que la violencia reina aún: Prometeo sabe que Júpiter mismo será destronado, y que un hijo suyo, más poderoso que él, habrá de sucederle, si Júpiter no dá libertad á la Sabiduría, que ha absorbido, y no reconoce la independencia absoluta que debe tener esta diosa, hasta con relacion al Dios mismo.

Conducido Prometeo á la cumbre del Cáucaso por Vulcano, la Violencia y la Fuerza, estas divinidades le enclavan en una roca, por orden de Júpiter, en castigo de haber robado el fuego del cielo.—Por amor de los hombres, como el mismo Titan declara, se ha prestado voluntariamente al espantoso sacrificio. El resonar del martillo de Vulcano penetra en las profundidades del mar, y las Ninfas del Océano acuden á ver y á consolar á Prometeo. Este les dice: «Júpiter no ha cuidado de los infelices mortales: hasta ha concebido el designio de aniquilarlos y de crear una nueva raza. Nádie se ha opuesto á su voluntad, nádie excepto yo. Sin mi valor, sin mi auxilio, los hombres, heridos del rayo, hubieran caído en el fondo de los Infiernos. Por esto padezco el suplicio que veis. Como tuve piedad de los hombres, Júpiter no me ha juzgado digno de piedad. He sido tratado sin misericordia, pero mi suplicio es el oprobio de Júpiter.»

Mostrándose luego Prometeo como el génio de la humanidad, expone en sonoros y elocuentes versos los prodigios que ya ha obrado y la mar-

cha ascendente de la civilizacion que se debe á su génio.

— «En otro tiempo, dice, los hombres veian, pero veian mal; oian y no comprendian. Semejantes á los fantasmas de los sueños, vivian, hacia siglos, confundiéndo todo. No sabian servirse de ladrillos ni de madera para edificar casas iluminadas: como la débil hormiga moraban debajo de tierra, en cavernas profundas, donde no penetraba el sol. Ningun signo cierto: sus ojos no sabian distinguir la aproximacion de la primavera llena de flores, ni la del invierno, ni la del otoño abundante en cosecha. Obraban siempre sin reflexion y al acaso. Yo les enseñé el instante en que se elevan los astros y el más difícil aún en que declinan. Para ellos inventé la ciencia de los números, la más noble de las ciencias: para ellos formé el conjunto de las letras, y así fijé la Memoria, madre é instrumento de las Musas. Yo fuí tambien quien unció y puso bajo el yugo á los animales, desde entónces esclavos del hombre, y el cuerpo de los mortales se vió aliviado del peso y de los trabajos más rudos. Yo enganché los caballos, dóciles al freno, á los esplendidos carros, orgullo de la opulencia. ¿Y esos otros carros, con alas de lino, que llevan sobre la mar á los marineros, quién sino yo los inventó? Y aún hice más. En otro tiempo, un hombre, si era acometido de una enfermedad cualquiera, no hallaba ni socorro, ni alimento saludable, ni unguento, ni pocion, ni remedio, y así, perecía: pero yo enseñé á los

hombres á preparar benéficos compuestos que los preservan de las enfermedades...»

El Titan se jacta, por último, de haber descubierto el bronce, la plata y el oro: de ser, en suma, el inventor de todas las artes.

Júpiter es un Dios tirano y enemigo de los hombres: Prometeo es su bienhechor y su amigo. Prometeo revela además el orden universal y el indefinido progreso de los seres y aun de los dioses.

La ninfa Io, víctima del amor de Júpiter, como Prometeo lo es de su odio, viene también á consolar á Prometeo. Este le declara mucho de los futuros destinos.

—¿Quién arrancará á Júpiter, dice la ninfa, el cetro de la omnipotencia?

Y Prometeo responde:—El mismo; su imprevisión, su locura.

—¿De qué modo? Explicáte, si puedes hacerlo sin temor.

—Contraerá un consorcio de que debe un día arrepentirse.

—Con una diosa? Con una mortal? Habla, si te es lícito decirlo.

—¿Para qué esa pregunta? Aun no me atrevo á revelar tanto misterio.

—¿Será su esposa la que le arrojará del trono?

—De ella nacerá un hijo más fuerte que su padre.

—¿Y no hay medio de apartar de Júpiter tanta desgracia?

—No; á no ser que yo, libre de mis cadenas...

—¿Quién, á pesar de Júpiter, podrá librarte?

—Uno de tus descendientes.

Así vaticina el Titan que Hércules ha de librarle, después de pasar millares de años. Así presente su reconciliacion con el Dios Supremo, por medio de su Hijo más amado.

Entre tanto, ansioso Júpiter de averiguar el secreto que guarda Prometeo y que puede contribuir á perpetuar su dominio, envia á Mercurio para ver si por amenazas y promesas puede arrancar de Prometeo este secreto.—Prometeo permanece inflexible.—«Ni por violencia, ni por artificio, dice, me obligará Júpiter á hablar. Que lance, si quiere, sus rayos abrasadores; que perturbe y confunda la naturaleza entera haciendo volar en los aires los blancos torbellinos de la nieve y mugir en el centro de los abismos los truenos subterráneos. No doblaré mi constancia; no le diré quien debe arrojarle de su trono.»

Esta energia indómita de Prometeo provoca el espantoso desenlace de la tragedia.

El Titan desafía aún la cólera de Júpiter exclamando: «que arranque de sus cimientos á la tierra; que arroje las olas del mar en los inmensos espacios del éter; que el torrente irresistible de la necesidad precipite mi cuerpo en el fondo del Tártaro. Aunque todo se realice, yo no puedo morir.»

Aquí parece que el espíritu humano, que Prometeo personifica, declarándose inmortal, acepta una lucha también inmortal con el Destino, de la cual, al cabo de muchos tormentos, pa-

decimientos y dolores, y después de muchos siglos, ha de salir triunfante.

Ello es que la tragedia termina de una manera sublime. Prometeo, en medio de la tempestad que provocó sin terror, es fulminado y precipitado en el Tártaro, con la roca misma á que le ligan cadenas de diamante y con el buitre que devora sus entrañas.

El suplicio de Prometeo dicen algunos que, segun Esquilo, cuyas otras tragedias sobre el mismo asunto se han perdido, habia de durar treinta mil años; segun otros, un tiempo indefinido. Lo cierto es que, segun la concepcion verdadera del drama de Esquilo, el tiempo de la libertad de Prometeo no se puede saber. El mundo camina hácia la perfeccion, segun las leyes eternas del progreso: pero aún se ignora cuándo y cómo la ley moral alcanzará plenamente el supremo poderio. Tétis, la ordenadora, saldrá del seno mismo de Júpiter, que la ha absorbido, y su hijo será el nuevo dios.

Tales, en brevísimo resúmen, lo más esencial del admirable poema de Esquilo. Tal vez aquellas extrañas y profundas doctrinas sobre la futura caída de los dioses, sobre un Dios del porvenir, y sobre el desarrollo progresivo, continuo, de la idea divina en la tierra, nazca de recuerdos vagos de una primitiva revelacion, conservados en las doctrinas esotéricas de Orfeo y en los misterios de Baco ó Dionisos, el verdadero esposo de Proserpina ó del alma humana.

Sin duda que el Dios verdadero, el Dios desconocido cuya venida anuncia el Titan filántropo, no cabia dentro de la religion, naturalista en su origen, de los pueblos de Grecia. Debia fundarse en otra religion más espiritual y elevada; pero, entre tanto, como sombras prefiguradas de ese Salvador futuro, como bosquejos y anuncios del que habia de venir, aparecen, así en la religion griega, como en casi todas las religiones gentílicas de Asia y de Europa, desde el Ganges hasta el Rhin, el Elba y el Danubio, diversas encarnaciones del Dios Supremo, diversos hijos de Júpiter, que son dioses salvadores, redentores y mediadores entre el hombre y la Omnipotencia. Hércules y Baco, en lo que contienen sus leyendas de más sublime y ménos impuro, son las sombras ó bosquejos, son como el presagio personificado de aquella verdad.

LECCION SEXTA.

(Domingo 20 de Marzo de 1870.)

SEÑORAS:

La religion de los Griegos, como ya hemos dicho, carecia de un libro sagrado en que fuese dada; y carecia tambien de un dogma fijo y determinado, fuera del cual vinieran a caer los hombres en la heterodoxia. De aqui el que esta religion cambiase y se desenvolviese mas libre y espontáneamente que otras religiones. Los poetas, los artistas y los filósofos fueron los grandes organizadores teológicos de los Griegos. Ya hemos visto el desenvolvimiento de esta religion, en las obras capitales de las tres más grandes poetas, Homero, Hesíodo y Esquilo.

LECCION SEXTA.

(Domingo 20 de Marzo de 1870.)

SEÑORAS:

LA religion de los Griegos, como ya hemos dicho, carecia de un libro sagrado en que fundarse; y carecia tambien de un dogma fijo y determinado, fuera del cual vinieran á caer los hombres en la heterodoxia. De aquí el que esta religion cambiase y se desenvolviese más libre y espontáneamente que otras religiones. Los poetas, los artistas y los filósofos fueron los grandes dogmatizadores teológicos de los Griegos.

Ya hemos visto el desenvolvimiento de esta religion, en las obras capitales de las tres más grandes poetas, Homero, Hesiodo y Esquilo.

Bosquejemos ahora rápidamente los desenvolvimientos ulteriores.

No cabe duda en que el antropomorfismo es un progreso con relacion al naturalismo: pero este progreso tenia su escollo para el vulgo y para los poetas populares, los cuales, olvidados acaso del sentido alegórico y naturalista de ciertas fábulas, y deseosos de entretener á las gentes con cuentos de amores, de adular á algunos personajes, ó de ensalzar á los héroes antiguos dándoles un origen divino, inventaron, con gran desdoro de la divinidad, multitud de amoríos y de pasiones entre los dioses y las diosas y los hombres y las mujeres. Hasta á la misma casta Diana la hicieron enamorada del pastor Endimion. Júpiter fué acaso el dios más desdorado con esta clase de intrigas galantes, por las cuales incurria á menudo en indignas metamorfosis. Por Europa se convertia en toro, por Leda en cisne, en lluvia de oro por Danae, en imágen de Anfritrion por Alcmena, y en paloma por Phthia

La idea de Dios, sin embargo, fué sublimándose y purificándose poco á poco en la mente de los hombres más cultos y más inteligentes de Grecia, y así no faltaron escritores y pensadores que pusieron en Júpiter ó en Zeus cási los mismos atributos con que trataria de dar á conocer á Dios un filósofo espiritualista de nuestros tiempos. El poeta Arquíloco dice: «Zeus es el Dios que ha hecho el cielo y la tierra.» El mismo poeta dice, en otro lugar, que Zeus es el Dios de la justi-

cia. Solon invoca á Zeus, al principio de sus leyes, como al Dios de quien todas las leyes dimanaban. Y no sólo es Zeus ó Júpiter el dios de la justicia, sino también el dios de la misericordia. «En Zeus, dice Simónides, está el remedio de » todos los males.»

Tanto el derecho político cuanto el derecho civil ó privado tenían por fundamento la voluntad de Júpiter. Mientras que hubo reyes, los reyes reinaban por derecho divino, por la voluntad de Júpiter. Cuando casi todas las ciudades griegas destronaron á los reyes, y establecieron repúblicas democráticas ó aristocráticas, Júpiter siguió siendo el protector, el rey del Estado. Con el sobrenombre de Herceo era el hogar mismo, el príncipe de los lares, el defensor de la familia, el vengador del adulterio, el dios de la amistad, de la hospitalidad y de todas las virtudes domésticas. Con el sobrenombre de Panhelénico ó de Olímpico en Grecia, y en Roma con el sobrenombre de Capitolino, era el dios protector de la nación toda. Por último, en el espíritu de los más distinguidos pensadores, se elevaba por cima de la nacionalidad y llegaba á ser el padre común de los hombres, el creador y sustentador de todos los seres, el dios del linaje humano.

De esta verdad daban testimonio hasta los poetas trágicos y cómicos en el mismo teatro. Sófocles dijo: «No hay por cierto más que un Dios, el » cual hizo los cielos y esta espaciosa tierra que » pisamos y el inmenso lago azul de la mar, y

» dió movimiento al aire.» Y Menandro dijo, hablando de Dios: « que es rey y padre de todo, inventor de todo bien, y autor de los séres, á quien conviene honrar con culto eterno.» A Pitágoras se atribuye esta definicion de Dios: « Es uno. No existe fuera del mundo, como hay quien crea, sino en el mundo mismo; todo en todo el círculo, observando todas las generaciones. Es el motor de todos los siglos, el autor inmediato de sus prodigios y de sus obras, el principio de todas las cosas, la luz del cielo, el padre, la mente, el alma de todo, el movimiento de todos los círculos.» De esta suerte pudiéramos ir citando testimonios de la creencia en un solo Dios, por lo general cada vez más claros y terminantes conforme se iban acercando los tiempos en que el mundo habia de renovarse y mejorarse por medio del cristianismo. Pero esta creencia en un solo Dios, este concepto elevado y puro del Sér Supremo no era, entre los gentiles, propio del vulgo, sino de algunas almas escogidas y nobilísimas. Sin duda que la bella fábula de Esopo sobre el Amor, pudiera aplicarse también á la Fé en la Divinidad, ántes de la venida de Cristo. Refiere el fabulista frigio que, compadecido Júpiter de la miseria y de los infortunios de los hombres, quiso enviarles un espíritu consolador, un dios que aliviase sus penas, y que á esto hubo de prestarse el Amor, piadosísimo entre los inmortales. Desde entónces suele el Amor venir de vez en cuando á la tierra, pero permanece aquí bre-

ve tiempo, así porque los dioses no pueden vivir sin él y le llaman, como por lo poco merecedores que somos de tanta dicha.

Cuando viene el Amor, sólo hiere con sus saetas á aquellas pocas almas santas, celestiales y sublimes, que habitan en el mundo, y deja que sus hermanos menores, los Amores terrenales, hijos de las Ninfas, hieran las almas de la generalidad de los seres humanos. Bastan, con todo, las pocas almas heridas por el Amor del cielo para que la tierra se santifique y se consuele, y para que se obren en ella mil portentos benéficos en pró de los míseros hombres.

Tal es la fábula de Esopo. Lo que Esopo imaginaba del Amor, pudiera decirse también de la ciencia divina, del conocimiento del Dios verdadero, alcanzado sólo por algunas almas selectas y superiores. Aun en estas almas, ya por contemporizar con los errores del vulgo, ya por temor de las persecuciones, ya por inconsecuencia y debilidad, la creencia en un Dios Supremo no excluía á menudo el culto de otros dioses y las mil supersticiones del paganismo.

Pero aun siendo tan defectuosa y falsa la religion de los Griegos, es innegable que fué un grande elemento civilizador, como lo ha sido siempre toda religion, y más en los tiempos antiguos, cuando el arte, la ciencia, el derecho, la política, cuanto constituye las sociedades, tenía un fundamento religioso.

En otra parte hemos explicado ya cómo de la

adoración y culto del hogar y de los láres provinieron la patria potestad, la santidad sacramental del matrimonio, la familia y la tribu; de cuya agrupación ó liga nació la ciudad ó la república. De las ciudades confederadas resultó Grecia, y resultó el grande Imperio de Roma.

Los dioses se confederaban y ligaban al mismo tiempo que los hombres. Así la religión sellaba y consagraba estas alianzas. En Grecia tuvieron un nombre. Se llamaron Anfitionías. La más importante estaba en Delfos. Los diputados que enviaban á esta ciudad las diversas ciudades ó repúblicas confederadas, formaban algo parecido á la vez á una asamblea política y á un sínodo ó concilio. — Júpiter Olímpico, Apolo Pithio, la previsora Minerva, Diana y Latona, eran las principales divinidades bajo cuyos auspicios se celebraba la junta anfitionica. Estas divinidades eran, por lo tanto, las divinidades patrias, superiores, panhelénicas.

En nombre de estas divinidades era promulgado el derecho público general á toda la Grecia. Por ellas juraban los anfitiones respetar y no destruir las ciudades confederadas, y castigar á los que robasen los tesoros del templo de Delfos.

La confederación de las repúblicas por medio de estos vínculos religiosos se afirmaba más aún, merced á las fiestas, juegos y ceremonias sagradas que en diversos puntos solían hacerse, y adonde acudían peregrinos de toda la Grecia. La multitud de estas fiestas era pasmosa, y en ellas

tomaba parte todo el pueblo. Como entónces habia esclavos, los hombres libres trabajaban ménos que ahora, y podian estar de huelga frecuentemente, empleándose en los asuntos políticos y religiosos.

En estas fiestas sagradas de los Griegos se desplegaron todas las calidades extraordinarias y dichas de aquel pueblo de artistas y de poetas. Darémos aquí alguna breve noticia de estas fiestas, que eran innumerables.

En la isla de Délos se celebraban todos los años las de Apolo. Coros de mancebos y de doncellas desembarcaban en Délos, procedentes del Ática, del Peloponeso, de las islas del mar Egeo, del Asia Menor, y aun de las más remotas colonias. La teoría ó procesion que enviaban los Atenienses era la más brillante. El bajel, en que iban los *theoros* ó mensajeros del Estado, se llamaba Páralos. Su proa resplandecía ornada de guirnaldas de flores. Hombres libres le tripulaban sólo. Desde su salida hasta su vuelta no se podia en Atenas ejecutar ninguna sentencia de muerte. Sócrates tuvo que aguardar la vuelta de este bajel sagrado para beber la cicuta.

En la fiesta se cantaban himnos en alabanza del Dios, y se tejian danzas mímicas que representaban la victoria de Teseo contra el Minotau-ro y los rodeos del laberinto de Creta. Se inmolan bueyes á Apolo, y se le ofrecian coronas y otros ricos objetos, así como las primicias de los frutos. Habia, por último, luchas, carreras de caballos y carros, y otros juegos gimnásticos.

Las Dionisiacas ó fiestas de Baco se celebraban en varios puntos, siendo las más famosas las de Atica. En ellas, como ya hemos dicho, tuvo origen la tragedia. La comedia nació también de estas solemnidades religiosas. Como entre nosotros, durante el Carnaval, solían las que tomaban parte en aquel público regocijo lanzarse pullas y epigramas improvisados, y entablar diálogos jocosos y satíricos. De la improvisación se pasó á preparar y ensayar de antemano estos epigramas y diálogos, que la carátula hacía más desenfadados y libres. Tal fué el origen de la comedia.

Las grandes Dionisiacas eran en primavera, como lo atestigua este fragmento de una oda que compuso Píndaro para que en ellas se cantase: «Invoquemos á Bromio, dice, al dios de la
»alegría, al hijo del padre todopoderoso y de la
»virgen Cadmea. Ahora es el tiempo de verter
»sobre la tierra, que se engalana con una nueva
»juventud, mil ramilletes de olorosas violetas;
»la estación es ahora de adornar con rosa los ca-
»bellos. La flauta difunde sus melodiosos acor-
»des. Los coros cantan de Semele, la de la rica
»vestidura.»

Las fiestas más augustas que había en Atenas eran las Panateneas, establecidas en honor de Minerva. Cada una de las muchas colonias de los Atenienses enviaba un buey para que en esta fiesta se sacrificase. Griegos y Bárbaros de los más lejanos países acudían á presenciar la gran solemnidad. Un nuevo peplo, primorosamente bordado

de oro, era ofrecido á la diosa, y llevado en devota procesion á su bellissimo templo. Los bajos relieves del Partenon nos han dejado la imagen de esta procesion gloriosísima. Iban al frente los magistrados de la ciudad. Seguía un coro de doncellas con los vasos sagrados. Después las virgenes canéforas, esto es, las hijas de las más ilustres familias llevando canastillos de flores. En pos iban las hijas de los extranjeros domiciliados en la ciudad. En el centro las víctimas destinadas al sacrificio. Detrás los músicos cantando y tocando liras y flautas. En seguida muchos ancianos, elegidos entre los más notables por su hermosura veneranda, los cuales llevaban en la diestra sendos ramos de oliva. Por último, el peplo, colocado sobre un carro, del que tiraban marineros. Cuando algun ciudadano habia merecido bien de la patria, se aguardaba para coronarle públicamente el momento en que se celebraba esta gran fiesta politico-religiosa.

Debemos mencionar tambien otras fiestas llamadas Thesmoforias, en honor de Céres; fiestas que se relacionan con los misterios de Eleusis, y en las que se veneraba á esta diosa de la agricultura, como fundadora de la sociedad y primera legisladora del mundo. La procesion solemne iba desde Atenas á Eleusis, adonde llegaba ya de noche, al resplandor de mil antorchas. Durante el camino se ejecutaban danzas, se cantaban himnos y se ofrecian sacrificios. Se llamaba esta procesion Thesmoforia, porque se llevaban en

ella las antiguas tablas de la ley ó thesmo, dadas por Ceres á los hombres.

La cronología y el calendario marcaban estas solemnidades, y todos los meses del año tomaban nombre de alguna fiesta. Así, por ejemplo, de las fiestas *targelias* tomaba nombre el primer mes de primavera, que se llamaba *Targelion*. Otro mes se llamaba *Elafébolo*, porque en él se celebraban los sacrificios en honor de Artemis *Elafébola* ó Diana Cazadora.

Entre estas fiestas religiosas nacionales deben contarse, como de la mayor importancia, las conocidas comunmente con el nombre de Juegos, lazo de union, centro de vida, foco de cultura comun para toda la Grecia. Los juegos más célebres fueron los Nemeos, los Istmicos, los Píthykos y los Olímpicos.

La falta de espacio no nos consiente describirlos todos, y así nos contentaremos con hacer un breve resúmen de lo que se cuenta de los Olímpicos.

Estos juegos se supone que existian desde los tiempos más remotos. Unos aseguraban que su fundador habia sido Climeno, 50 años después del diluvio de Deucalion: otros que Pelops los habia establecido; y otros, por último, que Hércules.— Ifito los restableció en tiempo de Licurgo, por orden del oráculo de Delfos. Estos juegos se celebraron desde entónces en la ciudad de Olímpia, cada cuatro años: período conocido con el nombre de Olimpiada en la Cronología de los Griegos.

Poco á poco fué creciendo la fama de estos Juegos, haciéndose más variados y magníficos los espectáculos que en ellos se daban, y alcanzando más ciudades y repúblicas el derecho de asistir á ellos. Por último, toda la Grecia y sus colonias podían asistir á los Juegos Olímpicos, que llegaron á ser la fiesta nacional más esplendorosa que puede imaginarse. De Sicilia, de Italia, de las Galias, de España, del Asia Menor acudían los personajes más ilustres y ricos.

Había carreras de carros á dos caballos y á cuatro, carreras de caballos montados, luchas, carreras de hombres á pié, desnudos ó con armas, combates al pugilato, tiro del disco y de la javelina, y otros vários ejercicios.

El conjunto de la solemnidad constaba de dos partes. La funcion religiosa, compuesta de ritos, ceremonias y sacrificios, y los mismos juegos. El primero de los sacrificios con que empezaba tan gran funcion era á Hestia (Vesta ó el hogar). El segundo á Júpiter Olímpico. Los *theoros* ó diputados de las diversas ciudades daban mayor majestad y grandeza al acto. Unos magistrados ó jueces vestidos de púrpura y llamados *helanodices* presidían á los juegos, dictaban las sentencias y señalaban á los vencedores.

Las coronas que á estos se concedían era de ramos de olivo. Todas las coronas se ponían sobre una mesa de marfil y oro. Un heraldo proclamaba en voz alta el nombre de cada uno de los vencedores, su pátria y su linaje. Luego que los

vencedores recibían sus respectivas coronas, había una procesion ó pompa triunfal, y los poetas cantaban el *epinicio* ó cántico de la victoria. A la pompa triunfal seguían sacrificios de acción de gracias y suntuosos banquetes.

Los privilegios y las honras que alcanzaban los vencedores en la arena olímpica eran grandísimos. Los vencedores eran mirados como el sosten y la gloria de la ciudad ó república donde habían nacido. En unas partes quedaban exentos del pago de toda contribucion; en otras eran alimentados y alojados á expensas del Tesoro público; en todas tenían asiento de preferencia en las asambleas y espectáculos. Sus estatuas de mármol brillaban en los jardines de Olimpia.

En estos Juegos se introdujo con el tiempo la costumbre de leer obras literarias, de recitar poemas y de pronunciar discursos. Allí leyó Herodoto su famosa Historia. Los artistas y los sábios exponían también sus trabajos á la Grecia allí congregada. De esta suerte el pintor Aetion presentó sus cuadros, y el astrónomo OEnópides de Chio sus tablas astronómicas.

La afluencia de gentes atraía también multitud de mercaderes, y se formaba en torno de la ciudad una inmensa feria.

En la solemnidad de esta gran función se promulgaban todas las leyes de interés general y los tratados de paz y de alianza.

Con ocasión de los Juegos se desenvolvió y floreció la más inspirada y noble poesía lírica.

En aquel ambiente sereno y claro de libertad y de cultura cantaron Simonides, Eurípides, Arquíloco, Píndaro y otros poetas líricos, que tal vez no han tenido rivales hasta los tiempos novísimos, cuando una cultura más vasta y profunda y una libertad más general y completa han venido á abrir de nuevo los ricos manantiales de la más alta poesía lírica popular: cuando Schiller, Chénier, Quintana, Leopardi y Manzoni, han vuelto á cantar la libertad, la pátria y el progreso del linaje humano.

Entre los grandes líricos de aquel tiempo descuella Píndaro el de Tébas. Las odas que nos quedan de él son un inmortal monumento de los progresos que habia hecho la conciencia de Dios entre los hombres. El grave génio dórico establece en dichas odas la sólida creencia en la Providencia Divina, en la unidad de nuestra especie, en la inmortalidad del alma, en que una ley eterna gobierna sábiamente el universo y la historia, en que sin la Divinidad nada somos, y en que todo lo somos con el auxilio de la Divinidad.

La idea de Dios se desenvolvió tambien maravillosamente en Grecia por medio del arte: primero en la arquitectura; después en la pintura y en la estatuaria.

Los templos en Grecia no tuvieron casi nunca aquellas proporciones colosales que los de la India y del Egipto. No aspiraron los arquitectos á expresar lo sublime por medio de ingentes masas, sino á producir la belleza que nace de la si-

metría y de la justa medida en todo. Y esto lo consiguieron de tal suerte, que la arquitectura griega no ha tenido después rival, ni le tuvo ántes, en toda la historia, permaneciendo hasta hoy como un modelo constantemente imitado, y como un ideal inasequible.—Los templos más famosos que hubo en Grecia fueron el de Júpiter en Olímpia, el de Apolo en Delfos, el de Minerva ó sea el Partenon en Atenas, y el de Diana en Éfeso, el cual fué incendiado por un hombre llamado Erostrato, deseoso de hacer su nombre memorable. El mármol pentélico, el bronce, el oro, el cedro, el cipres y otras maderas preciosas, eran los materiales empleados en estas fábricas, y la materia era siempre vencida y dejada á una enorme distancia por el valor inestimable del exquisito trabajo. Por cima del trabajo, por cima de la ejecucion, sobresalia, por último, el pensamiento, la inspiracion maravillosa del arquitecto.

Desde muy temprano concurrió la escultura á hermohear estos templos con obras de una perfeccion á la que jamás ha vuelto á elevarse el arte humano en toda la sucesion de los tiempos. Así como Píndaro fué el mejor y más religioso de los líricos, y Esquilo el mejor y más religioso de los trágicos, Fídias fué el mejor, el más sublime y el más religioso de los escultores. Sus obras fueron muchas, pero aquella en que supo dar más resplandeciente prueba del elevado concepto de la Divinidad que habia en su alma, fué la estatua colosal de Júpiter en Olímpia. El dios estaba sen-

tado sobre un trono de márfil y de oro. En la mano derecha tenia una Victoria; en la siniestra un cetro con un águila. La imágen tenía 40 piés de alto. Aquel ideal realizado del Padre de los dioses y de los hombres, de la divinidad suprema del éter sereno, del protector de la justicia y de la vida humana, fué inspirado á Fídias, segun él mismo lo confesaba, por estos versos de Homero:

«Así habló el Saturnio, el dios de las negras
»cejas. Hizo una señal, y en la cima de su in-
»mortal cabeza se agitaron los rizos, perfuma-
»dos de ambrosía. Las alturas del Olimpo se es-
»tremecieron.»

La dulzura y la fuerza infinitas fulguraban en el divino semblante del Júpiter de Fídias. La vista de aquel Padre inmortal, dicen que hacía olvidar las miserias y los dolores del mundo. Cuando Paulo Emilio, vencedor de Macedonia, vió esta estatua de Júpiter, imaginó haber visto á Júpiter mismo. Bien pudo decir un poeta en elogio del artista: «Oh Fídias! ó Júpiter bajó á la tier-
»ra para enseñarte á modelar su imágen, ó tú
»subiste al cielo para ver á Júpiter.»

Al lado de tales sublimidades, hermanadas con el noble culto de la belleza, no se ha de negar que en los templos y en los ídolos de los Griegos, así como en toda su religion y su culto, habia mil groseras supersticiones. Cási siempre los ídolos que inspiraban más devocion al vulgo eran los más feos y rudamente hechos, atribuyéndoseles algun origen maravilloso; por ejemplo, que

habian caído del cielo, que habian sido hallados en una cueva, ó que eran de una fabulosa antigüedad. Los milagros que hacian estos ídolos no tenían cuento. Unos movian los ojos, otros la lanza, otros sudaban sangre, otros lloraban. En los templos se solian hacer tambien muchos milagros: en Andros, por ejemplo, se trocaba el agua en vino; en Agrigento, se encendia la leña sin que nadie prendiese fuego.

En casi todos los templos se custodiaban preciosas y milagrosas reliquias: huesos, calaveras, dientes, pelo, muebles, armas ú otros objetos que habian pertenecido á algun semi-dios ó á algun héroe.

La vista ó el contacto de estas reliquias proporcionaba muchas ventajas para el alma y para el cuerpo: curaba las enfermedades y redimia los pecados.

Además de las reliquias, se guardaban en los templos otros tesoros más sustanciales, ó bien provenientes de piadosos donativos, ó bien fruto del diezmo, de las multas, y de los tributos impuestos á las ciudades vencidas. Los templos poseian, en sus tesoros, joyas de sumo precio; y así mismo poseian tierras, ganados, jardines, bosques y casas. De todo ello, como acontece ahora, solian echar mano, sin escrúpulo, los Gobiernos, para salir de apuros.

Entre muchos derechos de que gozaban los templos, debe contarse el derecho de asilo. El criminal que se refugiaba en un templo no podia

ser perseguido. Este derecho llegó á ser exorbitante, se abusó mucho de él, y las leyes trataron de ponerle coto.

Muy largo sería referir aquí los ritos y ceremonias que constituían el culto. En las lecciones anteriores, aunque de pasada, hemos dicho algo de los sacrificios, del matrimonio y de los funerales. Añadirémos ahora ligeras noticias.

El sacrificio más lujoso que solía ofrecerse era una *hecatombe* ó sea sacrificio de 100 bueyes; pero como la palabra *hecatombe* es agradable de pronunciar por lo resonante y pomposa, se aplicó con frecuencia al sacrificio de unos cuantos bueyes, aunque no fueran 100, sino diez ú ocho. Hoy mismo se abusa á cada paso de esta palabra, olvidada la gente de su significado, y se llama *hecatombe* cualquiera ejecucion de varias personas. El escritor que semejante voz emplea, convierte en bueyes á los mártires de alguna santa causa.

Cada divinidad solía tener su animal especial designado para víctima. Así, por ejemplo, á Venus se inmolaban cerdos; machos cabríos á Baco; caballos al Sol y á Neptuno, y perros á Hecate.

Ya hemos dicho en otro lugar que los sacrificios humanos fueron poco á poco desapareciendo. Duraron, con todo, aunque ofrecidos rarísima vez, y en circunstancias muy graves, hasta los mejores tiempos de la civilización griega. Temístocles inmoló á Baco tres prisioneros persas.

Como restos de los sacrificios humanos, miti-

gados y suavizados, quedó en muchos santuarios el uso de los azotes, para compensacion. Ya que no muriese la víctima, se suponía que la Divinidad quedaba satisfecha con que se azotase y vertiese sangre. Por esto en Sparta eran azotados los niños ante el altar de Artemis Orthia.

A los sacrificios acompañaban casi siempre las libaciones, las cuales tuvieron origen de la misma idea, cándidamente absurda, que los hombres primitivos se formaron de la Divinidad. Con la carne de la víctima creían hartar su hambre, y con el líquido de las libaciones apagar su sed. Las libaciones eran por lo comun de vino, de agua, de hidromel y de leche.

Se hacían además á los dioses ofrendas de túnicas, de peplos, y de los diezmos y primicias de los frutos. Algunas doncellas les consagraban su cabellera, que cortaban y depositaban en el altar.

Otra ceremonia frecuente era la purificacion, casi siempre hecha por medio del agua, por immersion ó por aspersion. A las puertas de los templos habia vasos con agua lustral para purificarse los que entraban.

De las ceremonias fúnebres diremos lo más curioso. En la boca del moribundo se ponía siempre una moneda para pagar al barquero Caronte el pasaje por la Laguna Stigia. A menudo se ponía también entre las manos del difunto una torta con miel para satisfacer el hambre del Can Cerbero.

En el duelo y en el entierro era gala dar las

más escandalosas muestras de dolor; gritar, llorar, arrancarse los cabellos, arañarse el rostro y rasgarse los vestidos. Los muertos ó se quemaban ó se enterraban. El traje de luto en unas partes era negro, y blanco en otras.

El sacerdocio no constituía en Grecia una profesión, un estado, ni una clase ó parte. Podía un ciudadano ejercer cualquiera otra profesión y ser sacerdote al mismo tiempo. El famoso general, historiador y filósofo Jenofonte era sacerdote. El cargo de sacerdote de ciertas divinidades se heredaba en no pocas familias nobles. Se creía además que el dón de profecía y otras virtudes sacerdotales se trasmitían por herencia. Mientras hubo reyes, los reyes fueron sumos sacerdotes ó pontífices. En otras partes y épocas los sacerdotes se hacían por elección. A veces al sacerdocio era vitalicio; á veces duraba un período determinado de tiempo.

La jerarquía sacerdotal y los diversos géneros de sacerdotes y de sacerdotisas son asunto muy complicado para que podamos entrar en él en este resúmen. Baste decir que, al contrario de lo que ocurría en las religiones orientales, los sacerdotes griegos debían ser muy aseados y limpios. La castidad, esto es, la severidad de costumbres, les estaba también muy recomendada. Muchas sacerdotisas y ciertos sacerdotes, como el hierofante de Eleusis, estaban sujetos al celibato.

En algunos templos vivían los sacerdotes ó las sacerdotisas enclaustrados y en comunidad, como

nuestros frailes y monjas. Se sujetaban además á ciertas prácticas y privaciones, como no comer de carne.

Habia, por último, cofradías ó hermandades que tenían un objeto religioso, como en Ródas los adoradores del Sol, y por toda Grecia los Dionisiastas ó cofrades del culto de Dionisos, que venían á ser en realidad compañías de comediantes. Sus fiestas eran representaciones escénicas.

El rápido bosquejo que hemos trazado puede someramente dar á conocer el carácter y naturaleza de la religion de los Griegos en el mayor auge de su civilización y de su florecimiento político y literario. Como esta religion no tenía dogmas fijos, la filosofía creció á su lado, sin destruirla, ántes bien modificándola, desenvolviéndola, y ejerciendo sobre ella un influjo benéfico. Sin embargo, pronto la filosofía se alzó á mayores atrevimientos, y empezó á atacar el fondo mismo de la religion, socavando los cimientos de la sociedad antigua que, más que las modernas sociedades, sobre la religion estaba fundada. Pero así convenia que fuese para que se cumplieran los destinos providenciales de la humanidad y las leyes eternas de la historia. Las religiones positivas falsas proporcionan sin duda á los hombres modelos ideales en sus dioses, y dan una forma consagrada á los más nobles sentimientos de un momento histórico: pero, en el desenvolvimiento ulterior de la cultura, la mente humana se sobrepone ó se adelanta á esos modelos, y la

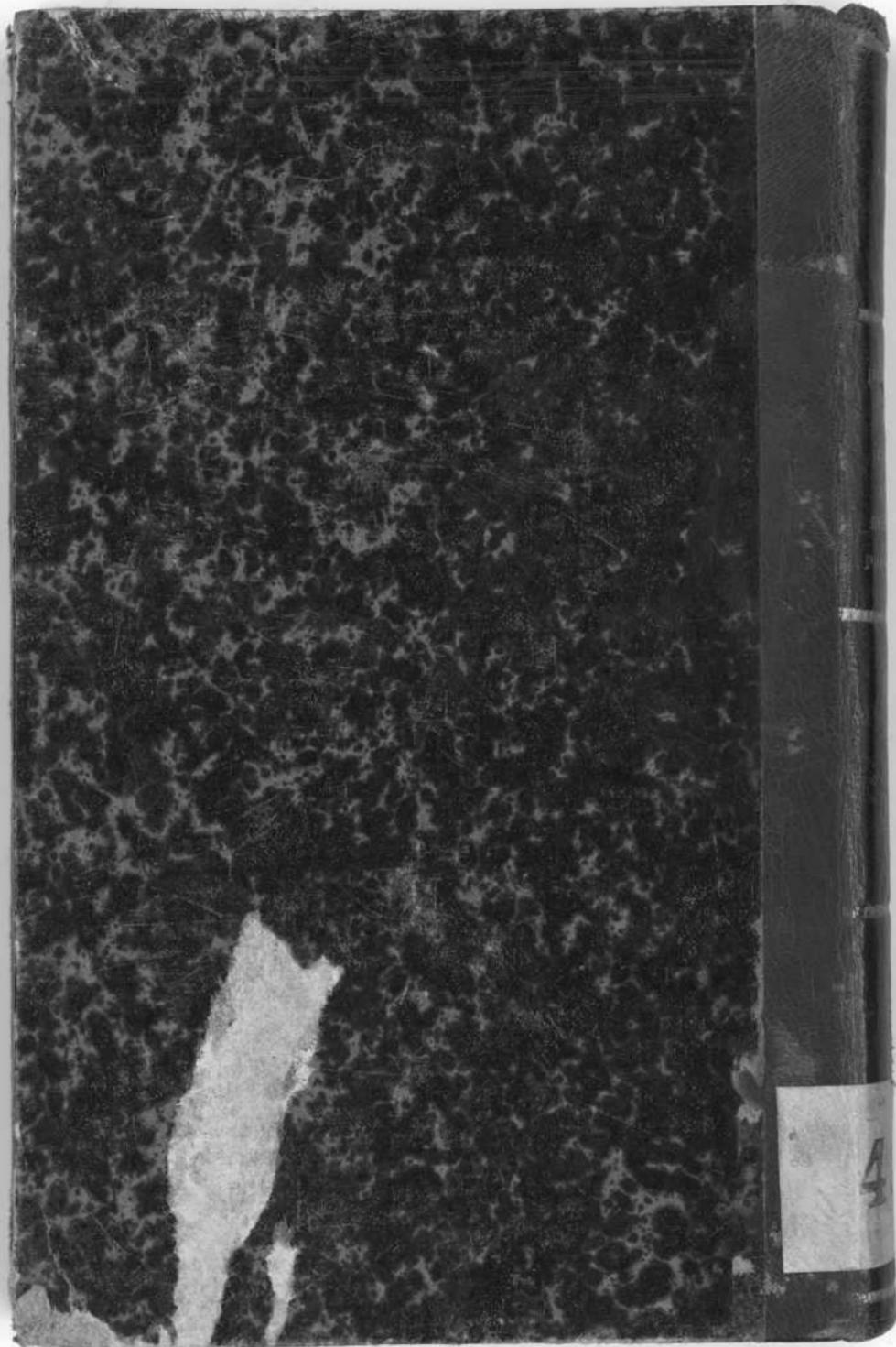
mayor riqueza y la grandeza de sus ideas, no cambiando ya en la forma ó molde antiguo, le rompen para extenderse y crecer más.

En las religiones hay á veces cierta elasticidad que las lleva á ensancharse por medio de hábiles interpretaciones, para que en ellas quepan las ideas nuevas: otras veces se ponen en lucha abierta con estas ideas, y las persiguen y las rechazan: pero, ora las acepten, ora las rechacen y persigan, al cabo de siglos de lucha vienen á ser vencidas por las nuevas ideas, las cuales preparan así los caminos á la verdadera religion, ó al ménos á creencias más conformes con otro estado de civilizacion superior al estado en que la antigua religion se habia difundido y habia vivido. De esta larga lucha de la religion gentilica con la filosofia hablarémos en la próxima leccion.









VALERA.

INTRODUCE
A LA
HISTORIA
DE LAS
RELIGIONES
POLITEISTA

486